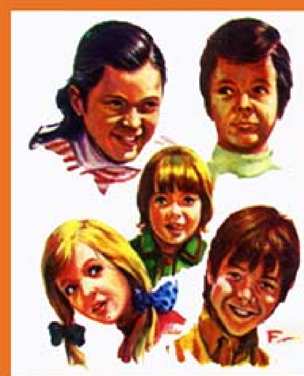
Los Hollister



20

Y EL SECRETO DEL FUERTE

JERRY WEST

Una carta perdida es la clave para la localización del Fuerte Libertad, que está entre los límites de Shoreham y ha sido buscado durante muchos años, no sólo por su valor histórico, sino también por el oro que se supone que esconde.





Jerry West

Los Hollister y el secreto del fuerte

Los Hollister - 20

ePub r1.1

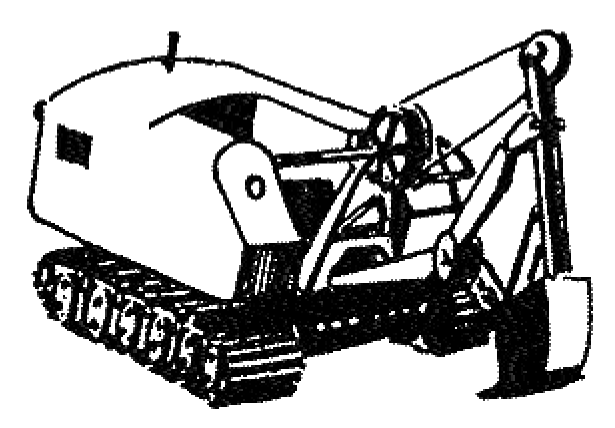
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Secret Fort*
Jerry West, 1955
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



LA GRAN EXCAVADORA



—Este timbre de la puerta trasera está estropeado —dijo Pete Hollister.

—¡Eso parece, canastos! —concordó su hermano Ricky, en el momento que su padre cruzaba la puerta para ir a trabajar.

—Buena suerte, muchachos —deseó el alto y afable señor Hollister—. Ya veo que para esta mañana tenéis un importante trabajo de reparación.

Los dos chicos, que se encontraban en el porche posterior de su hermosa casa de Shoreham, dijeron adiós a su padre. Pete, un muchachito de doce años, alto y con el pelo bastante corto, sujetaba con una mano el pulsador y el destornillador con la otra. Ricky, el pecosillo de ocho años, sujetaba en el puño cerrado unos cuantos tornillos.

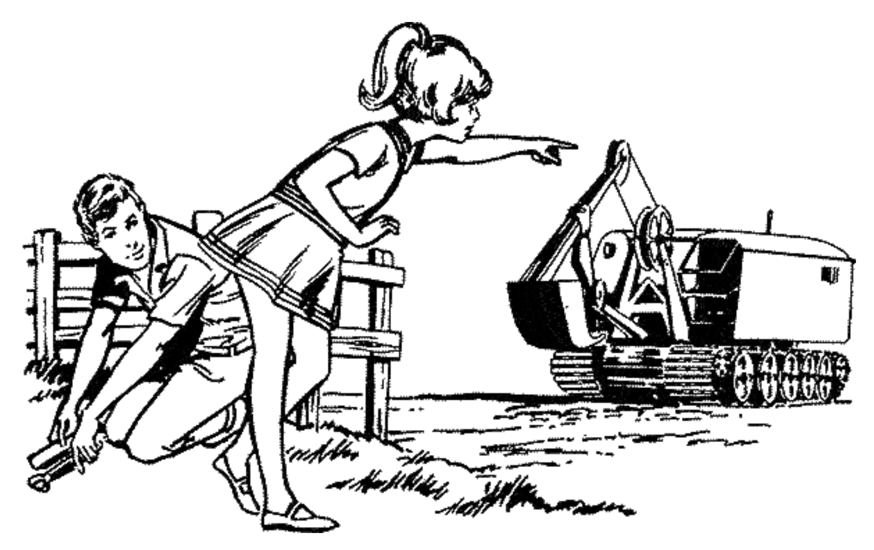
En ese momento se oyó gritar a una niña.

—¡Mirad todos! ¡Se acerca por nuestra calle una excavadora!

—¡No bromees, Holly! —respondió Pete a su hermanita de seis años, que llevaba el pelo recogido y que, en aquel momento, asomaba la cabeza por la esquina de la casa.

—¡Es verdad! —insistió Holly, con los ojos muy abiertos—. ¡Ven

a verlo!



Pete dejó el timbre colgando de los cables y corrió hacia Holly. Ricky le imitó. Al cruzar el jardín de delante, pasaron ante su hermana Pam, de diez años.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estáis tan alborotados? —preguntó la esbelta y morenita Pam.

Cuando Holly se lo dijo también ella acompañó a sus hermanos. Habían corrido hasta mitad de la calle cuando Holly anunció:

—¡Mirad! ¡Está ahí!

Aproximándose lentamente hacia ellas había un gran camión que arrastraba un remolque. En lo alto del remolque todos pudieron ver una gigantesca pala excavadora. El camión se acercó más a los Hollister y acabó deteniéndose. El hombre joven y de expresión simpática que ocupaba la cabina de la excavadora, gritó:

—¿Sabéis, niños? Creo que nos hemos perdido.

—¿Adónde quiere usted ir? —preguntó Pete.

—A la Avenida Belleville, a la entrada de la nueva construcción. ¿Podéis decirnos cómo llegaremos allí?

—Desde luego —repuso Pete.

El conductor del camión y el encargado de la excavadora bajaron de sus asientos para hablar con los niños. El de la excavadora dijo que él era Spud.

—Y éste es Harry «Prisas» —añadió, señalando al conductor del

camión—. Harry tiene siempre tanta prisa que suele perderse. ¿Qué? ¿Vosotros sois todos de la misma familia?

—Somos los Hollister —repuso Pam.

—Pues todos tenéis un aspecto muy risueño —opinó Spud.

—Es que siempre nos divertimos mucho —explicó Holly—. Por eso todo el mundo nos llama los Felices Hollister.

—Y hoy somos de verdad muy felices, porque no tenemos escuela —informó Ricky—. Son las vacaciones de primavera. Durarán una semana a partir del lunes.

—Y hoy estamos sólo a jueves… —comentó Spud, riendo—. ¡Vaya vacaciones largas! Y ahora, ¿qué os parece si nos decís dónde está la edificación de la Avenida Belleville?

—Se lo explicaríamos mejor si fuésemos con ustedes —replicó el travieso Ricky.

Spud miró a Harry «Prisas», preguntando:

—¿Qué te parece?

—Probablemente será el medio más seguro de llegar —sonrió el conductor—. ¡Vamos! ¡Todos arriba!

—¿Por qué no vamos a buscar a Sue? —propuso Holly.

Sue era su hermanita de cuatro años, la más pequeña de la familia.

—No puede salir —repuso Pam—. Mamá le está lavando la cabeza.

¡Cómo le gustaba a la chiquitina que le lavasen la cabeza! Y le gustaba porque le ponían una visera de plástico que encajaba en su cabeza como un aro, impidiendo que el jabón le resbalase a los ojos.

Mientras Pam corría a pedir permiso a la señora Hollister para ir al terreno en construcción, Pete subía a la cabina del camión, junto a Harry «Prisas». Ricky y Holly treparon a la gran excavadora y se colocaron en la cabina con Spud.

El camión volvió a ponerse en marcha. Cuando pasó ante la casa de los Hollister, llegó Pam, corriendo, para decir que podían ir y se instaló al lado de Pete.

—¡Vaya! ¡Bonita casa tenéis! —dijo Harry, contemplando el hermoso edificio que se encontraba a orillas del Lago de los Pinos.

—Nos gusta mucho porque es grande y tiene muchas habitaciones —explicó Pete, con orgullo.

—Y tenemos mucho espacio para nuestros animales —añadió Pam, que a continuación habló a Harry de «Zip», el perro pastor, y de «Morro Blanco» y sus cinco hijitos.

—Además, tenemos un burro —añadió Pete, risueño—. Le llamamos «Domingo» y tiene un pesebre en el garaje.

—No me extraña que seáis felices, con tantos compañeros de juego —dijo Harry—. Bien. Ahora decidme por dónde debo ir.

—A la derecha —repuso Pete, que fue indicando a Harry «Prisas» que subiera por esta calle o bajase por aquella otra, hasta que llegaron a la Avenida Belleville. Por fin Pete dijo—: Gire a la derecha, otra vez. La entrada está allí cerca.

Harry explicó a los dos hermanos que por fin, las autoridades de Shoreham habían decidido que la nueva carretera atravesase la ciudad, sin molestarse más en intentar localizar el viejo Fuerte Libertad, que quedó enterrado y perdido hacía largos años.

—Nadie tiene idea de dónde está el viejo fuerte. Pero, desde luego, si se localiza durante la construcción de la carretera, desviaremos ésta un trecho, para restaurar el fuerte y convertirlo en museo.

—¿Le parece a usted que se encontrará ese fuerte? —preguntó Pam.

—¿Quién sabe?

Harry contó a los niños que en los viejos tiempos del colonialismo, el Fuerte Libertad se encontraba dentro de los límites de Shoreham. Durante la revolución, el enemigo echó a los colonos y se adueñó del fuerte. Más tarde, cuando se recobró el territorio, nadie pudo encontrar las ruinas del fuerte.

—¿Y no le parece que es difícil esconder un fuerte? —comentó Pam.

—Eso es lo que tiene a todo el mundo atónito —contestó Harry —. Además, se querría recobrar el oro.

—¿Qué oro? —preguntó Pete, muy interesado.

Harry contestó que corrían rumores de que los colonos habían escondido su oro en alguna parte del fuerte, antes de marchar.

—¡Zambomba! ¡Un tesoro de verdad! —exclamó Pete.

En aquel momento, Pam exclamó:

—¡Cuidado, Harry!

Por la derecha, desde una calle lateral y quedando fuera de la vista para el conductor, avanzaba hacia ellos un chico en bicicleta. Harry hizo girar el volante, para desviarse, mientras Pete tocaba con fuerza el claxon. ¡Por cuán poco espacio se libró el ciclista de chocar con el guardabarros!

—¡Pero si es Joey Brill! —exclamó Pam.

Joey era un chico camorrista, de la edad de Pete, que siempre estaba molestando a los Hollister.

—¡Ha querido usted herirme! —gritó el ciclista a Harry «Prisas»—. ¡Los Hollister le han dicho que me hiriese!

—¡Nosotros no hemos hecho eso! —replicó Pam, indignada—. Lo que te pasa es que nunca miras por donde vas.

Harry no hizo el menor caso al agresivo Joey, que acabó alejándose, enfurruñado.

—¡Qué molesto es este Joey! —cuchicheó Pam, hablando con Pete.

El conductor del camión, siguiendo las instrucciones de Pete, penetró por un camino polvoriento, y fue a detenerse en un campo abierto, próximo al serpenteante río Muskong.

Ya había llegado al lugar otra excavadora, además de varias bulldozers y muchos volquetes. A un lado se veía una hilera de tuberías de hormigón, que iban a ser utilizados en la instalación de desagües.

Desde una considerable distancia los niños contemplaron cómo se derribaban media docena de casas viejas, para dejar espacio a la nueva carretera. Cerca había una cavidad llena de escombros de otros edificios. Nubarrones de polvo invadían el aire.

La excavadora de Spud fue separada del remolque al cual el hombre llamaba «bajito». Entonces empezaron a girar las cadenas que cubrían las ruedas, llevando a la excavadora al lugar en donde Spud tenía que excavar.

Al ver que Ricky se alejaba hacia los escombros, Pete le llamó, diciendo:

—¡Espera, Ricky! Voy a decirte una cosa.

Inmediatamente explicó a su hermano y a Holly la historia que había contado Harry «Prisas», relativa al oro desaparecido.

—¡Canastos! ¡Voy a empezar a buscarlo ahora mismo! —decidió

el pequeño.

Y corriendo hasta los fundamentos de un edificio derruido, empezó a hurgar en los escombros, buscando el tesoro.

Los otros Hollister contemplaron cómo Spud empezaba a sacar, con la excavadora, toneladas de tierra y piedra. ¡Qué estruendo producía la pala excavadora al hundirse en el suelo!

De repente Ricky prorrumpió en un grito de alegría y, saliendo de los restos de un sótano, fue corriendo al encuentro de sus hermanos.

—¡Mirad lo que he encontrado! —anunció, llevando en alto algo brillante.

Y, cuando el pequeño fue aproximándose, todos pudieron ver que se trataba de un viejo aldabón.

—¿Os parece que puede ser una parte del tesoro perdido? —consultó el pequeño, muy emocionado.

—Eso no es oro, sino latón —le contestó Pete—. ¡Además, el tesoro consistía en monedas de oro, no en llamadores de puerta!

—De todos modos, es un importante hallazgo —afirmó el pecoso, sin amilanarse—. Lo voy a colocar en nuestra puerta trasera. Así no tendremos que arreglar el timbre, Pete.

Estaba Ricky dando brillo con su pañuelo al aldabón, cuando se oyeron sirenas y aparecieron a continuación dos coches de bomberos.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Ricky—. No lo veo.

Spud sonrió y dijo que no había fuego. Pero en el camino por donde iba a abrirse la carretera, había una casa tan vieja que nada se había de aprovechar de sus escombros, y, por lo tanto, iba a ser quemada.

—¡Nunca había oído que los bomberos provocasen un incendio! —dijo Holly, con una risilla burlona.

—Pues ahora podréis verlo.

Mientras todos los niños miraban fascinados, los bomberos bajaron de los coches. Varios de ellos se apresuraron a colocar alrededor de la casa, a bastante distancia de las paredes, una cuerda, mientras otros ajustaban mangueras a una boca de riego cercana.

—¡Ahora, atrás todo el mundo! —ordenó el jefe—. ¡Qué nadie

cruce esta cuerda!

Luego entró en la casa, de la que volvió a salir a los pocos segundos, anunciando:

—Ya está prendido el fuego.

Al poco rato el edificio estaba completamente envuelto en llamas. ¡Cómo crepitaba y despedía chispazos, mientras la madera carcomida ardía igual que yesca!

—¡Qué divertido! —exclamó Pete—. ¡Esto es mejor que una hoguera de la fiesta del Cuatro de Julio!

Pero la alegría de Pete se nubló de pronto. Con el rabillo del ojo acababa de ver aproximarse a Joey Brill. La huraña expresión del chicazo indicaba que Joey no había acudido allí para nada bueno.

Mientras tanto, Holly se volvió para preguntar a uno de los bomberos que estaban con las mangueras preparadas:

—¿Tal vez piensan echar agua sobre las llamas?



El hombre dijo que estaban allí, preparados, por si se producía alguna emergencia. Era obligación suya evitar que las llamas se propagasen. Cuando desapareciesen las llamas, los otros bomberos y él humedecerían los restos carbonizados hasta que desapareciese todo indicio de fuego.

Chisporroteaban las llamas y se levantaba el humo en penachos ondulantes, cuando Joey Brill se acercó a Ricky, que estaba separado de sus hermanos.

—¡Eh, tú! ¿De dónde has sacado ese llamador? —preguntó.

Cuando Ricky se lo dijo, el camorrista repuso:

—Yo lo había visto ayer. ¡Es mío!

—No puedes quedarte con ello —protestó Ricky—. Yo lo he cogido primero.

—¡Dámelo! —ordenó Joey.

Y alargó la mano para apoderarse del llamador, pero Ricky se apartó a un lado, de un salto. En la pelea que siguió, los dos chicos rodaron por el suelo, pasando por debajo de la cuerda que señalaba el trecho de peligro, acercándose cada vez más a la casa en llamas, mientras Joey se empeñaba en quitarle a Ricky el aldabón.

Al verles, el jefe de bomberos gritó:

—¡Volved aquí! ¡Salid de ahí a toda prisa! ¡No está permitido quedar dentro de la línea de fuego!

Pero no habían tenido tiempo los combatientes de retroceder, cuando una de las paredes se derrumbó con terrorífico estrépito y gran rociada de chispas.

—¡Oh, Ricky y Joey se van a quemar! —gritó Pam.

¡DESPRENDIMIENTO DE TIERRA!



Mientras la lluvia de chispas descendía hacia Ricky Hollister y Joey Brill, este último salió huyendo, pero el pequeño dio un traspié y cayó.

—¡Socorro! —gritó Pam, corriendo hacia las llamas—. ¡Mi hermano se va a quemar!

En aquel mismo instante, el jefe de bomberos estaba ordenando a sus hombres que utilizasen las mangueras sobre las llamas. ¡Chisss! Tres gruesos chorros estaban cayendo sobre la chispas.

Las llamas se transformaron en seguida en negro hollín que cayó, inofensivo, sobre Ricky. Pero el agua dejó al chiquillo chorreando. ¡Qué aspecto tenía, el pobre! Sin embargo, Ricky no había soltado el preciado aldabón.

—¡Caramba! ¡Por poco te has salvado! —dijo el jefe de bomberos—. Después de esto, espero que vayáis con cuidadito antes de empezar una pelea.



Ricky no dijo nada, pero la verdad era que no se sentía culpable.

No tardó mucho la casa en quedar quemada hasta los cimientos. Y, después de que los bomberos humedecieron las ascuas, de las ruinas empezaron a levantarse grises pavesas.

—Vamos. Será mejor que volvamos a casa —aconsejó Pam—. Ricky necesita una ducha.

Al llegar a casa Ricky se duchó y cambió de ropa. Luego bajó a hablar con su madre, que estaba en la sala. Con las manos a la espalda y un brillo travieso en los ojos, Ricky dijo a la guapa y esbelta señora Hollister:

—Tres oportunidades para que adivines lo que tengo para ti, mamá.

La señora Hollister podía haberse pasado el día entero haciendo suposiciones y sin adivinar de qué se trataba. De modo que, a los pocos minutos, Ricky dejó de bromear y le enseñó el reluciente y antiguo aldabón.

—¡Oh, es precioso! —aseguró la señora Hollister—. ¿De dónde lo has sacado?

Ricky se lo dijo y después añadió que había pensado colocarlo en la puerta trasera.

—¡Magnífico! —sonrió la madre, dando un beso en la pecosilla nariz de Ricky—. Un timbre en la puerta de la fachada y un aldabón en la parte trasera.

Ricky, encantado con que a su madre le hubiera gustado el

aldabón, fue inmediatamente a atornillarlo. Estaba colocando el último tornillo cuando oyó la voz de Pam que llegaba desde la cocina, diciendo, muy nerviosa:

—¡Mamá, mira lo que dice en el periódico!

Ricky entró a toda prisa, para no perderse la noticia, y encontró a la señora Hollister con los otros niños, mirando el periódico de la mañana.

—¡Qué emocionante! —dijo la señora Hollister, mientras Pam leía en voz alta:

—«El ayuntamiento de Shoreham pagará diez mil dólares al propietario de la parcela en la que se encuentre localizado el Fuerte Libertad, y el "Águila" de Shoreham ofrece una recompensa de quinientos dólares a la persona que haga el descubrimiento».

—Me gustaría encontrar ese fuerte debajo de nuestra casa —declaró Ricky—. Pero, por lo menos, podríamos ganar los quinientos dólares…

—¿Por qué no empezamos a buscar ahora mismo? —propuso Holly.

—A lo mejor Spud desentierra el fuerte con su excavadora —se le ocurrió decir a Pete—. Después de comer, podemos ir a verle trabajar.

—Yo tengo otra idea —dijo Pam, mientras ayudaba a su madre a llevar la comida a la mesa—. Si aprendemos algo de historia de Shoreham, a lo mejor encontramos alguna pista de dónde puede estar el fuerte.

—¿Y dónde podemos estudiar? —preguntó Holly.

—En el Museo de Shoreham —repuso Pam—. Allí tienen una biblioteca con libros antiguos y revistas.

La señora Hollister estuvo de acuerdo en que aquélla podía ser una manera sensata de empezar a resolver el misterio.

—Vosotros siempre tenéis suerte en los trabajos detectivescos, hijos —dijo la señora Hollister, sonriendo—. Podría ocurrir que encontraseis el fuerte perdido.

—Pues yo prefiero ir a ver excavar —confesó Ricky, apresurándose a retirar la silla para que su madre se sentase.

Los niños no pudieron hablar de otra cosa más que Pam y Holly irían al museo, mientras Pete y Ricky iban a ver los trabajos de

demolición. En cuanto terminaron de comer, los chicos se marcharon.

—Hasta luego —se despidió Pete—. Vendremos después de descubrir el Fuerte Libertad.

Los dos hermanos montaron en sus bicicletas y pronto llegaron al lugar en que se hacían obras. Cuatro grandes camiones estaban alineados cerca de la excavadora de Spud. Pete y Ricky quedaron perplejos al enterarse de que con solo tres paletadas de la excavadora se llenaba cada uno de los camiones, y que en cuanto uno de los camiones marchaba cargado, otro se acercaba a sustituirle.

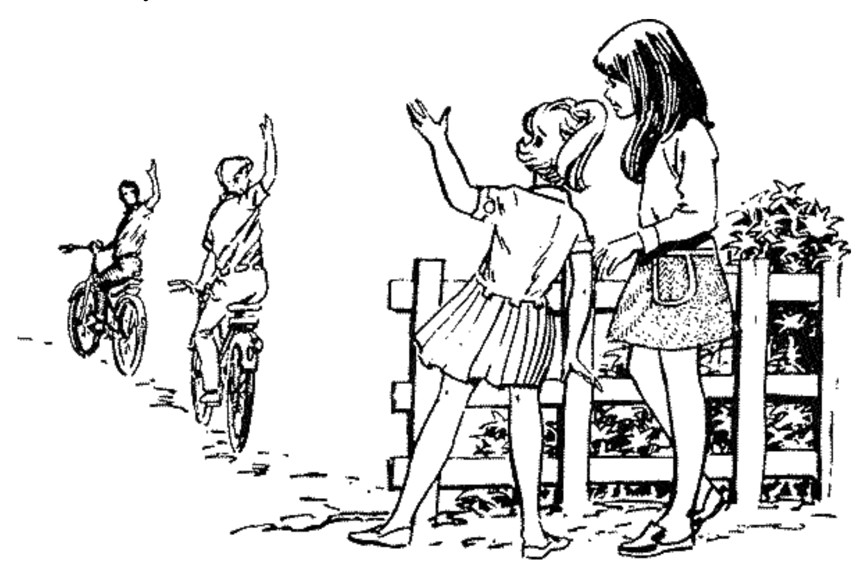
—¡Canastos, qué rápido se trasladan los escombros! —exclamó Ricky.

¡Catapum! La pala de la excavadora abrió sus grandes fauces y varias toneladas de tierra cayeron en el camión que esperaba.

—¡Mira! ¡Mira! Había un gran pedazo de pared en esta paletada —dijo Pete.

Pero ya había caído una nueva carga de tierra y ladrillos en el camión.

—¡A lo mejor era un trozo del Fuerte Libertad! —se le ocurrió decir a Ricky.



—Voy a averiguarlo —decidió Pete.

Como la excavadora y el camión estaban ahora en el fondo de una gran hondonada, Pete y Ricky bajaron allí. Al llegar abajo saludaron a Spud, quien paró el motor de la excavadora y se asomó para decir:

—¡Hola, Hollister! ¿Queríais hablar conmigo?

Los dos hermanos treparon a la cabina de la excavadora y hablaron a Spud de los diez mil dólares que se ofrecían al propietario del terreno en el que se encontrase el Fuerte Libertad, y de los quinientos dólares de recompensa para quien lo descubriera.

—Usted acaba de echar en el camión una parte de pared de ladrillo —dijo Pete—. Hemos pensado que podrían ser los fundamentos del fuerte.

—Puede ser —dijo Spud, echando hacia atrás su gorra. Luego se asomó, llamando—: Johnny «Cuestas», ven aquí un momento.

Estaban los Hollister sonriendo a causa de aquel apodo, cuando un joven bajó de una apisonadora que se encontraba cerca. Era un muchacho de hombros anchos y amplia sonrisa.

—Johnny «Cuestas», te presento a los hermanos Hollister —dijo Spud, que luego hizo un guiño a los chicos, explicando—: Llamamos a nuestro amigo Johnny «Cuestas» porque se pasa todo el día subiendo y bajando rampas con su excavadora.

Los Hollister rieron de buena gana. Luego Spud habló a Johnny de la recompensa que se ofrecía a quien localizase el Fuerte Libertad, y preguntó, por último:

—¿Te has fijado de dónde han salido estos escombros? Yo no he visto de qué trecho los sacaba la pala.

Johnny «Cuestas» señaló un espacio en el borde de la hondonada.

—Creo que han salido de allí —dijo.

Todos miraron hacia aquel lugar, donde vieron un pequeño espacio de alguna edificación hecha de mampostería.

—Treparemos hasta allí, para ver —decidió Spud—. Si fuese el viejo Fuerte, con el dinero de la recompensa tendríais asegurada la posibilidad de comer cucuruchos de helado durante cien años.

Pete y Ricky contuvieron la risa, mientras seguían a Spud y a Johnny «Cuestas» arrastrándose todos a cuatro pies. Cuando llegaron junto al pequeño trozo de muro, Spud sacó un par de

ladrillos.

—Echa un vistazo a esto, Johnny —dijo.

El conductor de la apisonadora hizo girar entre sus manos los viejos ladrillos y luego se dirigió a Pete, diciendo:

—¿Cuántos años hace que fue construido ese fuerte?

—Unos doscientos años, dice el periódico.

—Pues estos ladrillos no tienen tanto tiempo, ni mucho menos. ¿Estás de acuerdo conmigo, Spud?

El encargado de la excavadora movió, afirmativamente, la cabeza.

—Yo diría que tienen unos setenta y cinco años.

—Entonces, ¿no es posible que se trate del Fuerte Libertad? —preguntó Ricky, desencantado.

—Lo siento, pero creo que no —contestó Spud, alborotando cariñosamente el cabello del pelirrojo—. Pero no te preocupes. Podemos encontrarlo todavía, antes de concluir la carretera.

Mientras los cuatro descendían de nuevo, Johnny «Cuestas» levantó la cabeza. Al momento gritó:

—¡Cuidado! ¡Se desmorona la tierra! ¡Un chico acaba de provocarlo!

Un gran montón de piedras y tierra descendió por la pendiente, pero la advertencia de Johnny permitió a todos apartarse a tiempo.

—Creo que el chico lo ha hecho a propósito —dijo Spud—. Por allí va.

Pete y Ricky levantaron la cabeza, a tiempo de ver a Joey Brill que corría hacia su bicicleta. En seguida saltó a ella y desapareció antes de que los hombres hubieran podido darle una reprimenda.

Spud y Johnny «Cuestas» volvieron a su trabajo y los dos hermanos se quedaron a observar, con la esperanza de que, en un momento u otro, quedase desenterrado el Fuerte Libertad.

Mientras tanto, en casa, Pam y Holly se preparaban para ir al museo. Al salir por la puerta trasera, las dos se detuvieron en seco y se echaron a reír. En el centro del patio había un gran barreño lleno de agua y dentro se encontraba «Zip», el perro pastor. Al lado del animal se hallaba la chiquitina Sue, empapada de agua de pies a cabeza. Había puesto su visera de lavarse la cabeza al perro, y le enjabonaba desde la cabeza hasta el rabo. Al darse cuenta de que la

miraban, Sue levantó la cabeza y explicó:



—«Zip» necesitaba un lavado de cabeza, igual que yo. ¿Verdad que está guapín con la visera?

Pam. dándose cuenta de que «Zip» se disponía a huir saltando del barreño, lo sujetó y ayudó a Sue a que le aclarase el pelambre.

—¡Buen perrito! ¡Qué paciencia tienes! —dijo Pam, mientras secaba el brillante pelo amarronado de «Zip» con una toalla azul que Sue tenía preparada para el baño perruno.

Holly quitó al animal la visera y «Zip» se sacudió furiosamente, enviando una rociada de agua, mientras las niñas corrían para evitar una ducha con vestidos y todo.

—Hoy, «Zip» y tú estáis igual de limpios —sonrió Pam, hablando con Sue, mientras acompañaban a «Zip» a un trecho de sol—. Pero no le dejes revolcarse o volverá a quedar sucio.

—No le dejaré —prometió Sue, arrodillándose junto a «Zip» para acariciarle amorosamente, mientras Pam y Holly se marchaban.

Las dos hermanas mayores se encaminaron directamente al Museo de Shoreham, que estaba junto a un prado, en el centro de la

población. Al llegar al edificio de piedra rojiza, las dos niñas se dirigieron al celador para decirle que les interesaban los libros que hablasen de la historia de Shoreham.

—Venid a la biblioteca —les contestó el celador, un hombre de edad, con el cabello gris—. No es que existan libros precisamente históricos sobre Shoreham, pero podéis leer esto.

El hombre sacó varios volúmenes, coleccionados, de una revista antigua que se titulaba «Noticias de la Región», y aseguró:

—Aquí encontraréis mucha información sobre Shoreham.

Las niñas le dieron las gracias y llevaron las revistas hasta una larga mesa de caoba. En un extremo de esta mesa se hallaba un hombre en quien las niñas tuvieron que fijarse forzosamente, porque las estuvo mirando con ojos amenazadores.

—¿Verdad que tiene una nariz muy largota? —cuchicheó Holly a su hermana.

—¡Chiist! —suplicó Pam—. Puede oírte. Pero ¿no te parece poco simpático?

Sin prestar más atención al desconocido, las dos niñas se enfrascaron en la lectura de los antiguos volúmenes. Encontraron información sobre la primera máquina de coser que existió en el condado y sobre el primer automóvil de Shoreham.

—Y aquí hay un grabado del antiguo Ayuntamiento de Shoreham —dijo Pam.

Pero las revistas, aunque tenían muchos años, no eran tan antiguas como para hablar de la captura del Fuerte Libertad por el enemigo. Ni tampoco se comentaba la recuperación del fuerte por parte de los colonos.

Sin embargo, las niñas continuaron mirando una revista tras otra. De pronto Pam abrió la última y, después de ojearla un momento, musitó, muy emocionada:

—¡Mira esto, Holly! ¡Puede que resuelva el misterio del Fuerte Libertad!

UNA BULLDOZER PEQUEÑITA



A Pam le bailaban los ojos de emoción, mientras miraba la vieja revista.

—¿Qué dice? —quiso saber Holly.

Pam leyó el artículo en voz baja. Decía que el señor Hiram Winthrop, un caballero de noventa y cinco años, había revelado un secreto a su enfermera. ¡Había encontrado un mapa, en pergamino, con la situación del viejo Fuerte Libertad! El señor Winthrop no comunicó a su enfermera el lugar en que estaba situado, pero sí escribió una carta al Ayuntamiento, poniéndole al corriente de su hallazgo e incluyendo el mapa. La carta fue echada al correo pocos días antes del fallecimiento del caballero, pero no llegó a su destino.

—¿Qué ocurrió con la carta, Pam? —preguntó Holly.

—Nadie lo sabe. Pero ¿no te parece, Holly, que es una estupenda pista?

—No lo sé —contestó Holly, poco entusiasmada—. Si la carta que escribió el señor Winthrop se perdió, ¿cómo vamos a encontrarla?

—Podemos intentarlo.



De repente, Pam tuvo la extraña sensación de que había alguien a su espalda. Volvió la cabeza y se encontró con el hombre de la nariz larga que estaba inclinado tras ella, mirando atentamente la revista.

—¿Qué quiere? —preguntó Pam, con el corazón latiéndole apresuradamente.

—Sólo miraba… Pensé que… Pero no tiene importancia —dijo el hombre, volviendo a su asiento.

—Ese hombre me da escalofríos —cuchicheó Holly—. Vámonos ya.

También Pam deseaba alejarse de aquel hombre desagradable, lo antes posible. De modo que, en cuanto acabó de leer el artículo que le interesaba, cerró el volumen y, levantándose, se lo devolvió al celador.

—Muchas gracias —dijo, volviéndose para salir del edificio con

su hermana.

El hombre misterioso no se había movido, pero quedó mirando fijamente a las niñas. Pam le observó, mientras cruzaba la puerta. ¿Habría sido el artículo de la revista el motivo de que el hombre se interesara tanto por ellas?

Mientras volvían a casa a toda prisa, hablaron sobre el modo de empezar a buscar la carta desaparecida.

—Yo creo que nunca la encontraremos —opinó, desalentada, Holly.

Pero Pam, más animosa, repuso:

—Puede que encontremos a alguien que conozca el secreto del señor Winthrop y quiera decírnoslo.

Al llegar al patio trasero vieron a Ricky y a Sue en un gran cajón de arena, dentro del cual estaba el triciclo de Sue con un arado de juguete colocado delante.

—¿A qué jugáis? —preguntó Pam, riendo.

—Ésta es la excavadora de Johnny «Cuestas» —explicó Ricky, muy seriamente.

Sue se instaló en el asiento y empezó a pedalear, pero cuando el arado se hundió en la arena, el triciclo dejó de moverse.

—Necesitamos más energía «diesel» —dijo Ricky, buen experto en motores, al tiempo, que empujaba hacia atrás el triciclo de Sue.

—Ahora muévete de prisa, Sue, para levantar esta arena.

Las piernas de la pequeñita se movieron a toda velocidad, pedaleando, hacia la montañita de arena. ¡Plof! El arado se hundió en la arena, pero tampoco la levantó. En cambio Sue se vio lanzada por encima del manillar y fue a caer cuan larga era, precisamente sobre la arena.

—¡Ayyy! —se lamentó la pobrecilla.

—¿Ves lo que has hecho, Ricky? —reconvino Holly, mientras entre ella y Pam ayudaban a levantarse a la pequeña.

—Yo no creí que nuestra excavadora se portase así —dijo Ricky, desencantado—. ¿Te has hecho daño, Sue?

Durante unos segundos su hermana menor estuvo sin poder contestar, porque se había quedado sin aliento. Luego balbució:

—Estoy bien. Pero tengo hormigueo.

Una buena cantidad de arena le había entrado por el escote del

jersey y Sue inició una retorcida danza, con el deseo de sacudir los molestos granitos que se le pegaban a la piel.

—¡Qué lástima! Tienes arena hasta en el cabello —dijo Pam.

—Sólo podemos hacer una cosa contigo —declaró gravemente Holly, apoyando las manos en las caderas, como había visto hacer algunas veces a la señora Hollister.

—¿Qué cosa? —quiso saber Ricky.

—Darle un baño y lavarle otra vez la cabeza.

Pam estuvo de acuerdo y Sue accedió de buena gana. De modo que, mientras Ricky pensaba otra solución para que la «bulldozer» funcionase debidamente, las tres niñas entraron en casa. A los pocos minutos, Sue estaba bajo la ducha.

—¡Huy, ya estoy mucho más cómoda! —exclamó, mientras el agua caliente le iba librando de la molesta arena—. Mejor será que se encargue Ricky de conducir esa «bulldozer». Él tiene más «inexperiencia».

Mientras ayudaban a vestirse a Sue, Pam y Holly no cesaron de hablar del misterio. Pam consideraba que debían intentar localizar a los parientes del señor Winthrop. En seguida cogieron el listín telefónico, pero no encontraron ningún Winthrop.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Holly.

—Estoy reflexionando… —murmuró Pam—. Lo malo es que el señor Winthrop murió hace muchos años y era ya muy viejo. De modo que será doblemente difícil encontrar a alguien que le conociera.

—Yo sé cómo encontrarlo —afirmó Sue, muy ufana, mientras Pam le ponía un vestido limpio.

—¿Cómo?

—Preguntando a alguna abuelita de las más viejísimas si conoció al señor Winthrop.

—No se me había ocurrido pensar en eso —rió Pam—. Eres muy buen detective, Sue.

—Pero ¿a quién conocemos que sea una abuela muy viejecita? —preguntó Holly—. Ninguna de mis amigas tiene una abuela muy vieja.

Pam quedó pensativa. Estaba intentando recordar a todas sus amistades, tanto del vecindario como de la Escuela Lincoln, a la que

todos, excepto Sue, acudían. ¿Alguno tenía abuelos muy ancianitos, que vivieran en Shoreham? De repente exclamó:

—¡Ya sé! Dave Meade tiene aún una bisabuela que vive con la familia. Es muy viejecita.

Dave, un amigo íntimo de Pete, vivía en el vecindario. Él y Pete, algunas veces en unión de Ricky, habían pasado juntos muchos buenos ratos y algunas aventuras emocionantes, desde que la familia Hollister se trasladara a Shoreham.

—Tenemos que llamar «in siguida» a la bisabuela de Dave —opinó Sue, encaminándose al teléfono que estaba en el dormitorio de sus padres—. Dejadme que llame yo.

—Está bien —accedió Pam—. Después de todo, tú has dado la idea.

De un cajón de la mesilla sacó un cuaderno telefónico y buscó el número de Meade.

—Es el 8141 de Shoreham —dijo a su hermana menor—. ¿Crees que podrás marcar tú sola, Sue?

—Claro —repuso con toda seriedad la rubita.

Y ante la sorpresa de Pam y Holly, la pequeña marcó lenta y correctamente el número, con su dedo gordezuelo. Después de aguardar unos momentos, le contestó una voz de muchacho.

—Hola, Dave. Soy Sue Hollister. Tengo una cosa muy «portante» que preguntarle a tu bisabuela. ¿Puedo hablar con ella?

—Claro que sí, Sue —repuso Dave en tono de sorpresa.

Pam y Holly escuchaban en silencio. Unos momentos después Sue volvía a hablar.

—Hola, señora Meade. Soy Sue. Estamos buscando una bisabuela viejecísima. ¿Usted es de las más viejas?

La respuesta que recibió hizo estallar a Sue en risillas divertidas. Mirando a sus hermanas, la pequeña cabeceó vigorosamente. Luego dijo:

—¿Quiere esperar un momento para que se lo diga a mis hermanas? —Y en seguida se volvió a Pam y a Holly para explicar, circunspecta—: La bisabuela de Dave dice que es tan vieja que recuerda cuándo el hombre de la luna era un niño.



Las dos mayores se echaron a reír y luego Pam dijo:

—Entonces será lo bastante vieja para haber conocido al señor Winthrop.

Sue volvió a hablar por teléfono para decir, cortésmente:

—Muchas gracias. Que usted lo pase bien. ¿Cuándo podremos ir a verla, mis hermanas y yo, para hablarle de un secreto?

EL GIGANTE CASCANUECES



La bisabuela Meade invitó a Sue y sus hermanas a que la visitasen a la mañana siguiente.

—¡Estupendo! —exclamó Pam, después que la pequeñita colgó el auricular—. Puede que ella nos dé alguna pista sobre el Fuerte Libertad.

Aquella noche, a la hora de cenar, los niños contaron a su padre las aventuras que habían tenido aquel día. El señor Hollister era un hombre alto, de aspecto atractivo y mirada chispeante. Al oír a sus hijos sonrió ampliamente y dijo:

—Parece que la ciudad entera está buscando el viejo fuerte. Todo el mundo que ha entrado hoy en la tienda hablaba de lo mismo.

El padre de los Hollister era dueño del Centro Comercial, un establecimiento donde se vendían artículos de ferretería, de deporte y juguetes. A sus hijos les gustaba que les mandase ir para ayudarle.

—Ahora habladnos de vuestra visita de mañana a la señora Meade —pidió la señora Hollister.

Pam explicó que tenían planeado hacerle preguntas sobre el señor Winthrop y la madre dijo:

—Creo que sería oportuno que le llevaseis un obsequio.

—Me gusta, me gusta —afirmó Sue—. ¿Le llevamos una pelota de goma?

—¡Eso no es bonito para una señora, boba! —contestó Holly.

—Yo creo que estaría bien un pañuelo de encaje —sugirió Pam.

—Me parece bien —asintió la madre—. Últimamente compré varios en la exposición de la iglesia. Podéis llevarle uno.

A la mañana siguiente, después del desayuno, las tres niñas anunciaron que se iban a visitar a la bisabuelita Meade.

—Yo quiero ir también —dijo Ricky— si es que vais a hablar del misterio.

Pete confesó que también a él le gustaría ir. De modo que los cinco hermanos se pusieron en camino. A los pocos minutos subían los peldaños del porche de la casa de Dave Meade. Pete tocó el timbre. Dave, un muchachito alto, de cabello negro, salió a abrir seguido de su madre.

—Es un placer veros —dijo la señora Meade—. La abuelita Bea os está esperando.

Dave acompañó a los Hollister escaleras arriba, hasta el cuarto de costura, por cuya ventana entraba el brillante sol. Los rayos acariciaban a una señora menuda, de cabello blanco, que estaba haciendo calceta.

—Abuelita Bea, aquí están los Hollister —dijo Dave, que empezó presentando a cada una de las niñas, porque a Pete y a Ricky ya les conocía la ancianita.

—Me alegra mucho veros —dijo la abuelita Bea, estrechando las manos a cada una de las hermanas.

Sue se puso de puntillas ante la anciana y le tendió una caja envuelta en papel de colores y atada con una bonita cinta.

—Muchas gracias, muchas gracias —repitió la señora, mientras desenvolvía el regalo—. Pero ¡qué pañuelo tan bonito! No cabe duda de que los Felices Hollister sabéis cómo hacer felices a los demás.

Dejando el regalo en una mesita lateral, la anciana cogió a Sue y la sentó en su regazo. La pequeña aprovechó la ocasión para preguntar:

—¿Era guapo el hombre de la luna cuando era niño?

—Sí. Sí, lo era —contestó la abuelita Bea, con una chispita risueña en sus ojos—. Pero hacía travesuras. Recuerdo una vez en que el niño de la luna casi se cayó del cielo. Sólo su estrella de la suerte le salvó.

Luego la anciana abrazó a Sue y la pequeñita rió feliz.

—Bien —dijo la abuelita Bea—. Supongo que tenéis algún motivo especial para visitarme.

Entonces Pam le habló del misterio del Fuerte Libertad.

—Y si pudiéramos encontrar a alguien que haya conocido a Hiram Winthrop, quizá nos daría una pista de la carta perdida —concluyó la niña.

La anciana reflexionó unos minutos.

—Hiram Winthrop —repitió—. Sí. Ahora recuerdo. Tenía una hija que se llamaba Jennie, de mi edad, casada con un hombre de nombre Ellis.

La señora Meade siguió explicando que Jennie había sido hija única. Pero no tenía idea de dónde la señora Ellis podía encontrarse ahora.

—Entonces, tenemos que encontrar a alguien que se llame Ellis —dijo Pete—. Muchas gracias por darnos esta pista, abuelita Bea.



Los niños siguieron un rato hablando con la dulce ancianita. Luego se despidieron. Pero la abuelita Bea les pidió que volviesen pronto a visitarla.

—Estoy contenta de haber podido seros de utilidad —dijo—. Y confío en que encontréis el viejo fuerte, porque mi tatarabuelo ayudó a construirlo.

—Por eso también yo quisiera encontrarlo —dijo Dave, mientras bajaba las escaleras con sus amigos—. ¿Verdad que sería emocionante?

Él y los Hollister fueron a buscar el listín telefónico. Al llegar a la «E» Dave dijo:

—Hay tres Ellis en la ciudad.

En seguida marcó el primer número.

—Mercado de pescado de Ellis —dijo una voz de hombre.

Dave le preguntó si tenía algún parentesco con el señor Hiram Winthrop. El hombre contestó que no y colgó el auricular. Pete probó a telefonear al siguiente Ellis, pero no tuvo mejor suerte.

—¡Canastos! Si el último número no resulta, volveremos a estar igual que antes —se lamentó Ricky.

Pete llamó al tercer Ellis. Le contestó una mujer y, cuando Pete repitió la pregunta, ella dijo:

—Sí. Claro que estamos emparentados con el anciano señor Winthrop. Él era el abuelo de mi marido.

—Muchas gracias —contestó Pete—. ¿Cree usted que a su marido no le importará contestar a algunas preguntas sobre su abuelo?

—Yo creo que lo hará con mucho gusto —repuso la señora—. El señor Ellis estará en casa hacia las cuatro de esta tarde. Podéis venir a verle entonces.

Pete dio las gracias a la señora y colgó.

—Seguimos sobre la pista, chicos —dijo a los demás—. Iremos a visitar a los Ellis esta tarde, a las cuatro.

Dave quedó desilusionado porque no podía acompañar a sus amigos, pero les deseó mucha suerte.

Después de comer, los Hollister jugaron un rato por la casa, esperando impacientes que llegase la hora de visitar a los Ellis. Pete pasó un rato concretando cuál sería el camino más rápido para llegar a la casa. Y decidió que lo mejor era atravesar el nuevo bulevar. Por fin llegó la hora de decir:

—¡Todos en marcha! Ya es hora.

Caminaban calle abajo cuando, por casualidad, Holly volvió la cabeza. Al oírla reír, los otros también se volvieron. ¡Desfilando graciosamente, tras los Hollister marchaba la hermosa gatita negra con el morro blanco y sus cinco hijitos!

—No podéis venir más que hasta la esquina, «Morro Blanco» —advirtió Holly a la gata—. Nosotros tenemos que cruzar la ciudad.

Los cinco hermanos apretaron el paso. Antes de llegar a la esquina, Pam exclamó:

—¡Vaya! ¡Ahí llega Joey Brill!

Cuando el camorrista vio a los Hollister caminando con tanta prisa, imaginó que se ocupaban de algo importante, y en seguida preguntó:

—¡Eh, vosotros! ¿Adónde vais?

—A «solver» un misterio —le comunicó Sue, antes de que sus

hermanos pudieran impedírselo.

—Ya, ya… Supongo que esperáis encontrar el Fuerte Libertad —masculló el chico, burlón.

—Eso… Quiero decir que sí —asintió Sue.

—¡Chist! ¡No le digas nada! —aconsejó Pam.

—Puede decirme todo lo que quiera —dijo Joey, que en seguida se acercó a «Morro Blanco» y añadió—: Supongo que esta estúpida gata también conoce el secreto… ¡Ja, ja, ja!

Y sin más, el chicazo dio un tirón de los bigotes a «Morro Blanco». Al animal no le gustó aquello y empezó a maullar y a alargar hacia Joey las dos patas delanteras.

—¡Deja tranquila a mi gatita! —ordenó Holly, indignada.

—¡Si no voy a hacerle daño! —dijo Joey, burlón—. ¿Conoces tú el secreto, minino?

El chicazo dio un empujón a la gata que, esta vez no anduvo con rodeos y dio un arañazo en la mano izquierda de Joey.

—¡Uff! —masculló el antipático camorrista—. ¡Ya te enseñaré yo, gatucho!

Joey se lanzó en dirección a «Morro Blanco», pero no fue muy lejos. Pete le cortó el paso.

—¡Haz el favor de dejar a nuestra gata! —ordenó.

—¿Quién va a impedirme que la moleste?

—Yo —contestó Pete, enfrentándose con el camorrista.

—Si no tuviera este arañazo en la mano, te iba a dar un puñetazo… —amenazó el camorrista.

Y acabó alejándose, sin cesar de dirigir miradas furibundas a los Hollister.

Al llegar a la esquina, Holly se encargó de hacer volver a «Morro Blanco» y sus hijos a casa. Luego los cinco hermanos se alejaron a toda prisa. Al poco se oía gritar a Ricky:

—¡Hola, Jeff! ¡Hola, Ann!

No muy lejos, y corriendo hacia ellos, estaban los hermanos Hunter, que vivían en aquella calle, algo más abajo. Ann tenía diez años y el cabello ensortijado en negros bucles. Era la amiga más íntima de Pam. Su hermano Jeff, de ocho años, con ojos azules y cabello negro, se divertía mucho jugando con Ricky.

—¿A que no adivinas una cosa? —preguntó Jeff, al acercarse—.

Están empezando a derrumbar la antigua estación del tren.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Y van a quemarla?

—No podrán quemarla —opinó Jeff—. Casi toda está hecha de ladrillo. La están derribando con un «cascanueces».

—¿Con qué? —inquirió Holly, atónita.

—Lo llaman un «cascanueces» —explicó Ann—. Tenéis que verlo.

—Pero sólo un momento —advirtió Pete—. No os olvidéis de que tenemos que visitar al señor Ellis.

Todos los niños se encaminaron, corriendo, a la vieja estación de ferrocarril, que hacía tiempo que no se utilizaba. Las vías se habían tendido en otra estación que se había construido lejos de la carretera principal.

—¡Ahí está el «cascanueces»! —gritó Jeff, mientras todos corrían hacia el viejo edificio.

—¡Pero si no es más que un pelotón de hierro! —exclamó Ricky, desencantado.

—Pero hará una gran demolición —afirmó Jeff, dándoselas de entendido—. ¡Mirad, mirad!

La bola de hierro iba unida a un cable que pendía del brazo de una enorme grúa. La bola oscilaba de un lado a otro. Luego… ¡Ploom! La bola se estrellaba contra un paredón y derribaba un gran trozo.

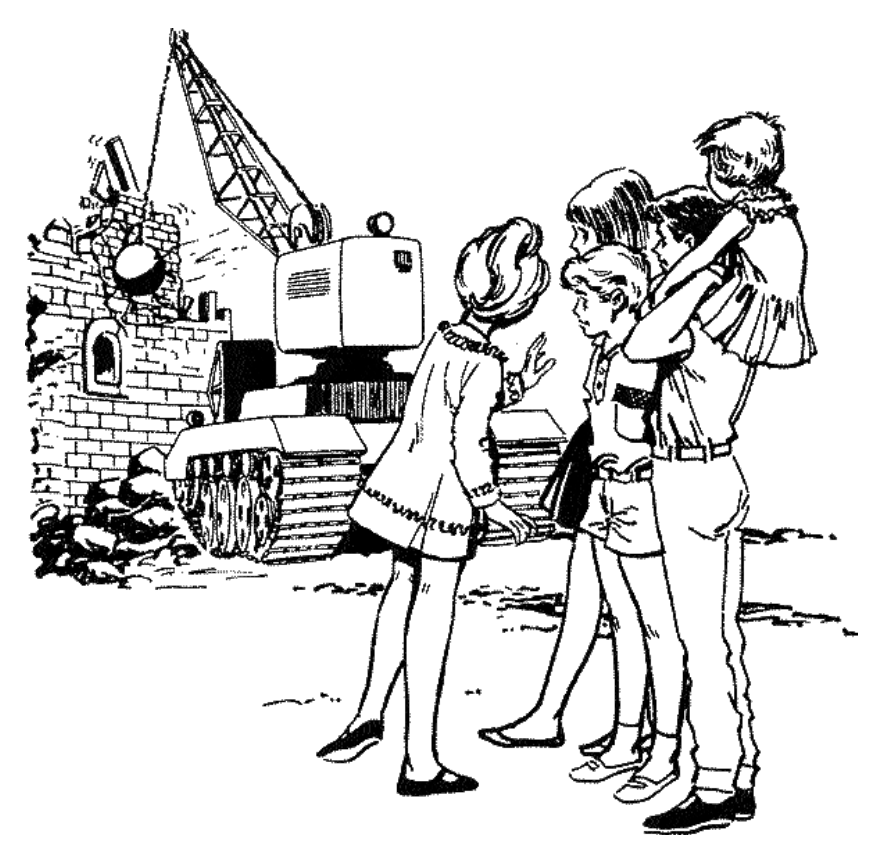
—¡Zambomba! ¡Es terrorífico! —declaró Pete, mientras todos se acercaban para ver mejor.

—¡Mirad! ¡Ahí está el oficial Cal! —dijo Pam.

Y la niña sacudió una mano, saludando al policía, que respondió en seguida, sonriendo a los Hollister. Cal era un joven de aspecto agradable a quien los hermanos Hollister conocían muy bien. Le habían ayudado varias veces a resolver misterios.

El oficial Cal se acercó inmediatamente a los niños para decir:

—Será mejor que estéis a buena distancia. Nunca se sabe con seguridad a dónde pueden ir a estrellarse estas bolas.



—Estaremos lejos —prometieron los Hollister.

En ese momento el «cascanueces» dejó de funcionar y se oyó el rugido de un tractor «bulldozer».

—Es Johnny «Cuestas» —exclamó Holly.

Johnny estaba arrastrando la pila de ladrillos y cemento de la pared.

—Está preparando montones de escombros que luego se cargan en los camiones —explicó el oficial Cal.

Volvió a ponerse en movimiento el «cascanueces». Los niños contemplaron sus oscilaciones, volviendo la cabeza ahora a un lado, luego al otro. Y de pronto Holly descubrió a un perrillo foxterrier, acurrucado muy cerca de la pila de escombros. ¡El asustado animal quedaba justamente en el camino del tractor!

—¡Ven aquí, perrito! —llamó Holly a voces.

Pero, en vista de que el animal no se movía, la niña echó a

correr hacia el tembloroso perrito. ¡Tenía que evitar que le atropellasen!

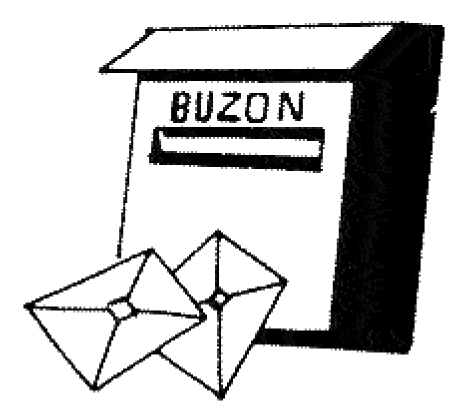
De repente, alguien entre la multitud gritó:

—¡Apártate de ahí, niña!

La enorme bola oscilaba en dirección a Holly y el perrito.

—¡Corre, Holly, corre! —apremió el oficial Cal.

UNA VIEJA CARTA



El conductor de la grúa no vio que Holly estaba en peligro. Pero el que sí lo vio fue Johnny «Cuestas», que puso en marcha su tractor para colocarlo entre la ondeante bola de hierro y la niña.

¡Baam!

El «cascanueces» golpeó un lateral del tractor de Johnny «Cuestas». El impacto fue tan fuerte que hizo saltar de su asiento a Johnny que, por suerte, logró sujetarse a los mandos.

Cuando el conductor de la grúa vio lo que había pasado, detuvo el vehículo, saltó de la cabina y corrió hacia Johnny.

—¿Estás herido? —le preguntó.

—No —contestó Johnny—. Pero te aseguro que esa bola dolorosa ha hecho estremecerse todos mis huesos.

—¿Por qué te has puesto en mi camino? —preguntó el otro. Y en seguida, viendo a Holly, comprendió.

Ya entonces todos los niños llegaban corriendo junto a su valiente amigo.

—Muchas gracias por haber salvado a mi hermana —dijo Pam, mientras Johnny «Cuestas» bajaba de su tractor.

—Sí, sí. Muchas gracias —balbució Holly, temblorosa.

Y el hombre se acercó para acariciarle la cabeza.

Un momento después sonó la voz de Ricky, diciendo:

—Johnny, ha llamado usted a eso «bola dolorosa». ¿Qué ha querido decir?

Johnny miró, sonriente, al conductor de la grúa, antes de explicar:

—Le llamamos la «bola dolorosa» porque el ruido que hace produce dolor de cabeza. ¡Y no cabe duda de que da un buen dolor de cabeza si te golpea!

El hombre de la grúa añadió:

—Su verdadero nombre es «bola de demolición».

—Pues yo creo que «cascanueces» es un nombre más lindo —opinó Holly.

—Bien, bien —dijo Johnny «Cuestas», volviendo al tractor—. Llámalo como quieras, pero permanece bien lejos de él.

Todos los Hollister prometieron no acercarse.

—Además, ya tenemos que irnos —dijo Pam— porque estamos buscando la pista del Fuerte Libertad.

—Buena suerte —les deseó Johnny, mientras la «bola dolorosa» se estrellaba contra otra parte del viejo edificio.

Los Hollister marcharon a buen paso hacia la casa de los Ellis, que resultó ser un edificio pequeño, en una calle tranquila. Pete fue el primero en subir los peldaños del porche. Cuando llamó, una señora bajita y delgada salió a abrirles. Pete presentó a todos y la señora dijo:

—Me alegro de conocer, por fin, a los Felices Hollister. Vuestro padre me ha hablado muchísimo de vosotros. Le conocemos porque somos clientes del Centro Comercial.

Añadió la señora que el señor Ellis acababa de llegar y en seguida les recibiría. Cuando la señora les hizo entrar a una acogedora salita, todos se sentaron. Un minuto después entraba un señor alto, de rostro sonrosado.

—Éste es el señor Ellis, niños —presentó su esposa, que luego fue diciendo al marido el nombre de cada uno de los visitantes.

El señor Ellis se sentó en una gran butaca, cruzó las piernas y haciendo un guiño, dijo:

—De modo que queréis hacerme preguntas sobre el abuelo

Winthrop, ¿eh? ¿Me decís qué es lo que hizo?

—Encontró el Fuerte Libertad —dijo Ricky—. Él solo.

El señor Ellis se echó a reír.

—Algo había oído yo de eso cuando era niño. Pero lo había olvidado por completo.

—Hemos encontrado la pista en el museo —dijo Pam, que luego le habló del artículo de la revista.

—¡Bien! —murmuró el señor Ellis, calmosamente—. Yo nunca me enteré de lo que decía la carta desaparecida, de modo que no creo poder ayudaros.

—A lo mejor sí puede —dijo Pam, inclinándose hacia delante en su asiento—. ¿No tiene usted ninguna carta que enviase su abuelo a la madre de usted? En una de esas cartas pudo contar el secreto del Fuerte Libertad.

Estas palabras hicieron sonreír al señor Ellis.

—Eres toda una detective. Ya me he dado cuenta. —Luego se volvió a su esposa—: Fran, ¿tenemos algunas de las viejas cartas de mi madre? ¿Qué hicimos con ellas?

La señora Ellis se echó hacia atrás un mechón de sus cabellos grises y quedó unos momentos pensativa.

—Creo que tiramos todas las cartas de tu madre hace un mes, cuando limpiamos la buhardilla —replicó.

—¡Oh, qué lástima! —murmuró Pam.

De repente, los ojos de la señora Ellis se iluminaron.

—Pero quedó una papelera llena de cartas. Yo la llevé al garaje, para quemar el contenido. ¿Me has oído, querido?

Esta vez fue el señor Ellis quien quedó pensativo.

—¡Humm! —murmuró, frotándose la barbilla—. No. No creo que yo quemase esas cartas. El día que tuve intención de hacerlo soplaba demasiado viento.

Todo este tiempo la chiquitina Sue había estado muy quieta, mirando con atención a cada uno de los presentes. Pero de repente se le ocurrió exclamar:

—¡Qué «divirtido»! La carta saldría volando, como una pajarita de papel.

El señor Ellis siguió diciendo:

—Las cartas deben de estar todavía en el garaje.

—¡Estupendo! ¿Podríamos mirarlas, por si encontramos alguna pista? —preguntó Pete.

—Desde luego —contestó el señor Ellis.

El señor y la señora Ellis se encaminaron al garaje, seguidos de los Hollister. Allí, en un rincón, detrás de un rastrillo y un azadón, había una papelera con varios fajos de cartas. Pete se apresuró a ir mirando las fechas de los matasellos.

—¡Zambomba! ¡Qué antiguas son estas cartas! —se asombró Pete.

—Si son cartas privadas de su madre —dijo Pam al dueño de la casa—, ¿por qué no las leen usted y la señora Ellis?



El señor Ellis llevó la papelera a los escalones del porche. Todos se sentaron, mientras los mayores leían una carta tras otra.

—No encuentro nada que se refiera al viejo Fuerte Libertad —dijo la señora Ellis, al cabo de un rato—. ¿Y tú, querido?

—No tengo más suerte que tú —repuso el marido—. Y ya estoy llegando a las últimas cartas del abuelo.

—Puede que encuentre usted algo en ésas —dijo Pam—. El artículo de la revista dice que escribió la carta poco antes de morir.

—¡Vaya! ¡Creo que es ésta! —anunció, por fin, el señor Ellis, mostrando a todos un sobre, con las señas escritas por alguien de pulso trémulo—. ¡Sí! Ésta es.

—Léala, por favor —suplicaron, a una, todos los Hollister.

Y todos contuvieron la respiración, mientras el señor Ellis empezaba la lectura de una vieja carta dirigida a su madre:

> «Querida Jennie:
>
> »He descubierto un gran secreto: la situación del Fuerte Libertad. Cuando te vea, te hablaré con detalle de todo. Acabo de escribir al Ayuntamiento, adjuntando un viejo mapa que he encontrado en un baúl perteneciente a mi padre».

El señor Ellis leyó unas líneas más, donde el anciano explicaba que no se encontraba muy bien. Luego añadía:

> «Nellie, mi enfermera, tiene hoy el día libre. Va a tomar el tren de Clinton y ella se encargará de echar esta carta y la dirigida al Ayuntamiento».

El señor Ellis dobló la carta y comentó:

—Es una lástima que no diga dónde estaba el fuerte. Pero, de todos modos ¿podrá esto ayudaros en algo, mis jóvenes detectives?

Aunque estaba desencantado, Pete contestó:

—Sí. Al menos ahora sabemos con seguridad que se echaron dos cartas al correo, aunque una no llegó al Ayuntamiento.

—Y tenemos una idea de dónde pudieron sellarlas —añadió Pam.

—¿Dónde? —preguntó el señor Ellis.

—Pensamos que debió de ser en la antigua estación ferroviaria de Shoreham, a donde la enfermera fue a tomar el tren —repuso Pam—. Y hasta podría ser que la carta continuara estando allí.

—Entonces, esto os ha proporcionado una buena pista, ¿no es cierto? —preguntó la señora, asombradísima—. Pero ¿dónde puede haber estado oculta la carta todo este tiempo?

Nadie contestó, más que Ricky, para decir:

—A lo mejor es ya demasiado tarde para buscar en la vieja estación de ferrocarril. Seguramente ahora ya está todo el suelo más plano que una torta de cominos.

—Pero no perderemos nada yendo a mirar —dijo Pam, con una sonrisa—. Podríamos ir después de cenar.

La hermana mayor dio las gracias a los señores Ellis por su ayuda y todos se despidieron. Sue se sentía tan nerviosa y feliz que dio a la señora Ellis un beso y un abrazo, antes de marchar.

Cenaron temprano y mientras estaban en la mesa nadie habló de otra cosa más que de la aventura de los niños con el «cascanueces» y de la carta desaparecida.

—¿Podríamos ir a buscar entre las ruinas esta noche, papá? —preguntó Ricky, cuando terminó los postres.

Los señores Hollister consideraron que podían dar permiso a los niños. A aquella hora los obreros ya habían concluido su trabajo y no habría ningún peligro con la demoledora.

Al llegar al viejo edificio, los niños se sintieron muy contentos, viendo que todavía no se habían derribado por completo todas las paredes. Otros niños y niñas estaban ya buscando entre los escombros. Entre ellos se encontraba Joey Brill.

«Quién sabe si encontrará algo», pensó Pete que luego advirtió a su hermanos que procurasen no acercarse al molesto chico.

Todos empezaron a buscar entre los ladrillos, cemento y viejas vigas.

—¡Mirad! ¡Hay un señor haciendo fotografías! —informó Holly.

En un lateral se encontraba un fotógrafo. El flash de su máquina centelleaba una y otra vez.

—¿Para qué hace usted esas fotografías? —preguntó Ricky.

—Para «El Águila de Shoreham» —contestó el fotógrafo, apartando la cámara de sus ojos—. Mañana las veréis.

—¡Viva, viva! —se entusiasmó Holly—. ¿Estaremos nosotros?

—Tal vez.

Los niños siguieron buscando entre vigas, tablones astillados y ladrillos desmenuzados, y ya no volvieron a acordarse del fotógrafo. Una vez, Ricky se fijó en varios grupos de personas mayores que les observaban. En ese momento, un hombre de larga nariz se ocultó tras un árbol. Y Ricky se preguntó qué estaría haciendo aquel desconocido que se portaba igual que un niño jugando al escondite. Pero antes de que el pequeño tuviera tiempo de decir nada, se oyó gritar a Pete:

—¡Mirad lo que hay aquí! ¡Un viejo buzón de correspondencia!

Ricky y Holly corrieron junto a su hermano mayor. El buzón, todavía unido a un trecho de muro desprendido, se encontraba caído en el suelo.

—Hay que darle la vuelta —dijo Pete—. Una, dos y tres. ¡Arriba!

El buzón, a pesar de los esfuerzos de los niños, no se movió más que unos centímetros. Los Hollister volvieron a probar. Esta vez lograron colocarlo boca arriba. Sin embargo, a través de la ranura, no pudieron ver nada dentro.



—No hay ninguna carta dentro —se lamentó Pete, desencantado.

—Y el pobre buzón está todo «rompido» —añadió Sue, señalando un gran agujero de la parte posterior del buzón.

Holly se sentó en un viejo tablón y hundió la barbilla entre las manos.

—Parece que nunca vamos a resolver este misterio —dijo, apesadumbrada, dejando escapar un suspiro.

Pero, de pronto, Pam exclamó:

—¡Caramba! ¿Qué es esto?

—¿De qué hablas? —preguntó Pete.

Muy nerviosa, Pam corrió junto al buzón, diciendo:

—Parece que hay algo encajado entre el buzón y la pared. Por ese agujero veo asomar una punta.

Pete buscó un palito delgado y hurgó con él entre la pared y el buzón.

—Algo se mueve —informó a los demás.

El muchachito siguió pasando el palito de un lado a otro hasta que salió a la vista un ángulo de un viejo sobre. Pam lo cogió con los dedos.

—¡Debe de ser una carta muy larga, con mucho papel! —dijo—. Tengo que tirar con cuidado o se romperá.

El nerviosismo de los Hollister atrajo allí a varios niños, entre ellos Joey Brill.

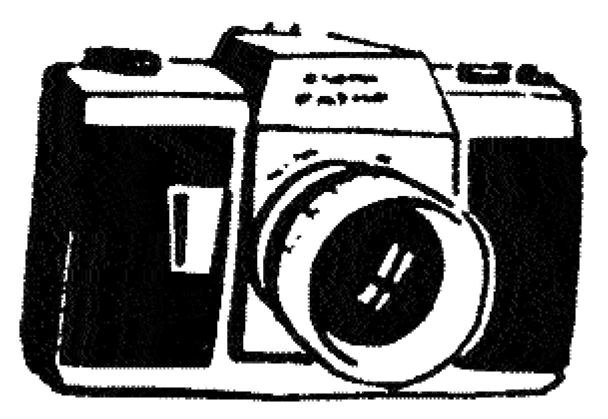
—¡Eh! ¿Qué habéis sacado de ahí? —preguntó mientras trepaba por los escombros para ver cómo Pam sacaba con todo cuidado la carta de aquel resquicio de la pared—. ¡Hombre! Una carta. ¡Qué gruesa! A lo mejor hay dinero dentro.

En ese momento la carta quedó suelta y Pam leyó las señas escritas en la parte delantera.

—¡Pete, Pete! —gritó, en seguida—. Está dirigida al Ayuntamiento de Shoreham.

—¿Hay remitente? —preguntó el hermano, cogiendo la carta y mirándola por detrás. Y en seguida exclamó—: ¡Zambomba! ¡Mirad! ¡Esta carta la envió el señor Hiram Winthrop!

¡QUÉ JUGARRETA!



—Hemos encontrado la carta desaparecida —exclamó Pam, mientras Pete daba vueltas una y otra vez al sobre entre sus manos.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó el pelirrojo.

—Seguro que el mapa está dentro. Por eso el sobre abulta tanto —razonó Pete.

—Pero ¿cómo se quedaría la carta encajada entre la pared? —dijo, con tono de extrañeza, Holly.

Pete, después de pensar unos momentos, replicó:

—Puede que fuese demasiado grande para entrar en el buzón, y la enfermera del viejo señor Winthrop tuviese que dejarla encima. Luego iría resbalando, y se cayó detrás del buzón.

Joey Brill, que les estaba mirando, se sentía cada vez más inquieto con aquella conversación.

—¿Por qué armáis tanto jaleo por una vieja cartucha? —preguntó.



—Sí. ¿Qué tiene de especial esta carta? —quiso saber el fotógrafo, que también se había acercado.

Pete y Pam contestaron que no podían hablar con nadie de su hallazgo, pero aún no habían tenido tiempo de poner sobre aviso a los pequeños, cuando Ricky, Holly y Sue empezaron a hablar de lo importante que era la carta desaparecida.

—Léela —suplicó Holly.

Sin embargo, Pam movió negativamente la cabeza. Sabía que era ilegal y prohibido abrir la correspondencia dirigida a otra persona.

—¡De modo que vosotros sois los niños Hollister, que ya habéis resuelto otro misterio! —exclamó el fotógrafo, añadiendo—: El

señor Kent, nuestro director de la sección Vida Animal me habló de vosotros. ¿No fuisteis vosotros quienes encontrasteis a Bobby Reed, cuando se perdió?

Los Hollister contestaron que aquélla había sido una de sus aventuras. Tiempo atrás, haciendo una excursión por el río, habían resuelto el misterio.

—Veo que voy a tener entonces una gran noticia en exclusiva —dijo el fotógrafo—. Me gustaría que posaseis para mí con esa carta. Publicaremos la noticia con la foto, en el periódico de mañana.

Pete y Pam, muy orgullosos, sostuvieron la carta en alto, mientras Holly, Sue y Ricky se colocaban a su lado. Brilló el flash.

—Muchas gracias —dijo el fotógrafo, que empezó a anotar, uno por uno, los nombres de los cinco hermanos.

—¡Uff! —rezongó Joey—. Seguro que ahora os creeréis muy importantes, sólo porque vuestra fotografía va a salir en el periódico.

Se volvió de espaldas, mostrando desagrado, y desapareció entre las personas que se habían acercado a mirar.

—¡Qué chico tan latoso! —se quejó Holly—. A ver si no vuelve a molestarnos más por hoy.

Pero aún no había acabado la niña de hablar cuando Joey reapareció, caminando en línea recta hacia los Hollister y diciendo:

—¿Por qué no abrís la carta y veis lo que dice?

Pam contestó que estaba castigado por la ley abrir las cartas dirigidas a otra persona.

—Será mejor que se la llevemos al alcalde en seguida —dijo Pam a Pete.

—¡Bah! Todos sois niñas miedosas —declaró Joey, con gesto hosco—. Si es un secreto tan maravilloso como decís, ¿por qué no nos leéis la carta a todos ahora mismo?

Los Hollister no se dejaron convencer, sino que Pete preguntó al fotógrafo dónde vivía el alcalde. Y cuando el hombre se lo dijo, los cinco hermanos se encaminaron hacia aquella dirección. Joey les siguió.

—Oye, Pete —llamó el chico, cuando todos habían recorrido unos cuantos pasos—. ¿Me dejas ver el sello de esa carta?

Pete no vio nada malo en aquella petición, de modo que levantó

la mano sosteniendo la carta para que el otro pudiera verla. En un abrir y cerrar de ojos, Joey arrancó la carta de la mano de Pete.

—¡Eh! ¡No te vayas! —gritó Pete, viendo que Joey echaba a correr.

Todos los Hollister corrieron tras el camorrista, gritando:

—Devuélvenos la carta, Joey. ¡La encontramos nosotros! No tienes derecho a quitárnosla.

Pero el chicazo siguió corriendo y cruzó velozmente delante de los coches. Los Hollister quisieron seguirle; sin embargo, tuvieron que detenerse porque una avalancha de automóviles les cerró el paso durante varios minutos.

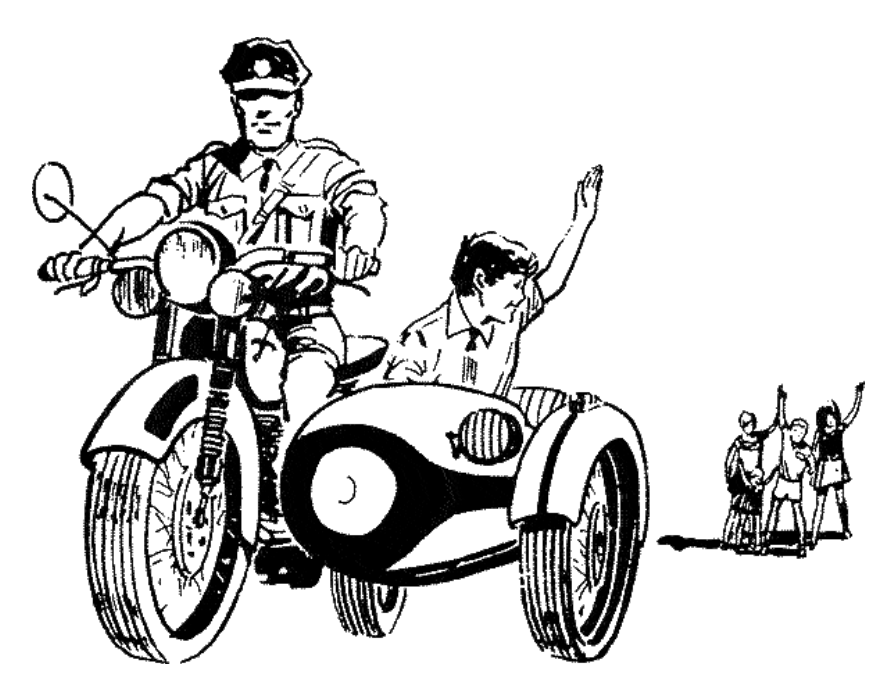
Cuando llegaron los hermanos a la otra acera, no se veía a Joey por ninguna parte.

—Tiene que haberse ido por una de estas calles. Nos dividiremos en abanico y el primero que le vea gritará —indicó Pete.

Pero aún no habían empezado a cumplir lo planeado cuando Pete vio una motocicleta que marchaba calle abajo. La montaba el oficial Cal. Pete corrió hacia él, sacudiendo los brazos. En cuanto el oficial se detuvo, Pete le contó en pocas palabras lo sucedido.

—Yo recuperaré esa carta —se ofreció el policía—. ¿Dónde vive Joey?

—Yo se lo indicaré —dijo Pete, subiendo al sidecar de la moto.



Pam decidió que ella y los pequeños volverían a casa, mientras Pete se marchaba con el policía. Cuando él y Cal llegaron ante la casa de Joey, el oficial detuvo la moto junto al bordillo.

—¿Puedo entrar con usted? —preguntó Pete.

—¡Claro! Vamos.

Juntos subieron los escalones y el oficial llamó a la puerta. Salió a abrir la señora Brill.

—¡Ay, Dios mío! ¿Ocurre algo, oficial?

Cal se presentó a la mujer y luego añadió:

—Pete Hollister me ha dicho que Joey les ha quitado una carta. Pete se disponía a entregar esa carta al alcalde. ¿Está Joey aquí?

La señora Brill quedó un momento como paralizada. Luego repuso:

—Joey ha llegado a casa hace unos minutos, diciendo que no se encontraba bien. Ha subido en seguida a su cuarto. —La madre de Joey se volvió hacia las escaleras para llamar—: ¡Joey! ¡Joey, baja! El oficial Cal desea hablar contigo.

Los tres aguardaron unos momentos, pero no obtuvieron contestación. La señora Brill, después de llamar de nuevo a su hijo, murmuró:

—Debe de estar enfermo de verdad.

—Me gustaría verle, de todos modos —dijo el oficial.

Preguntó si podía subir a la habitación de Joey y la madre contestó que sí.

—¿Puedo ir, también? —inquirió Pete.

La mujer titubeó un momento, pero acabó asintiendo. Así que los tres subieron y el oficial abrió la puerta de la habitación de Joey. El chico estaba metido en la cama, con las ropas de ésta subidas hasta la barbilla. Estaba muy pálido.

—¡Estás enfermo, Joey! —dijo la madre, preocupada—. Te has quedado tan blanco como las sábanas.

Pero el oficial Cal y Pete pensaban de otro modo. Lo que podía ocurrirle a Joey era que se hubiese asustado al ver al policía en su casa. El oficial dijo al chico los motivos de su visita.

—Devuelve la carta a Pete —ordenó.

Inesperadamente, las mejillas de Joey se pusieron muy encarnadas.

—No la tengo —dijo, bajando la vista.

—¿Puedo revisar tus ropas? —preguntó el policía, buscando con la vista la camisa y los pantalones del chico, por toda la habitación.

Pero tales prendas no se veían por parte alguna. Por fin el policía, sorprendiendo a Joey, levantó de un tirón las ropas de la cama. ¡Joey se había metido en la cama completamente vestido!

—¿Siempre te acuestas sin desvestirte? —preguntó el oficial, provocando una risilla de Pete y una tremenda palidez en Joey.

—N… no. Pero ahora tenía tantas ganas de meterme en la cama, que no me desvestí.

—Pero ¿qué es esto? —se lamentó la madre—. Si te has metido en la cama hasta con los zapatos puestos, Joey.

Obedeciendo al oficial, Joey tuvo que ponerse en pie y, muy ceñudo, se dejó registrar los bolsillos. En ellos no estaba la carta, pero el policía sacó un billete de un dólar.

—¿De dónde has sacado todo ese dinero, Joey? —preguntó la señora Brill a su hijo.

—Lo he ganado —repuso Joey, mirando ceñudo a Pete.

—¿Dónde está la carta? —preguntó el oficial Cal, que empezaba a sentirse enfadado.

Al comprender que el policía no estaba de humor para admitir rodeos, Joey contestó:

—La he perdido mientras venía a casa corriendo.

—¿Recuerdas dónde? —inquirió el oficial.

Joey repuso que no tenía la menor idea de dónde se le había caído.

—Entonces, convendría que nos mostrases por qué camino has venido —insistió el policía— y nosotros la buscaremos.

La señora Brill convenció a su hijo para que dejase de fingirse enfermo y saliera con los visitantes. Antes de marchar, Pete pidió permiso para utilizar el teléfono. Se estaba haciendo de noche y tenía que decir a sus padres por qué tardaba en volver a casa.

La madre de Joey asintió, comprendiendo, y acompañó al chico hasta el teléfono. Cuando Pete dijo a la señora Hollister que deseaba ayudar a buscar la carta, ella accedió a que lo hiciera.

—Pero no vengas demasiado tarde, Pete —pidió.

La verdad era que se había hecho completamente de noche y el oficial Cal fue a buscar una linterna a su motocicleta. Luego él y los dos chicos tomaron el camino que Joey dijo haber seguido mientras corría a su casa. Joey les condujo por varios callejones laterales hasta una carretera, luego a otra…

—Ya veo que te interesaba que los Hollister te perdieran la pista —comentó el oficial, sin conseguir que Joey le contestase.

El haz de la linterna del policía iluminaba todos los rincones. Por fin, en un prado, descubrieron un papel.

—¡Allí hay algo! —exclamó Pete; y corrió a recoger un gran sobre.

Pero no era la carta perdida.

—¡Caramba! —murmuró Pete, con desencanto, tirando el sobre.

Después de haber recorrido hasta el último palmo de terreno por donde Joey aseguraba haber pasado, mientras huía de los Hollister, el oficial Cal dijo:

—Bueno. Es de suponer que alguien habrá recogido la carta.

—Y la habrá enviado por correo —añadió Joey, esperanzado.

—Tal vez —asintió el oficial—. Confío en que la persona que la haya encontrado se haga cargo del valor que tiene.

Pete no acababa de creerse la historia del camorrista, respecto a

la pérdida de la carta. Le parecía ridículo que Joey hubiera seguido un camino tan tortuoso para ir a su casa. ¿Y dónde había ganado el dólar que Cal encontró en su bolsillo?

«Joey sabe dónde está la carta», pensó Pete. «Pero no quiere decirlo. Seguro que sabe más de lo que dice».

Los tres volvieron a casa de Joey y el oficial dijo:

—Si te enteras de que alguien ha encontrado la carta, no dejes de decírmelo. Es un asunto de mucha importancia. —Se volvió luego a Pete para ofrecer—: Ven, que te acompañaré a casa.



Por el camino, el policía sugirió a Pete que telefonease a la oficina del alcalde al día siguiente. Si alguien había encontrado la carta y la echó en un buzón, ya habría llegado para entonces. El oficial se detuvo delante de la casa de los Hollister y dio las buenas noches al muchachito.

Pete atravesó lentamente el césped y subió los escalones del porche de su casa. Pam, que le estaba esperando, adivinó por su modo de andar lento y pesado, que Pete no había encontrado la carta, y en seguida intentó animarle. Su hermano acabó por decir:

—Todavía existe la posibilidad de que alguien la haya

encontrado y la haya echado al buzón.

—¡Dios quiera! ¡Pero hay que ver qué mala suerte, Pete! Cuando teníamos el secreto en nuestras manos, ha tenido que aparecer Joey para estropearlo todo… ¡Joey es el chico más malo que he conocido!

A la mañana siguiente, tanto Pete como Pam se levantaron antes de lo acostumbrado, y esperaron con impaciencia a que sonasen las nueve de la mañana. Entonces Pete preguntó a su hermana si quería telefonear a la oficina del alcalde, en el Ayuntamiento. Cuando contestó el secretario del alcalde, Pam dio su nombre y preguntó:

—¿Por casualidad ha llegado esta mañana una carta de Hiram Winthrop dirigida al Ayuntamiento?

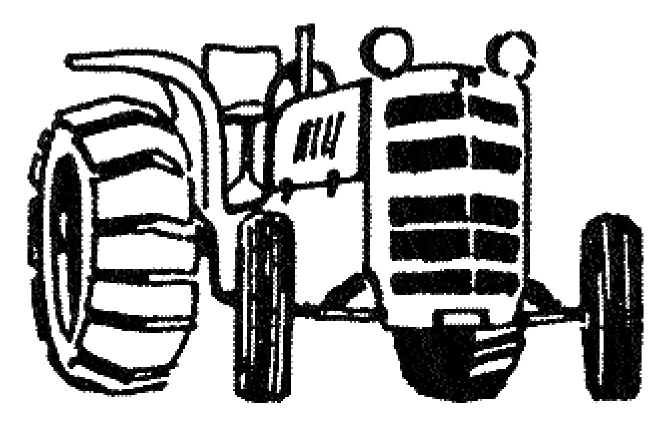
—No. Aquí no ha llegado nada de eso.

—Muchas gracias —dijo Pam, con tristeza, antes de colgar.

Luego se volvió hacia su hermano, con los ojos llenos de lágrimas, para murmurar:

—Creo que el secreto se ha perdido para siempre, Pete.

EL POTENTE REMOLCADOR



Todo el día siguiente Pete y Pam estuvieron hablando sobre su lamentable pérdida. Si la vieja carta había desaparecido para siempre, tendrían que encontrar otra manera de localizar el Fuerte Libertad. La señora Hollister intentó animar a sus hijos, diciendo que podía ocurrir que la carta tardase varios días en aparecer, si la persona que la hubiera encontrado olvidaba echarla al correo inmediatamente.

Pete no podía dejar de pensar en Joey.

—Mira que tendría gracia que Joey hubiera abierto la carta y sea él quien encuentre el fuerte… —comentó, preocupado.

A primera hora de la tarde llegó Ricky, corriendo, con un ejemplar de «El Águila de Shoreham».

—¡Mirad! ¡Aquí está nuestra fotografía! —notificó el pequeño.

En la primera página aparecía una fotografía de los hermanos Hollister con la vieja carta. Debajo había un artículo hablando de la tarea detectivesca que habían hecho los cinco hermanos y alabando sus esfuerzos por localizar el Fuerte Libertad.



—Y ahora lo hemos perdido todo —masculló Pete, enfurruñado, y fue a contestar al teléfono que acababa de empezar a sonar.

—Diga. ¡Ah! ¿Qué tal, Johnny «Cuestas»? —Pete escuchó con atención durante unos segundos—. Iremos en seguida —contestó antes de colgar.

—¿Qué pasa? —preguntó Ricky.

—Johnny «Cuestas» sólo me ha dicho que tenía una sorpresa para enseñarnos. Ha dicho que nos encontremos con él junto a la caseta del vigilante a las tres y media, que es la hora en que acaba su turno.

—Pues sólo falta una hora —calculó Ricky.

A las tres en punto, los cinco niños Hollister salieron de casa. Todos iban en bicicleta, menos Sue. La pequeñita se había instalado en una carretilla de Ricky, atada a la parte posterior de la bicicleta del pecoso.

A Sue le encantaba circular de un lado a otro por aquel medio y para Ricky era una gran diversión tirar de ella. Pronto llegaron a la Avenida Belleville por donde se entraba al nuevo bulevar. El camino era desnivelado y pedregoso, de modo que todos desmontaron y arrastraron las bicicletas hasta la caseta del vigilante. En seguida se encontraron con Johnny «Cuestas».

Los Hollister siguieron al hombre, pasando ante grandes montículos de escombros que la «bulldozer» había ido apilando. Pronto apareció ante sus ojos un gran vehículo amarillo.

—¿Qué os parece? —preguntó Johnny.

—Grandísimo —contestó Pete.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Qué es eso?

Johnny explicó que era una niveladora de terreno, llamada mototraílla.

—¡Zambomba! ¡Si sólo las ruedas son más altas que usted, Johnny! —calculó Pete.

Aquel nuevo vehículo era muy largo, enorme. El motor y el asiento del conductor iban delante. La parte posterior parecía la caja de un camión, con la diferencia de que sólo la separaban unos pocos centímetros del suelo. Y debajo había una gran pala de acero.

—Hace muy pocas semanas que conduzco este armatoste —dijo Johnny a los Hollister.

—¿Cómo funciona? —preguntó Pete.

Johnny contestó que cuando el vehículo avanzaba, la pala se hundía en el suelo, levantando la tierra y echándola en la parte posterior. Cuando esta parte se llenaba, los grandes neumáticos permitían trasladar la carga de un lado a otro, para descargar en el lugar oportuno.

—Este vehículo, de todos modos, no es bastante potente para levantar una carga sin ayuda. Necesita que se la empuje.

—¿Y quién la empuja? —preguntó Pete.

—Spud y su «gato embestidor» —sonrió Johnny—. Ahora os mostraré lo que quiero decir.

Johnny se metió dos dedos en la boca y silbó con fuerza. A lo lejos, una voz contestó:

—En seguida estoy contigo, Johnny.

A los pocos minutos llegaba Spud en un tractor.

—A esto llamamos un «gato embestidor» —explicó Johnny—. Ahora lo veréis funcionar todo.

El simpático «Cuestas» se subió a la excavadora y puso en marcha el motor. Rugiendo, la gigantesca maquinaria empezó a avanzar, hundiendo profundamente la pala de acero en la tierra, para luego levantarla hacia la caja. Sin embargo, no tardó en

detenerse.

—Necesito una embestida —dijo Johnny.

El vehículo de Spud se puso en funcionamiento. Y con furiosos chirridos empujó a la excavadora, hasta que se hubieron recogido varias toneladas de tierra. Entonces el «gato embestidor» retrocedió y Johnny movió los mandos que subían la pala de acero y ganó velocidad.

—¡Caramba! —exclamó Pete, atónito—. ¡Mirad cómo corre!

Johnny llevó la carga por una pendiente del camino. Cuando quiso descargar, hizo que se abriera el fondo de la excavadora y los escombros cayeron. Entonces, Johnny dio la vuelta y regresó junto a los niños. Mientras saltaba al suelo, preguntó:

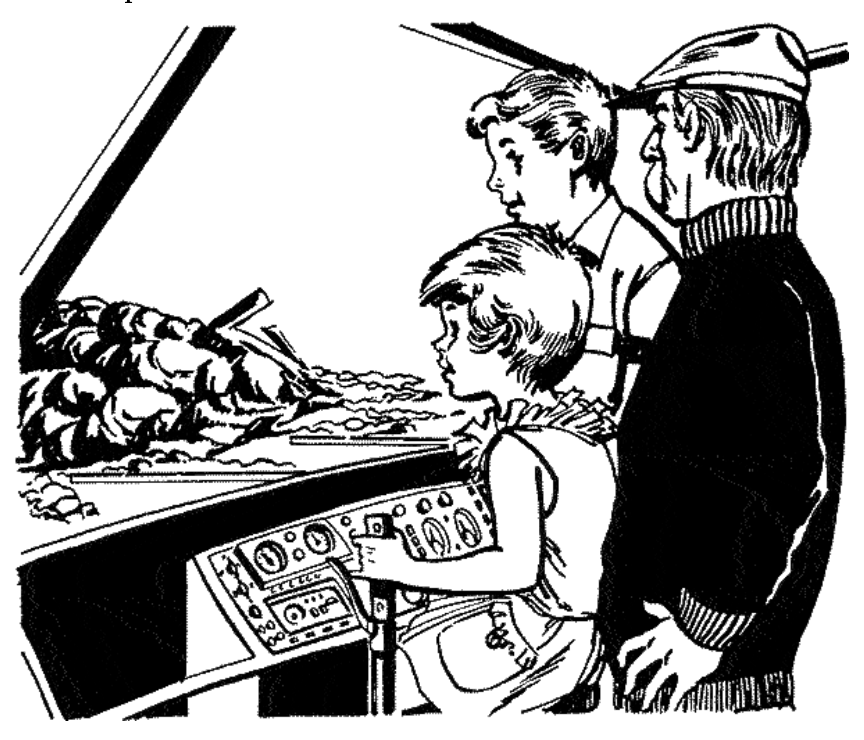
—¿Qué os ha parecido?

—¡Estupendo! —respondieron todos, a coro.

Y con la más dulce de las vocecitas, Sue confesó:

—¡Yo «quiría» dar un paseo, Johnny!

—Era de esperar —repuso Johnny, sonriendo—. Y creo que podré complacerte.



Johnny volvió a su asiento en el vehículo y pidió a Pete y Pam que levantasen a Sue en vilo para que él pudiera recogerla. Sentó a la pequeña en sus rodillas y, con un gran rugido, el artefacto se puso en movimiento. ¡Bam, patabam, bam, patabam! Al avanzar por el desigual terreno, el vehículo hizo saltar a Sue igual que si se tratase del muñeco de una caja de resorte. La chiquitina daba grititos de entusiasmo y se cogía fuertemente al volante. Cuando concluyó aquel paseo, Pete bajó a Sue al suelo.

—¿Podría conducir un rato, Johnny? —pidió Pete.

—Sube.

Pete ocupó el asiento y tomó el volante, mientras Johnny, de pie a su lado, dirigía las maniobras.

—Me gustaría ser un mecánico conductor como usted, Johnny —dijo Pete, cuando se detuvo el vehículo. Y al bajar exclamó—: ¡Mire! Mis hermanos están dando paseos en el «gato embestidor».

Los cuatro hermanos de Pete, por turnos, paseaban en el pequeño vehículo, sonriendo ampliamente, mientras la estrepitosa excavadora avanzaba. Spud daba dos vueltas con cada niño antes de hacerles bajar.

—¡Qué sorpresa tan maravillosa! —dijo Holly, echándose hacia atrás los cabellos.

Spud rió, contestando que a un favor hay que responder con otro favor.

—Si vosotros no nos hubierais indicado el camino hasta este lugar, puede que todavía no hubiéramos llegado.

Sue, que había estado mirando fijamente a Johnny «Cuestas», preguntó de pronto:

—¿Qué es lo que te cuelga del bolsillo?

—La leontina del reloj. ¿Os gustaría verlo?

Sin esperar contestación, Johnny sacó el reloj que estaba unido a una tira de cuero con una medalla en un extremo. Nunca hasta entonces habían visto los Hollister un reloj de bolsillo como aquél.

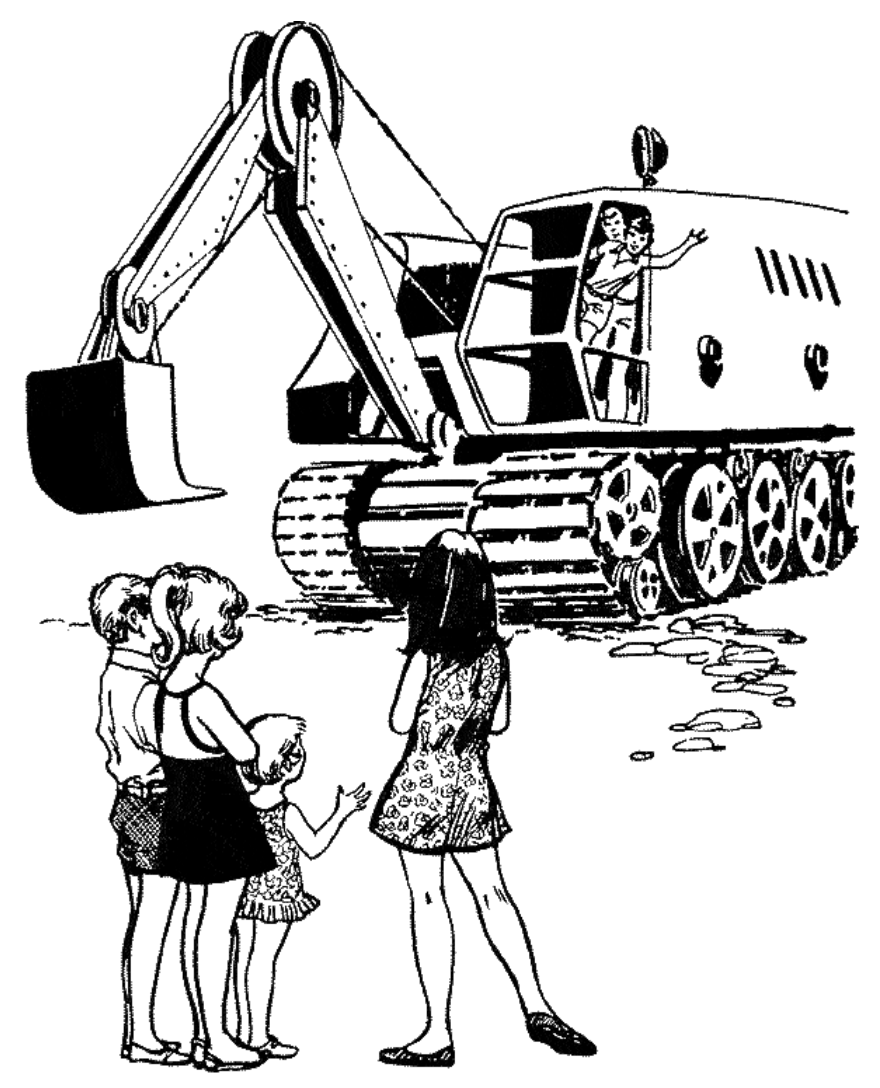
—Los relojes de bolsillo se han quedado anticuados —dijo Spud, con una sonrisa—. Pero los obreros como nosotros seguimos usándolos.

—Es un distintivo de nuestro oficio —añadió Johnny «Cuestas».

—¿Quiere usted decir que todos los mecánicos que conducen

estos vehículos usan relojes de bolsillo? —preguntó Pam.

Johnny «Cuestas» explicó que, haciendo aquel trabajo, no podían llevar relojes de pulsera porque se les romperían con frecuencia.



—Por eso llevamos reloj de bolsillo.

—¿Me dejas verlo? —preguntó Sue.

Johnny le entregó su reloj, mientras Spud volvía a su vehículo. Estaba Sue examinando con sumo interés el reloj, cuando se puso en marcha el motor del tractor. El ruido inesperado sobresaltó a Sue

que dio un respingo y dejó escapar el reloj de sus manos. ¡Cras! El reloj cayó sobre una piedra y el cristal se rompió.

—¡Pero, Sue! —exclamó Pam, apurada.

—No lo he hecho queriendo… —se defendió la pequeñita, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No llores —dijo Johnny, inclinándose a recoger su reloj roto —. Esto se repara fácilmente.

—Nosotros nos encargaremos del arreglo —se ofreció, en seguida, Pete.

—Sí, sí —concordó Pam—. Conocemos un buen relojero que está cerca de la tienda de papá.

—Bueno… —accedió Johnny—. Si os empeñáis… Muchas gracias.

—Se lo traeremos el lunes —dijo Pam, recogiendo el reloj.

—No dejéis de hacerlo —repuso Johnny con un guiño—. De lo contrario no sabré cuándo debo dejar el trabajo.

Ahora Spud había aparcado el tractor en el camino y se acercaba al grupo.

—¿Qué tendremos que hacer el lunes, Johnny? —preguntó.

—Creo que tendremos que preparar otro trecho de carretera —replicó Johnny, señalando una pequeña colina que se levantaba entre el lugar en que ellos estaban y el río, y en cuya cima había una vieja granja.

—¿También derribarán esa casa? —preguntó Pete.

—No habrá más remedio, de no ser que la trasladen a otra parte —dijo Johnny—. La carretera atravesará esa colina para unirse con el acceso al puente, en el otro lado. Empezaremos a excavar allí el lunes.

Mientras el hombre hablaba, dos niños se acercaron a mirar la nueva excavadora amarilla. El niño aparentaba unos siete años y la niña, diez. Al oír lo que se hablaba sobre la casa, la niña se echó a llorar.

—¿Por qué lloras? —se interesó la compasiva Pam, acercándose a la otra niña.

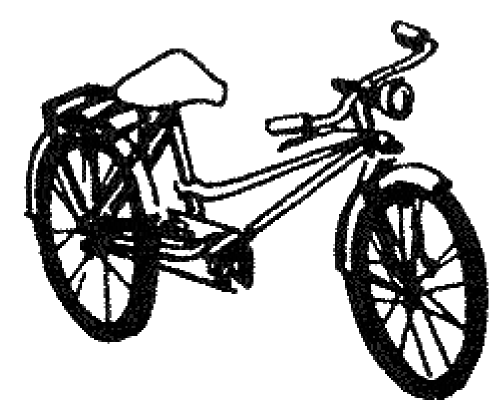
No fue la niña, sino el chiquillo quien contestó:

—Mi hermana Mary llora por nuestra casa —dijo.

—¿Por aquella granja?

—Sí —dijo Mary, entre hipidos—. Mamá está muy triste y nosotros también, porque van a derribar nuestra casa y no tenemos a dónde ir.

MISTERIOSAS FECHORÍAS



—¿Y no podéis trasladar vuestra casa a otra parte? —preguntó Pam a los niños, que ya habían dicho que su apellido era Hancock y que el niño se llamaba Ralph.

Mary replicó que sus padres habían buscado por todas partes un solar adecuado para trasladar su casa de madera, pero no quedaba ninguno en venta en Shoreham.

—Y no podemos pagar los gastos para llevarnos la casa fuera de la ciudad —explicó Ralph.

De repente Holly empezó a palmotear y a dar zapatetas.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —exclamó—. Podéis trasladar vuestra casa junto a la nuestra. Tenemos mucho terreno libre.

Johnny «Cuestas», que había estado escuchando la conversación de los niños, dijo que no creía que en la ciudad se permitiera situar dos casas tan cerca una de otra.

—¡Oooh! ¡Y yo que había pensado que podíamos ser vecinos!… —dijo Holly con tristeza—. Podríais haber ido a nuestra escuela.



—De todos modos, podemos ser buenos amigos —dijo Mary—. ¿No os parece?

—Claro que sí —contestó Holly—. Y nosotros procuraremos encontrar un solar para vosotros.

—¿Lo haréis? Si pudierais encontrarlo, mis padres estarían muy contentos.

Johnny «Cuestas» se despidió de los niños y condujo la excavadora a un lugar en donde se había dejado el resto del equipo de trabajo hasta el lunes. También los Hollister dijeron adiós a Ralph y a Mary y se marcharon a casa.

Mientras cenaban, los niños hablaron al señor y la señora Hollister de la lastimosa situación de los Hancock.

—¡Canastos! ¡Qué contento estoy de que no tengan que derribar nuestra casa! —dijo Ricky.

—¿No conoces algún solar que esté en venta, papaíto? —preguntó Holly.

Pero su padre movió negativamente la cabeza.

—Ricky y yo buscaremos uno el lunes —decidió Holly.

Al día siguiente, como era domingo, los Hollister fueron a la iglesia por la mañana. Luego la señora Hollister preparó una comida campestre y marcharon en la furgoneta al parque municipal, varias millas al norte de la población, para comer allí. Estuvieron hasta el anochecer jugando al escondite entre la arboleda del parque.

—Ricky —dijo Holly, mientras regresaban a casa—, a ver si

mañana nos levantamos temprano y empezamos a buscar un solar para la casa de Ralph y Mary.

—Muy bien. Podemos pasear en bicicleta por toda la ciudad. A lo mejor hay alguna parte en donde los Hancock no han buscado.

Cuando llegaron a casa, Holly dio cuerda al despertador y, por la mañana, se levantó antes que los demás. En seguida fue a llamar a Ricky y juntos bajaron de puntillas a la cocina. Tomaron leche, un plato de papilla de avena y tostadas y salieron de casa antes de que se despertase el resto de la familia. Montaron en sus bicicletas y pedalearon primero hacia el lugar en que se construía la nueva carretera. Eran las siete y media cuando llegaron. Los obreros se disponían a empezar el trabajo.

—¡Mira! —dijo Ricky—. Johnny «Cuestas» y Spud están trabajando en el motor de la excavadora.

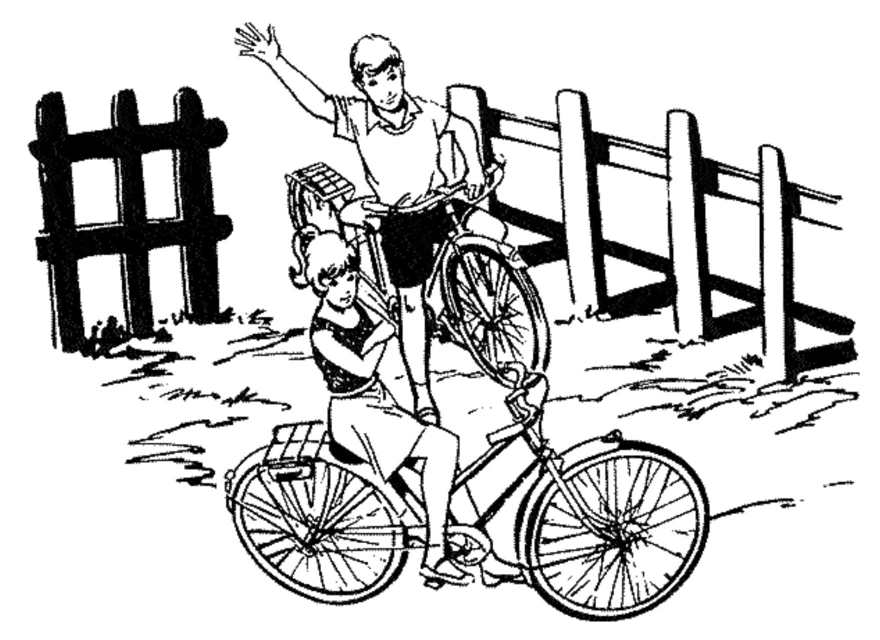
—¿Crees que se habrá roto?

—Vamos a verlo —propuso Ricky.

Los niños se acercaron a los mecánicos que estaban manipulando bajo el capó de la excavadora.

—¿Se ha estropeado algo? —preguntó Holly.

—Creo que sí —respondió Spud—. Durante el fin de semana deben de haber estado por aquí algunos chiquillos, tocándolo todo. El motor se recalienta.



De repente Johnny «Cuestas» exclamó:

—¡Ya sé de qué se trata! Alguien ha quitado el tapón del radiador y echado arena dentro.

Spud movió de un lado a otro la cabeza, mostrándose enfadado.

—El guarda de noche tuvo buen trabajo, teniendo que echar de aquí a los chicos.

Mientras estaban hablando, llegó Harry «Prisas» desde el otro lado de la apisonadora.

—¡Eh, Johnny! —llamó—. Alguien ha puesto sus iniciales en la excavadora.

Y señaló el otro lado del vehículo donde se había pintado, en rojo, una H y una P de gran tamaño. Al ver aquello, Johnny y Spud se miraron el uno al otro y luego miraron a Ricky.

—La hache es la inicial de vuestro apellido —insinuó Spud.

Ricky asintió con la cabeza.

—Sí, pero yo no lo he hecho. ¡Lo prometo!

—Es verdad —concordó Holly, saliendo en defensa de su hermano—. Anoche estuvo en casa. Ninguno de nosotros hemos venido por aquí, Johnny.

—¡Bien! Me alegro de saberlo —dijo el amable joven—. Me disgustaba pensar que pudo ser uno de los Hollister quien echó

arena en el radiador.

De pronto arqueó las cejas y miró a los niños de reojo.

—¿Se llamaba Ralph el chico que estuvo aquí el sábado?

—Sí.

—Y su apellido era Hancock, si no recuerdo mal —añadió Johnny—. También la H podría haberla puesto él. ¿Creéis que él habrá hecho esto?

—Él tenía motivos para desear que se interrumpiese nuestro trabajo —añadió Spud—. Aunque ni él ni su hermana parecían chicos mal intencionados.

—Yo creo que Ralph es un buen chico —afirmó Holly—. Estoy seguro de que él no lo ha hecho.

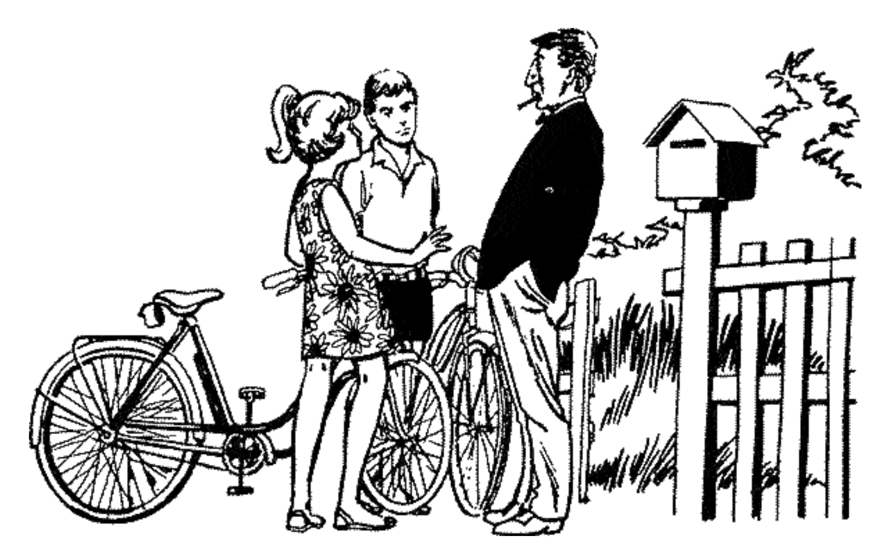
—Bueno… Quienquiera que haya sido nos está dando mucho trabajo —se lamentó Johnny, mientras se ocupaba de desmontar el radiador para limpiarlo de arena—. Pediremos al guarda que tenga doble cuidado esta noche.

Ricky y Holly dijeron que sentían mucho lo que había pasado, y se despidieron explicando que tenían un trabajo que hacer.

—Ya nos veremos más tarde —dijo Holly, saludando con la mano.

De nuevo montados en sus bicicletas, los dos niños recorrieron calle tras calle, subiendo por una, bajando por otra. Había casas, muchas casas, pero ningún solar vacío en venta. Llevaban buscando toda una hora, cuando descubrieron un gran prado y un jardín lleno de flores junto a una bonita casa.

—Si los dueños de la casa vendieran ese prado, sería un sitio estupendo para los Hancock —dijo Holly—. Vamos a preguntar.



Bajaron de sus bicicletas y se acercaron a la puerta de la fachada. El señor que les abrió contestó que sí, que la propiedad era suya, pero que no deseaba venderla.

Mientras se alejaban de allí, Holly suspiró, diciendo:

—Creo que no queda ningún terreno libre en Shoreham.

—Un momento, pequeña —dijo el señor al oírla—. Yo sé dónde hay uno.

—¿Dónde?

—En la calle Cedro.

—Gracias —dijo Ricky—. Iremos en seguida.

—La calle Cedro… Allí vive Indy Roades —recordó Holly, que ya montaba en su bicicleta.

Los niños habían conocido a Indy Roades, un verdadero indio, cuando encontraron al perro de Indy con un bote atado al rabo. Al devolverle a «Blackie», el perro, los Hollister se hicieron amigos de Indy, que poco después empezó a trabajar con el señor Hollister en el Centro Comercial.

—¡Vamos! ¡De prisa! —apremió Ricky a su hermana.

Holly prorrumpió en una risilla y dijo:

—No tengas miedo, que el solar no se escapará, bobo.

—Ya lo sé. Pero puede llegar alguien antes que nosotros y comprarlo —respondió Ricky, muy serio.

Ricky puso en marcha su bicicleta tan rápidamente que en un

momento se alejó de su hermana. Ella hacía todo lo posible por alcanzar al pelirrojo; y, como era tan arriesgada como un chiquillo, decidió que no sería él quien primero llegase. Pedaleando con toda la rapidez de sus piernas, ganó velocidad y a mitad de aquella misma manzana ya se había situado delante de Ricky.

—¿Acaso quieres hacer un concurso? —preguntó sin aliento.

—No. Será mejor no hacerlo —replicó el niño.

La calle Cedro estaba en el otro extremo de la ciudad. Ya con más lentitud, pedalearon por infinidad de calles. Cuando al fin llegaron a la calle Cedro, Holly, que iba algo adelantada, gritó:

—¡Mira, Ricky!

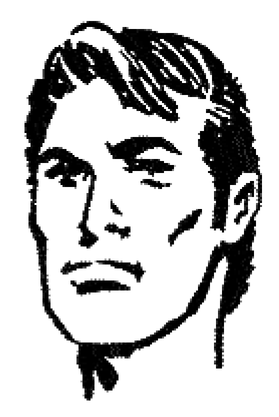
¡A poca distancia de ellos y en plena calzada había una casa!

Los dos niños frenaron sus bicicletas con tal prisa que las ruedas posteriores chirriaban de manera penetrante. Era seguro que aquella casa era transportada al solar que ellos buscaban.

—¡Carambola! Hemos debido de llegar demasiado tarde, Ricky —se lamentó Holly—. ¿Crees que llevan la casa al solar que nos ha indicado aquel señor?

Los dos hermanos aparcaron sus bicicletas junto al bordillo y corrieron a preguntárselo al hombre que trasladaba la casa.

EL INDIO BONDADOSO



—No. Esta casa no es para la calle Cedro. Va a la calle Cereza —dijo el hombre a Holly y Ricky.

—¡Qué bien! —murmuró Holly, tranquilizada.

Después de dar las gracias al hombre por su información, los dos niños siguieron su camino, pedaleando lentamente, calle abajo.

—¡Veo un terreno! —anunció al poco, Ricky.

—¡Pero si está en frente de la casa de Indy! —exclamó Holly.

En seguida se deslizó del sillín de la bicicleta y aparcó en el bordillo. Ricky hizo otro tanto.

—Es un terreno muy grande —dijo Ricky.

La parcela era algo más grande que las otras donde ya había casas. La hierba estaba bien recortada y grandes árboles se alineaban alrededor de la propiedad.

—Y casi parece un bosque —opinó Holly, contemplando la arboleda—. Me gustaría saber quién es el dueño.

—Preguntaré a la señora de la casa de al lado —decidió el niño, echando a correr hacia una señora que tendía ropa en el patio trasero de su casa.

Ella, que tenía una pinza en la boca, se la quitó para contestar a

Ricky.

—No. Nosotros no somos los propietarios de esa parcela. Pero sé que no está en venta.

Ricky quedó desencantado, pero de todos modos preguntó:

—¿Puede decirme quién es el dueño?

—El señor Roades, que vive allí en frente. Conserva muy bien su terreno, ¿verdad?

—Sí. Indy es amigo nuestro —dijo Ricky, muy nervioso.

—Sé que él ha rechazado muchas buenas ofertas de comprar su terreno —repuso la mujer.

Ricky le dio las gracias y fue a comunicar la noticia a Holly.

—¡Viva! —exclamó la niña—. ¿Verdad que eso es tener suerte?

Los niños llamaron al timbre de Indy, pero al ver que no respondía estuvieron seguros de que ya había salido para el Centro Comercial. Por lo tanto, pedalearon a toda prisa hacia el centro de la ciudad. Después de dejar las bicicletas en el patio trasero de la tienda de su padre, entraron en el establecimiento. Indy estaba pesando varios cientos de clavos de un barril de madera.

El simpático y joven indio tenía el cabello muy negro, los pómulos salientes y la piel rojiza. Llevaba sin abotonar el cuello de la camisa, dejando a la vista el colgante de turquesas que se ponía con frecuencia. Mientras los niños se aproximaban, Indy metió los clavos en unas bolsas de papel y se los entregó al cliente. Los dos pequeños Hollister aguardaron, prudentemente, a que Indy cobrase. Luego Holly, cogiendo cariñosamente la mano de su amigo, exclamó:

—¡Hola, Indy, qué contenta estoy de verte!

Indy sonrió a los niños y dijo:

—Hablas como si no nos viéramos más que una vez cada cien años. —Luego, viendo que Ricky y Holly sonreían de manera extraña, preguntó—: ¿Puede saberse qué travesura os traéis entre manos?

En ese momento el señor Hollister se acercó a sus hijos, diciendo:

—Tenéis el aspecto de un gato que acabara de engullirse un canario.

—Necesitamos que Indy nos haga un favor —explicó Holly.

—¿De qué se trata? —quiso saber el indio.

—De que nos vendas tu terreno de la calle Cedro.

Al oír aquello, Indy abrió inmensamente los ojos.

—¿Queréis comprar mi terreno? —preguntó. Y en seguida se echó a reír—. Si lo que queréis es construir una casita entre los árboles, podéis hacerlo. Ni siquiera os cobraré alquiler.

Ahora fueron los niños quienes rieron de buena gana.

—No queremos comprar el terreno para nosotros —explicó Ricky—. Es para unos amigos.

Esta vez fue el señor Hollister quien quedó atónito.

—De modo que habéis encontrado un terreno para los Hancock —exclamó—. Y es propiedad de Indy. ¡Bien!… ¡Bien!

—Pero yo no he dicho que desee vender mi terreno —dijo Indy.

—¡Vaya! —se lamentó Ricky, desilusionado.

A continuación explicó a Indy el apuro en que se encontraban los Hancock.

—¿Por qué no quieres vender tu terreno? —indagó Holly.



—Porque me gustan los espacios abiertos —repuso Indy—. Me recuerdan el Oeste, donde yo nací.

Al ver la desilusión que sus palabras producían en los dos niños, el indio añadió:

—De todos modos, hace tiempo que me intereso por una granja que hay en las afueras de la ciudad. Podría comprarla y vender mi casa y el terreno de la calle Cedro.

—¡Sí, sí! Hazlo, por favor —suplicó Holly—. Allí tendrás más espacios abiertos.

Los otros se echaron a reír y el bueno de Indy dijo:

—Está bien. Venderé el terreno. ¿Quiénes son esas personas?

—La familia Hancock —contestó Holly, mientras obligaba a Indy a bajar la cabeza, para darle un beso—. ¡Qué felices van a ser ahora!

—Me pondré en contacto con ellos esta noche y cerraremos el trato —prometió Indy.

El señor Hollister se alegró mucho de que sus hijos hubieran encontrado un lugar a donde los Hancock pudieran trasladarse.

—Sería oportuno que fueseis esta tarde a darles la buena noticia —sugirió.

Los dos niños se despidieron de su padre con un beso y salieron a buscar sus bicicletas. Apenas habían llegado a la esquina de la manzana cuando vieron a Pete y Pam que se acercaban hacia ellos.

—¡Qué! ¿Habéis tenido suerte? —preguntó Pete.

—¡Claro que sí! —replicó Ricky.

Cuando entre él y Holly contaron cuál había sido el resultado de la búsqueda de terreno, los hermanos mayores también se alegraron mucho.

—¡Un aplauso para los dos! —dijeron, sonrientes.

—Y vosotros ¿qué hacéis por esta parte de la ciudad? —preguntó Ricky.

Pam repuso que acababan de salir del relojero que había reparado el reloj de Johnny «Cuestas». Y señaló un pequeño estuche blanco que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Iré a llevárselo a Johnny después de comer —dijo la hermana mayor.

Al llegar a casa ya encontraron a punto, los cuatro hambrientos hermanos, sopa caliente y bocadillos. Entre bocado, uno tras otro fueron contando a la señora Hollister cómo habían localizado el

terreno que resultó ser de Indy, y tan pronto como acabaron la comida montaron en sus bicicletas y los cuatro se dirigieron a la granja de los Hancock.

Por el camino se encontraron con Dave Meade, que también iba en su bicicleta y los Hollister le pidieron que les acompañase. Los cinco pedalearon por la Avenida Belleville y luego colina arriba, hasta la casa de los Hancok. Ralph y Mary estaban en el prado, jugando con una pelota. Pete presentó a Dave a los niños Hancock y en seguida Mary preguntó:

—¿Habéis encontrado sitio para trasladar nuestra casa?

—¡Sí, sí! —contestó Holly, dando alegres brincos—. Lo hemos encontrado.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaron, a un tiempo, Mary y Ralph.

El niño se puso tan contento que lanzó por el aire la pelota. Ésta rebotó en el tejado de la casa, saltó varias veces por el suelo y acabó yendo a parar a la tapa de madera que cubría un viejo pozo. Ralph corrió a buscar su pelota y luego los siete niños fueron a ver a la señora Hancock.

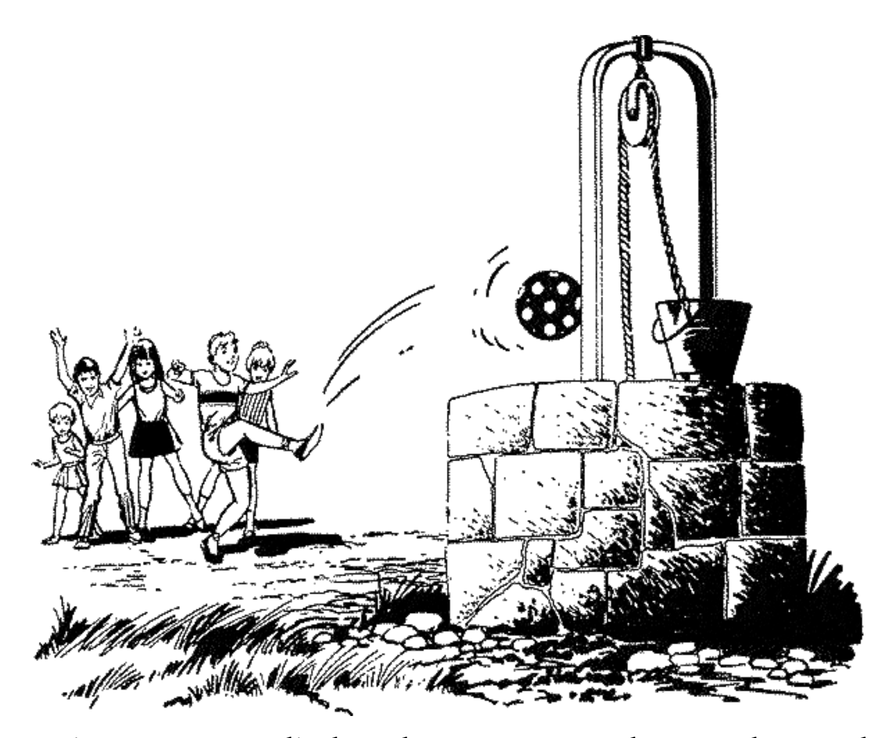
—¡Mamá, mamá! ¡Ya tenemos terreno! —gritó Mary—. Los Hollister nos lo han encontrado. Ahora esos hombres de la carretera no tendrán que derribar la casa. ¡Podremos trasladarla!

La señora Hancock, de más edad que la señora Hollister y con vetas plateadas en su cabello, apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero ¿vosotros…? ¿Vosotros sois quienes habéis encontrado un terreno para nuestra casa?

—Sí. En la calle Cedro —contestó Holly—. Tiene árboles y hierbas… Todo.

—¡Qué gran abrazo os merecéis! —dijo, llena de felicidad, la señora Hancock—. Cuando mi marido se entere no va a saber cómo agradecéroslo.



Mientras Pam explicaba a la señora Hancock que Indy pensaba ponerse en contacto con ellos aquella noche, Dave se acercó a la ventana de la salita, que daba al nuevo paseo.

—Pero ¿qué están haciendo esos hombres en el patio? —exclamó.

Todos los demás se acercaron a mirar.

—Son agrimensores, Dave —dijo Pete.

—¡Caramba! Tengo que ir a ver qué quieren —dijo la señora Hancock, mostrándose preocupada.

Cuando ella salió al patio, los niños la siguieron hasta donde un hombre estaba colocando un alto poste. Otro estaba mirando a través de un instrumento que tenía colocado sobre un trípode.

—¿Por qué están ustedes trabajando aquí? —preguntó la señora Hancock al hombre del poste.

El agrimensor se quitó el sombrero y repuso:

—Estamos verificando el trecho por donde tiene que pasar la nueva carretera, señora. Dentro de pocos días estará todo preparado para derribar esta casa.

—Ya no tendrán que hacer eso —contestó la señora Hancock—,

porque vamos a trasladarla a otro lugar.

—Pues conviene que lo hagan pronto —aconsejó el agrimensor —. Según tengo entendido, la excavadora debe empezar mañana a trabajar en este patio.

—¡Pero tienen que darnos tiempo! —protestó la señora—. Acabamos de encontrar un terreno. No hemos tenido tiempo de buscar un transportista.

El agrimensor se encogió de hombros, diciendo que no tenía autoridad para cambiar los planes. La señora Hancock se había puesto muy pálida y los demás pensaron que iba a echarse a llorar. También Ralph y Mary se pusieron muy tristes.

—No se preocupen —dijo Pam, intentando tranquilizar a los desgraciados Hancock—. Estoy segura de que los obreros de la carretera les darán a ustedes tiempo para trasladar su casa.

—Eso espero —contestó la señora, mientras ella y los niños entraban en la casa—. Habéis sido tan amables y serviciales… ¿Queréis tomar unos pastelitos? Los he hecho esta mañana.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Tengo más hambre que un oso!

—¡Ricky! —reprendió Holly a su hermano—. Si has comido hace un momento. No puedes tener hambre.

—Sí, puedo. He estado pedaleando sin parar desde entonces —se defendió el pequeño, siguiendo de cerca a la señora Hancock.

—Los chiquillos están siempre hambrientos. Y las niñas también, desde luego —opinó la señora Hancock, amablemente, buscando el tarro de las pastas que tenía en un estante de la despensa.

Fue pasando el tarro a cada uno de los niños, quienes cogieron un espléndido y dorado pastelillo de melaza. ¡Qué rico estaba y qué bien olía!

—Gracias, señora Hancock —dijeron los Hollister, saliendo al patio.

Mientras Ralph mordía su pastel, Holly se fijó en que el niño tenía la mano derecha manchada de rojo.

—Ralph, ¿estuviste anoche en la nueva carretera, jugando cerca de la excavadora? —preguntó la niña.

—¿Yo? No —repuso Ralph, entre bocado y bocado—. Estuve en casa, pintando mi bicicleta. ¡No sabes lo bonita que ha quedado!

—¿Entonces fue cuando te manchaste de rojo la mano?

—Oye, ¿por qué quieres saberlo? —preguntó el niño.

—Por nada. Sólo pensaba… —fue la contestación de Holly.

Repentinamente Pam se acordó de que debía devolver el reloj a Johnny «Cuestas» antes de la hora de dejar el trabajo, de modo que los Hollister y Dave Meade se despidieron de sus nuevos amigos. Montados en sus bicicletas, rodaban entre trechos polvorientos y, de vez en cuando, sufrían una sacudida, en aquel terreno desigual.

Encontraron a Johnny «Cuestas» junto a la excavadora grande. Se estaba secando el sudor y hablaba gravemente con el capataz. Sólo dedicó a los niños una semisonrisa, cuando les vio aproximarse.

—Aquí tiene su reloj, Johnny —dijo Pam—. Ya está arreglado.

—Muchas gracias —contestó él.

Pam notó que la voz del hombre no sonaba tan alegre como siempre.

—¿Qué pasa, Johnny? —preguntó preocupada—. ¿Pasa algo malo?

El joven se inclinó primero hacia un costado, luego hacia el otro, como si se sintiera demasiado apurado para poder hablar. Por fin, explicó:

—Un chico ha explicado a nuestro capataz que vosotros estuvisteis haciendo travesuras en esta excavadora nueva anoche. ¿Es verdad?

—¡No! ¡Nosotros no estuvimos! —casi gritó Pete.

—Pues la descripción que me hizo era sin ninguna duda de vosotros, los Hollister —afirmó el capataz.

—Pe… pero… —tartamudeó Holly, con la barbilla temblorosa.

—Son demasiadas las cosas extrañas que están sucediendo aquí —continuó diciendo el capataz—. En adelante tendremos que prohibir que se acerquen niños por aquí. Voy a dar órdenes para que se haga efectiva en seguida esa prohibición.

—¿Quiere usted decir que ya no podremos volver por aquí a ver cómo van los trabajos? —preguntó Pam. notando un extraño nudo en la garganta.

—Sí —respondió el capataz, mientras Johnny «Cuestas» permanecía con la vista fija en el suelo—. En adelante no se

permitirá la entrada de ningún niño en estas zonas de trabajo. ¡En eso quedáis incluidos vosotros! ¡Ahora, largo de aquí!

UNA EXTRAÑA DESAPARICIÓN



Después de acusar a los Hollister de haber estado jugando con la maquinaria y de prohibir a todos los niños que volvieran por allí, el indignado capataz dio media vuelta y se alejó. Johnny «Cuestas» quedó tan triste como sus pequeños amigos.

Holly le tomó una mano y preguntó:

—Usted sí cree que nosotros no hemos tocado nada, ¿verdad, Johnny?

El joven mecánico movió la cabeza, asintiendo, pero dijo:

—De todos modos os suplico que no volváis por aquí hasta que yo convenza al capataz de que no habéis sido vosotros los culpables.

Pete, Pam, Ricky y Holly prometieron no volver, pero regresaron a casa, acompañados de Dave, con el corazón oprimido. Había sido muy entretenido ver cómo funcionaba la maquinaria.

—Lo que más me molesta es que hayan pintado esas iniciales en la excavadora y que encima le hayan dicho al capataz que nosotros hemos estado haciendo diabluras —dijo Pete—. Me gustaría saber quién ha sido.

—Y a mí también —dijo Ricky—. Le iba a… ¡Le daría un puñetazo…!

Cuando se acercaron a la casa de los Meade, Dave se despidió, pidiendo a los Hollister que le avisasen en cuanto tuvieran alguna pista que pudiera permitirles localizar el Fuerte Libertad. Pete prometió avisarle y los cuatro Hollister siguieron su camino hacia casa.

Durante la cena se volvió a hablar de la carretera en construcción. Los padres quedaron asombrados al enterarse de lo que había sucedido.

—Lamento mucho que se haya producido ese mal entendido —dijo la señora Hollister—. Pero no debéis preocuparos. Ya encontrarán a los verdaderos culpables.

—¿Y qué pasará con la casa de los Hancock? —preguntó Pam a su padre—. ¿Crees que el alcalde querría retrasar un poco las obras de la carretera, cerca de la casa?

—Creo que sí —respondió el señor Hollister—. En cuanto acabemos el postre, telefonearé primero a los Hancock, para saber si realmente compran el terreno de Indy. Luego, si ellos quieren, llamaré al alcalde. Por cierto, ¿qué hay hoy de postre?

—Pastel de limón y merengue —anunció la señora Hollister.

Entre el pastel y el pensamiento de ayudar a los Hancock, los niños se alegraron mucho. En cuanto concluyeron la cena, el señor Hollister telefoneó al señor Hancock y se enteró de que Indy y él habían llegado a un acuerdo con respecto al terreno. Luego el señor Hollister habló de la posibilidad de pedirle al alcalde que retrasasen los trabajos de demolición cerca de la casa.



—Si usted le conoce, le agradeceré mucho que le hable de eso. Yo no he tenido ocasión de conocer al alcalde.

—Le hablaré con mucho gusto —prometió el señor Hollister, que unos minutos después estaba comunicando con el alcalde.

Le explicó el problema que tenían los Hancock y la idea que se les había ocurrido a sus hijos. Después de estar hablando durante varios minutos, el señor Hollister colgó, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué ha dicho, papá? —preguntó en seguida Ricky.

—El alcalde interrumpirá la construcción de la carretera hasta que la casa de los Hancock haya sido trasladada.

Los niños prorrumpieron en exclamaciones de alegría que podían oírse a más de una manzana de distancia. Cuando todos se calmaron, Pete llamó a los Hancock para darles la buena noticia.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Ralph y Mary Hancock, montados en bicicleta, llegaron a casa de los Hollister. Desmontaron junto a un arce y corrieron al porche.

—¡Pete! ¡Pam! —llamó Mary—. ¡Venid! ¡Por favor, ayudadnos a impedirlo!

Al oír los gritos, los Hollister salieron al encuentro de sus nuevos amigos.

—¿Qué hay que impedir? —preguntó Pete.

—La excavadora que está destrozando nuestro patio —dijo Ralph, con expresión de angustia.

—Y la compañía telefónica ha derribado nuestros postes telefónicos —añadió Mary—. Nosotros creímos que ibais a decir al alcalde que esperasen. Pero no lo han hecho.

—Ayudadnos, por favor —pidió Ralph, con los ojos llenos de lágrimas.

Pete repitió lo que el alcalde había dicho la noche antes.

—Puede ser que las órdenes que dio no hayan llegado todavía a los obreros. Procuraré averiguarlo —dijo el mayor de los Hollister.

En seguida fue al teléfono y llamó a la oficina del alcalde. Después de presentarse como el hijo de John Hollister, explicó lo que sucedía.

—Yo di las órdenes oportunas —contestó el alcalde—, pero averiguaré en seguida lo que ha sucedido.

Después de darle las gracias, Pete fue a contar a los demás niños la conversación que acababa de sostener.

—Vámonos todos a casa de los Hancock, a ver lo que sucede —propuso.

Dejando a Sue con su madre, los demás hermanos montaron en sus bicicletas y se encaminaron a la casa de los Hancock, acompañados de Ralph y Mary. Holly se había estado fijando en la bicicleta de Ralph, recién pintada de rojo. Ahora estaba segura de que el chiquillo nada tenía que ver con las dos letras rojas, pintadas en la excavadora.

Al detenerse junto a la casa de los Hancock, los Hollister vieron que, efectivamente, la pala de la excavadora extraía grandes pilones de tierra del patio trasero. ¡Con cada nueva carga recogida, la excavadora se aproximaba más y más a la casa! El capataz estaba

cerca, vigilando.

Saltando a toda prisa de la bicicleta, Pete corrió hacia la excavadora. Era Spud quien la conducía. Al ver al muchachito, levantó la mano, saludándole.

—¡Deténgase! ¡Deténgase, haga el favor! —gritó Pete.

El ruidoso motor «diesel» quedó silencioso por unos momentos y su conductor preguntó:

—¿Qué quieres, Pete?

Apresuradamente, Pete le puso al corriente de la decisión del alcalde.

—Nosotros no tenemos ni idea de tal cosa —dijo Spud.

Pero apenas acababa de decir aquello cuando llegó un coche que se detuvo allí cerca y de él salió un hombre. Éste corrió junto al capataz de las obras y le entregó un sobre. Después de leer la nota que iba dentro, el capataz se acercó a Spud.

—Cesamos de trabajar aquí, por unos días —dijo—. Son órdenes del alcalde.

—Veo que teníais razón, amiguitos —dijo Spud, sonriendo a los niños—. Me voy a trabajar más abajo.

Con un sonoro traqueteo y chirridos hizo que la gran excavadora diera la vuelta y la gran pala fuese a trabajar a otro lugar.

—¿Verdad que los Hollister son maravillosos? —dijo Mary.

—¡Ya lo creo! —afirmó su hermano.

La señora Hancock, que entraba en ese momento, también estuvo de acuerdo con sus hijos. Cuando aquellos hombres llegaron a trabajar junto a su casa ella se sintió desesperada y no supo qué hacer. No pudiendo comunicar con su marido, por estar el teléfono desconectado, sólo se le ocurrió enviar a Ralph y a Mary en busca de los Hollister.

—Quisiera hacer algo para compensaros —dijo la señora.

—Puede usted hacerlo —contestó el traviesillo Ricky—. A nosotros nos gustan mucho los pastelitos.

Ella se echó a reír y dijo que el pequeño le había dado una idea.

—El tarro que uso para los dulces es un recuerdo de familia, antiguo y bastante bonito. ¿Os gustaría que os lo regalase… lleno de dulces?

—Será la mejor recompensa —declaró Ricky, riendo.

Todos los Hollister dieron las gracias a la señora Hancock que prometió enviarles el tarro a su casa, muy pronto. De momento dio a cada uno un pastelillo. Luego, cuando los Hollister se disponían a montar otra vez en sus bicicletas, el capataz, que había estado escuchando desde el principio, se acercó a decirles:

—Lamento haberos hablado como lo hice ayer. Estoy convencido de que no sois vosotros los chicos entrometidos que estuvieron tocando nuestra maquinaria. Además, Johnny «Cuestas» salió en defensa vuestra. Venid a vernos trabajar siempre que lo deseéis. Y podéis ayudarnos desde ahora, si queréis.

Cuando Pete preguntó en qué podrían ayudar, el capataz repuso:

—Algunos chicos estuvieron poniendo en marcha la excavadora de Johnny, anoche.

—¿Esa maquinota grande? —preguntó Ricky, atónito—. ¿Cómo pudieron?

El capataz explicó que la excavadora se ponía en funcionamiento igual que un automóvil. Desgraciadamente, la llave de contacto había quedado puesta.

—Aunque parezca mentira, no encontramos la excavadora. Johnny «Cuestas» está ahora buscándola. ¿Queréis ayudarle?

—¡Claro que sí! —contestó Pete—. Nos dividiremos en dos grupos.

Mary y Ralph condujeron sus bicicletas en dirección sur, mientras los Hollister se alejaban hacia el norte.

—¿Dónde pueden haber escondido esa máquina? —dijo Holly, mientras pedaleaba.

—Puede que en los bosques —opinó Pete.

—Por aquí no hay bosques hasta llegar a las afueras de la ciudad —dijo Pam.

—Pues vamos a mirar allí —propuso Ricky, acelerando la marcha.

Por el camino pasaron junto a Johnny «Cuestas» y le saludaron con la mano. Pronto estuvieron junto a los bosques.

—¡Mirad! Ahí veo huellas de neumáticos —gritó Ricky.



Junto a la carretera se veían las huellas inconfundibles de los grandes neumáticos de la excavadora. El detalle de que aquellas huellas apareciesen de un modo tan inesperado hizo decir a Pam:

—El que se llevó la excavadora debió de borrar las huellas hasta llegar aquí.

—¡Esas huellas se meten entre el arbolado! —observó Pete, siguiendo aquella dirección.

Gran cantidad de hojas machacadas indicaban que por allí había pasado la pesada máquina. Los niños desmontaron de las bicicletas y siguieron a pie.

—¡Veo una cosa amarilla! —exclamó Holly y, seguida de sus hermanos, echó a correr hacia un grupo de árboles—. ¡Allí está! ¡Lo hemos encontrado!

Oculta por una especie de cortina de ramaje estaba la excavadora.

—Hay que avisar a Johnny «Cuestas» —dijo Pam. yendo en busca de su bicicleta.

Holly siguió a su hermana, pero los muchachos decidieron quedarse a vigilar la máquina. Unos minutos después regresaban las niñas con el mecánico a quien habían encontrado en la carretera.

—Debo decir que sois magníficos, niños —dijo Johnny—. ¡Mil gracias! Yo no esperaba encontrar mi máquina tan lejos de la zona de trabajo.

Estaba Johnny sentándose ante el volante y poniendo en marcha el motor, cuando apareció Joey Brill.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Ricky.

Sin contestar a la pregunta, el camorrista preguntó a su vez:

—¿Quién ha encontrado la excavadora?

—Nosotros —repuso Ricky, rebosando orgullo.

Una expresión burlona se dibujó en el rostro de Joey.

—¿Cómo pudisteis saber dónde estaba, de no haber sido vosotros mismos quienes la robasteis?

—Y tú ¿cómo sabías que había desaparecido? —replicó Pete.

Joey, dándose cuenta de que Johnny «Cuestas» le miraba, muy serio, dio media vuelta y desapareció en el bosque.

Johnny condujo la excavadora hacia la carretera y los Hollister le siguieron en sus bicicletas.

Llevaban un rato contemplando cómo trabajaba la máquina, cuando vieron regresar a Ralph y Mary. Durante una hora todos los niños siguieron atentamente el trabajo de Johnny. Los Hollister tenían la secreta esperanza de que en cualquier momento el mecánico descubriese bajo los cascotes el viejo fuerte. Pero la realidad fue que no se vio el menor indicio de la desaparecida construcción. Por fin todos empezaron a notar apetito y, comprendiendo que era hora de comer, volvieron a casa.

—¿Por qué esta tarde no buscamos en alguna parte, cerca de la carretera nueva? —propuso Pam, mientras comían.

—¿Qué sitio os parece bueno para buscar? —preguntó Pete.

Y la señora Hollister informó:

—Los viejos fuertes frecuentemente estaban construidos a orillas de algún río. ¿Por qué no seguís la orilla del Muskong por si encontráis alguna pista?

—Es una estupenda idea, mamá. Lo haremos. Empezaremos junto a la casa de los Hancock —decidió Pete—. Telefonearé a Dave, por si quiere acompañarnos.

Provisto de palas que colocaron en los manillares de sus bicicletas, los cuatro Hollister y Dave Meade salieron, hacia las dos de la tarde, en dirección al río. Cuando pasaron ante la casa de los Hancock, Mary y Ralph salieron a su encuentro. Al decir los ciclistas que iban a buscar por la orilla del río, los hermanos Hancock fueron a buscar unas palas y se unieron al grupo.

Al poco rato, los siete niños se encontraban cavando en la arcillosa orilla del río. De vez en cuando, alguno de ellos tropezaba con un gran pedrusco. Entonces los chicos se aunaban y con grandes esfuerzos y soplidos lograban sacarlo. Pero nadie encontró una pista bajo aquellas gigantescas piedras.

Cuando se sintió cansado, Ricky se irguió y se apoyó con ambas manos en la pala, mientras observaba a su alrededor.

—¡Qué gracia! —dijo al poco rato—. Esta orilla del río parece un queso de Gruyère. Está lleno de agujeros.

Los otros suspendieron un momento el trabajo, riendo alegremente con la ocurrencia del pelirrojo. ¡Pero era cierto! Había agujeros grandes, pequeños y medianos por toda la orilla.

Habían empezado a cavar de nuevo, cuando Holly exclamó:

—¡Huy! ¡Mirad qué piedra tan redondita he encontrado!

Los demás se acercaron a mirar.

—Es una gran bala de cañón —dijo Pete—. ¡Debemos estar cerca del fuerte!

El mayor de los chicos se inclinó a coger la bola y entonces se dio cuenta de que pesaba muy poco.

—¡Zambomba! Seguramente pertenecía a la brigada ligera —bromeó—. No pesa mucho.

—Creo que sé lo que es eso —dijo Dave—. Una pelota de madera para jugar a los bolos.

—Sigamos cavando a ver si encontramos más cosas —dijo Ricky, con renovado interés.

Todos continuaron el trabajo y al poco fue Ralph quien anunció:

—¡Yo también he encontrado algo!



Y levantó la mano, mostrando una herrumbrosa hoja metálica.

—Es una bayoneta —afirmó Pete, examinándola.

—Entonces, estamos sobre la pista —exclamó Pam, contentísima —. ¡El viejo fuerte debe de estar cerca de aquí!

UNA PISTA FOTOGRÁFICA



Después de que todos los niños hubieron examinado la vieja bayoneta y se convencieron de que el fuerte estaba enterrado en aquellas proximidades, Ralph dejó el arma en el suelo, junto a la pelota de madera. En seguida volvieron todos a excavar con ahínco.

—¡Zambomba, qué sed tengo! —dijo Pete, al cabo de un rato.

—Iré a casa a buscar agua —se ofreció Ralph, y Dave dijo que le acompañaba.

Volvieron en seguida, con una botella de leche fresca y varios vasos de papel. Estaba Ralph sirviendo primero a las niñas, cuando Dave anunció:

—Veo a Joey Brill que está excavando allí abajo, junto al río.

—¡Canastos! A ver si ha encontrado también alguna pista —dijo Ricky.

Pam empezó a preguntarse si sería que Joey había abierto la carta y se enteró de dónde estaba situado el fuerte. No perderían nada con ir a ver qué estaba haciendo Joey, se dijo Pam.

—Vayamos allí, para hablar con él —dijo.

Todos dejaron sus palas y echaron a andar en la dirección que indicaba Dave. Tras una elevación del terreno, Joey estaba cavando

furiosamente en el terreno arenisco.

—¡Hola, Joey! —saludó Pete—. ¿Buscas el oro enterrado en el Fuerte Libertad?

Joey levantó la cabeza y contestó con malos modos:

—No me hagáis preguntas y no tendré que contestaros mentiras.

—¿Para qué estás excavando ahí? —preguntó Holly.

El chicazo frunció el ceño y masculló:

—Marchaos de aquí. Este trecho me corresponde porque he venido antes. Volved a donde estabais.

—Nosotros hemos encontrado algunas pistas —dijo Holly—. ¿Tú también?

Esta vez el camorrista no dio contestación alguna, sino que volvió a su trabajo.

—Vámonos. Más vale que le dejemos sólo —dijo Dave—. Nosotros tenemos trabajo.

Mientras se alejaban del chico, Pam habló con Pete y Dave de una nueva sospecha.

—Apostaría algo a que Joey leyó la carta del señor Winthrop antes de perderla, y ahora se esfuerza por recordar dónde indicaba el mapa que estaba situado el Fuerte Libertad.

Dave y Pete opinaron que era muy posible que ésa fuese la realidad.

Ricky, que había estado silbando cerca de los otros, con la cabeza baja, mientras meditaba profundamente, de pronto prorrumpió en un penetrante grito de guerra.

—Tengo una idea —anunció.

Y explicó a los demás que, el día que encontraron la carta en la vieja estación, había visto a un hombre que se comportaba de un modo extraño, ocultándose detrás de un árbol.

—¿Tenía la nariz muy larga? —preguntó Pam, recordando al desconocido del museo.

—¡Sí! ¡Muy larga!

—Puede que sea el mismo que estuvo mirando la revista por encima de nuestro hombro el día que nos enteramos en el museo de que Hiram Winthrop había escrito una carta —dijo Holly.

Haciendo chasquear los dedos, con gran nerviosismo, Pete preguntó:

—¿Tú crees que puede ser el mismo hombre, Pam? —Y sin esperar respuesta, añadió—. Ahora me acuerdo… El fotógrafo hizo varias fotos aquella noche en la estación, y no todas se publicaron en el periódico. Es posible que ese hombre que decís saliera en alguna.

—¿Cómo podemos averiguarlo? —preguntó Ricky.

—Podemos ir a la oficina del periódico y hablar con el señor Kent.

Pete se refería al director de la sección «Vida Animal» que les había ayudado a resolver otro misterio. Los Hollister dejaron a Mary y Ralph todavía cavando y se dirigieron a «El Águila de Shoreham». Después de aparcar sus bicicletas junto a la fachada del edificio, se encaminaron directamente al despacho del señor Kent.

—¡Hola, niños! —dijo el señor Kent, levantándose para estrechar la mano a cada uno de los visitantes—. Ya he visto que habéis vuelto a salir en el periódico con motivo de haber encontrado esa carta. Pero por lo visto ha vuelto a perderse.

—Sí, pero quizá usted pueda ayudarnos a encontrarla, señor Kent —dijo Pete.

Y a continuación habló del fotógrafo y de las fotos que había tomado en la vieja estación ferroviaria.

—¿Podríamos verlas? —preguntó Pam.

—Sí. Supongo que sí —contestó el señor Kent—. Esperad que voy a ver si encuentro las copias.



El señor Kent volvió al poco rato con tres fotografías.

—Creo que son éstas las que habéis querido indicarme —dijo, extendiéndolas sobre la mesa, bajo los ojos ávidos de los Hollister —. Miradlas.

—¡Ésta! ¡Ésta! —exclamó Ricky—. Éste es el hombre que vi.

El pequeño señalaba medio rostro que asomaba en el fondo de una de las fotografías. Era un hombre atisbando desde detrás de un árbol.

—¿Es el mismo que visteis en el museo? —preguntó Pete a Pam.

—No puedo estar segura. Aquí se ve tan pequeño…

—Creo que ese detalle puedo solucionarlo —ofreció el señor Kent—. Lo ampliaremos.

Salió de nuevo para volver a los pocos minutos. Esta vez la foto que traía era tan sólo del hombre que atisbaba tras el árbol. Ahora el rostro se veía con claridad.

—¿Era este hombre?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Holly—. ¿Verdad que sí, Pam?

La hermana mayor contestó que sí y Pete dijo:

—Entonces ese hombre vio cómo encontrábamos la carta.

—¿Podríamos quedarnos con la fotografía? —preguntó Pam.

—Claro que sí —repuso el señor Kent.

—Me gustaría saber quién es este hombre —murmuró Pete—. ¿Le reconoce usted, señor Kent?

El director de «Vida Animal» repuso negativamente, pero añadió:

—Tal vez haya alguien en la oficina que le reconozca. Venid conmigo.

Los niños siguieron al señor Kent a la sección de noticias de la ciudad, donde les presentaron al director.

—Al, ¿conoces por casualidad al hombre de esta fotografía? —preguntó el señor Kent.

El llamado Al contempló atentamente la foto y acabó diciendo:

—Nunca he visto a esta persona. Pero quizá alguno de nuestros compañeros sepa algo.

El señor Kent mostró la foto a cada uno de los periodistas de «El Águila de Shoreham», pero ninguno reconoció al hombre de la nariz larga.

—Lamento no poder ayudaros —dijo el señor Kent—. Espero que consigáis encontrarle.

Los niños dieron las gracias al amable director por su ayuda y salieron del edificio del periódico. Una vez fuera, Pete dijo:

—Yo creo que el oficial Cal podría conocer a ese hombre misterioso.

—Vamos a ver si está en la comisaría —propuso Pam.

Hacia allí condujeron todos sus bicicletas. Al entrar, Pete se acercó al sargento de guardia, para preguntarle:

—¿Está el oficial Cal?

—Sí. Acaba de entrar. Sentaos, voy a buscarle.

Los niños tomaron asiento en un largo banco de madera y esperaron a que saliese su amigo. Cal apareció a los pocos minutos. Con una sonrisa, el amable policía saludo:

—¡Hola, Hollister! ¿En qué puedo serviros?

Cuando los niños le dijeron que estaban intentando encontrar la pista del hombre de la fotografía, el oficial la observó atentamente. Por fin, encogiéndose de hombros, repuso:

—No. Nunca le he visto. Estoy seguro de que no vive en esta ciudad. ¿Usted qué opina, sargento?

También el sargento dijo que no. Nunca había visto a aquel

hombre. Entonces Cal tuvo una idea.

—Pam —dijo—, ¿estás completamente segura de que éste es el hombre que visteis en el museo?

Pam repuso que, verdaderamente, parecía el mismo hombre.

—Llevaré la fotografía al celador del museo y le preguntaré —añadió la niña.

—Eso es, precisamente, lo que yo iba a sugerirte —dijo Cal—. Confío en que tengáis suerte.

Después de dar las gracias al policía, los Hollister se despidieron y fueron al museo. Allí se acercaron al celador, que reconoció a Pam y a Holly.



—¿Buscáis más lectura sobre la historia de Shoreham? —preguntó.

—No. Hoy no, pero queríamos ver si usted nos ayuda en otra cosa —dijo Pam, enseñándole la fotografía—. ¿Este hombre es el mismo que estuvo en el museo el día en que estuvimos mi hermana y yo?

El celador contempló atentamente la fotografía.

—Sí —afirmó al fin—. Y puedo asegurar que estaba muy

interesado por lo que vosotras leíais.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Holly.

En cambio Pam no preguntó nada, porque recordaba con qué atención había estado mirando aquel hombre, detrás de ella, el artículo que Pam encontró.

—Cuando vosotras devolvisteis las viejas revistas, ese hombre las pidió y estuvo leyéndolas con gran interés —explicó el celador —. Luego le oí reír entre dientes, antes de que me las devolviera.

Pete, muy nervioso, dijo:

—Estoy viendo que vamos a tener que buscar a ese hombre, Pam.

La niña asintió, mientras pensaba, preocupada. ¿Cuántas cosas habría averiguado ya aquel hombre?

—Parece que va a ser difícil encontrar el Fuerte Libertad antes que ese hombre —opinó Ricky.

—Pues tenemos que hacerlo —fue la respuesta de Pete.

Pam permaneció pensativa un largo momento.

—¿No creéis que ese hombre y Joey pueden estar trabajando juntos? —dijo, al fin.

—Seguro que sí —contestó Pete—. Entonces se comprendería la misteriosa manera de portarse de Joey.

—Es verdad que Joey está muy misterioso —concordó Ricky.

—Sólo podemos hacer una cosa —declaró Pam—. ¡Tenemos que trabajar mucho más que hasta ahora, para encontrar el Fuerte Libertad antes de que lo encuentren ellos!

UN FUERTE PARA JUGAR



¿Quiénes encontrarían antes el viejo fuerte? Si el forastero misterioso tenía la carta, no cabía duda de que contaba con todas las ventajas.

—Me imagino —dijo el señor Hollister, a la mañana siguiente— que mis jóvenes detectives querrían salir ahora mismo a trabajar en sus pesquisas. Pero yo necesito a Pete, a primera hora, en la tienda. Indy tiene que ausentarse durante una hora, o acaso más, y a mí me gustaría que tú, hijo, ayudases a atender a los clientes mientras él está fuera.

—Muy bien, papá —dijo Pete, y salió de casa con el señor Hollister—. Ya nos veremos más tarde, Pam.

Después que ellos se fueron, Pam ayudó a su madre a fregar platos, hacer camas y limpiar el polvo. Aún no habían concluido estas tareas cuando sonó el teléfono y Pam acudió a contestar.

—¡Ah! Hola, Mary —dijo—. Parece que estás muy nerviosa. ¿Ha ocurrido algo?

Pam quedó escuchando atentamente durante unos minutos y acabó contestando:

—Yo no puedo ir inmediatamente y Pete está en la tienda. Pero

a Ricky y Holly seguro que les gustará ir a ver lo que está ocurriendo.

En ese momento Ricky y Holly entraron en la habitación y oyeron las últimas palabras.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaron los dos a un tiempo, con curiosidad.

—Mary Hancock dice que han llegado los transportistas —explicó Pam—. Ya están trabajando en los fundamentos. Quería que nosotros fuésemos a verlo.

—¡Canastos! ¡Vamos en seguida, Holly!

Antes de marcharse, los dos niños prometieron estar en casa a la hora de comer. Luego montaron en sus bicicletas y salieron del jardín, veloces como centellas. ¡Qué emoción sentían los dos niños mientras pedaleaban camino de casa de los Hancock! Allí, en el patio trasero, había dos grandes camiones. De uno de ellos los obreros estaban sacando grandes maderos. El otro camión iba cargado de crics o gatos que a Ricky le parecieron diez veces más grandes que el que llevaba su padre en el coche.

—¡Oooh! —exclamó el chiquillo, saltando de su bicicleta y corriendo a la casa—. ¡Qué divertido va a ser esto!

Al ver a Ricky y Holly, Ralph y Mary salieron a recibirles.

—Mirad lo que están haciendo con nuestra casa —dijo Ralph, llevando a sus amigos al otro lado.

Varios obreros, con martillos y cinceles, golpeaban los cimientos.

—En cuanto hayan desalojado los cimientos, levantarán la casa con los gatos y pondrán debajo dos vigas de acero grandísimas —explicó Mary.

—Tardarán unos días en hacer eso —añadió Ralph—. Luego pondrán la casa y las vigas de acero en unas plataformas con ocho ruedas. Usarán un cable que remolcará todo de una vez.

—Mirad allí —dijo Ricky—. Están apilando los maderos que usarán cuando levanten la casa.

Los troncos iban quedando entrelazados. Dos hombres se ocupaban de formar la pila que iba creciendo rápidamente y pronto subió muy por encima de las cabezas de los niños.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! —exclamó Ricky—. Jugaremos

con esto al Fuerte Libertad.

—¡Eso! ¡Eso! —concordó Holly alegremente—. Los troncos pueden ser nuestro fuerte. Mary, tú y yo seremos los colonos. Entraremos en el fuerte y lo defenderemos.

A Ricky le agradó la idea y en seguida resolvió:

—Ralph y yo seremos los indios y os atacaremos.

Holly y Mary treparon por el extraño «fuerte», instalándose dentro. Mientras tanto, Ricky dijo a Ralph:

—Gran Jefe Ralph, atacaremos por los dos costados, como hacen en las películas de televisión.

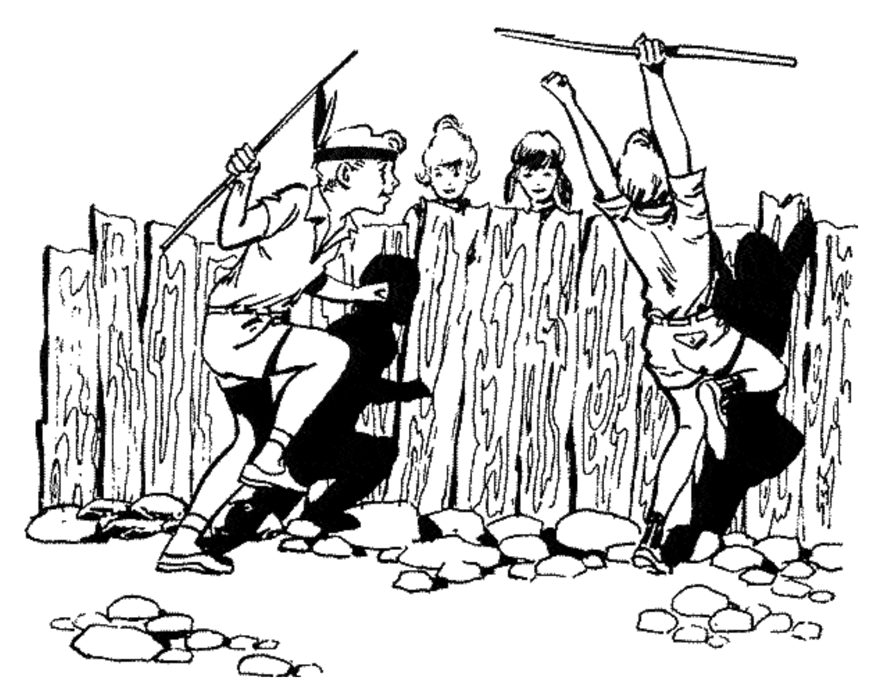
Los chicos corrieron alrededor del fuerte, exhalando penetrantes gritos guerreros. Luego empezaron a trepar por los troncos. Pero cada vez que lo hacían, las niñas asomaban la cabeza entre los huecos y les empujaban fuera.

Sin embargo, Ricky no estaba dispuesto a darse por vencido. Con un gran salto se colocó sobre el cuarto tronco y desde allí fue trepando como un mono. Bajando la vista hasta las niñas que estaban dentro, gritó triunfante:

—¡Ahora sois mis prisioneras!

—¡No nos arranquéis la cabellera, por favor! —suplicó Mary, poniendo cara de angustia.

Mientras Mary hablaba, uno de los troncos osciló y Ricky perdió el equilibrio.



—¡Aaay! —gritó, mientras caía al interior del fuerte y las niñas se apresuraban a detenerle.

—¡Ajá! ¡Ya te tenemos, piel roja! —exclamó Holly.

Entre ella y Mary forcejearon con Ricky y, cuando le hicieron caer, se sentaron sobre él.

—Dile al Gran Jefe Ralph que se vaya —ordenó Mary al prisionero—. ¡Los defensores han ganado la batalla del Fuerte Libertad!

Ricky obedeció, de mala gana, teniendo que admitir que las niñas le habían vencido. Luego, cuando le dejaron en libertad, los cuatro rieron alegremente.

Mientras tanto, en la tienda de su padre, Pete había despachado ya a varios compradores. Durante una pausa se acercó a la parte de la fachada y, desde detrás del mostrador, contempló a las gentes que pasaban por la calle.

Se disponía a volver al interior del almacén cuando, con el rabillo del ojo vio a alguien que le pareció conocido.

«¡Si es el hombre misterioso de la nariz larga!», pensó el muchachito y se acercó más al escaparate, viendo cómo el hombre

se alejaba calle abajo.

No había duda de que aquél era el hombre que habían visto en la foto que les enseñó el señor Kent. Pete echó a correr hacia el fondo de la tienda, donde su padre estaba desembalando un motor fuera borda.

—Papá, me gustaría hacer un importante trabajo de detective —dijo, con gran nerviosismo, explicando luego que acababa de ver al hombre misterioso—. ¿Puedo marcharme un rato? Volveré lo antes posible.

—Muy bien, hijo —contestó, sonriente, el señor Hollister—. De todos modos, ya era hora de que te fueses. Espero que tengas suerte.

Pete salió a toda prisa de la tienda y echó a correr en la misma dirección que llevaba el hombre misterioso, al que pudo ver llegar a la manzana siguiente. De vez en cuando, el hombre se detenía a mirar algún escaparate. En esas ocasiones Pete se apresuraba a meterse en un portal para no dejarse ver.

Después de recorrer el centro de la ciudad, el hombre apresuró el paso. Pete le siguió a bastante distancia, deteniéndose de vez en cuando detrás de algún árbol, para evitar ser visto.


BAR
COMESTIBLES

«Se dirige a la orilla del río», pensó Pete. «¿Será que está buscando el fuerte perdido?».

El muchachito siguió al hombre hasta muy cerca del lugar en donde Joey volvía a encontrarse, cavando. El camorrista levantó la cabeza, al oír aproximarse al hombre, y empezó a hablar.

Pete estaba demasiado lejos para poder oír lo que decían. Pero buscando la protección de los arbustos, fue aproximándose. Pronto pudo ver que el hombre ponía un dinero en las manos de Joey, al tiempo que decía:

—Ya no puede faltar mucho. Sigue cavando.

El hombre se volvió tan repentinamente que tomó por sorpresa a Pete. Sin embargo, el muchachito pudo esconderse sin llegar a ser descubierto. El desconocido echó a andar por la orilla del río, en dirección a la casa de los Hancock.

«Le seguiré», se dijo Pete. «Dios quiera que Joey no me vea».

El joven detective echó a andar, pero apenas había recorrido unos pasos, cuando oyó gritar a Joey:

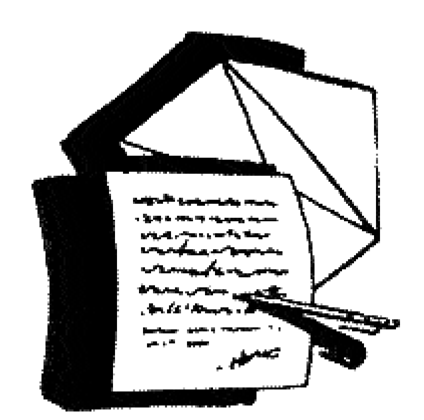
—¡Cuidado, señor Manger! ¡Alguien le va siguiendo!

El hombre giró sobre sus talones y miró agresivamente a Pete. Luego levantó la mano y gritó:

—Está bien. ¡Hazlo!

Aún no había tenido tiempo Pete de volverse a mirar qué era lo que iba a hacerse, cuando sintió un fuerte dolor en la nuca. ¡Luego todo fueron tinieblas!

UNA AMENAZA



Al volver en sí, Pete se encontró tendido en el suelo, a la orilla del río.

«¿Qué me ha pasado?», se preguntó, mientras se ponía en pie, tambaleándose.

La contestación a su pregunta la encontró en el chichón que notaba en la cabeza.

«Debe de ser que Joey me arrojó algo», se dijo Pete, mirando a su alrededor.

Pero ¿dónde estaba ahora Joey? Y ¿qué había sido del misterioso forastero? Ninguno de los dos estaba ahora a la vista. Extrañado, Pete se acercó al lugar en donde había visto últimamente al hombre y buscó alguna pista que pudiera indicarle a dónde había podido ir. Pero no encontró nada y Pete acabó preguntándose si realmente había sido Joey quien le atacó.

«Pero si él no lo ha hecho, por lo menos sabrá quién ha sido. ¡Y yo tengo que averiguarlo!», decidió Pete.

Pero al pobrecillo le dolía de tal modo la cabeza que acabó decidiendo irse a casa. Al verle, su familia quedó atónita, viéndole y enterándose de lo que había sucedido. Pete no olvidó decir que el

hombre misterioso se llamaba Manger.



—¡Nosotros hemos visto a Joey! —recordó Ricky—. Pasó por delante de la casa de Ralph, corriendo como un loco. Ni siquiera se paró a ver cómo trabajaban los transportistas.

—Seguro que fue él quien te dio el golpe —declaró Holly.

Después que la señora Hollister hubo puesto hielo en el chichón de Pete, toda la familia comió. En cuanto acabaron, Ricky y Holly marcharon con Sue a ver cómo trabajaban los transportistas de la casa. Pam y Pete fueron directamente a ver a Joey, pero no encontraron a nadie en la casa.

—Vamos al sitio en donde Joey estaba cavando —propuso Pete.

Pero tampoco allí le encontraron. El lugar donde Joey estuviera aquella mañana estaba vacío.

—Puede que a Joey le asuste volver —dijo Pam, mientras ella y su hermano inspeccionaban por la orilla del río.

—Si es aquí donde estaba el viejo Fuerte Libertad, creo que Joey todavía no ha descubierto nada que lo pruebe —murmuró Pete.

Los dos niños pasaron la tarde cavando en el terreno arenoso, pero no desenterraron nada importante.

—Mañana tendremos más suerte —se consoló Pam, suspirando, mientras regresaban a casa.

Aún no habían tenido tiempo los Hollister de prepararse para sus trabajos detectivescos, al siguiente día, cuando llegó el cartero con un sobre dirigido a «Los Niños Hollister». Pam, que fue quien lo cogió, llamó en seguida a los demás.

—Déjame ver, déjame —pidió Holly, con curiosidad.

La calle y el número de su casa estaban escritos con letras desiguales, a lápiz, y no llevaba remitente.

—Ábrelo «in siguida» —pidió Sue—. A lo mejor es una invitación para alguna fiesta.

Pam rasgó el sobre y sacó un pliego de papel barato.

—¡Oooh! —exclamó al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Hollister, que entró corriendo al oír a Pam.

Cuando su hija le mostró la carta, también ella dejó escapar una exclamación:

—¡Dios mío! ¿Quién ha escrito esto?

Y en voz alta leyó:

> «Hermanos Hollister: Si queréis seguir siendo felices, no busquéis el viejo Fuerte Libertad. ¡Es mi primera y última advertencia!».

La nota estaba firmada con una calavera y dos huesos cruzados.



—Debe de tratarse de una broma —se apresuró a decir la señora Hollister, no queriendo dar importancia a la nota, ni asustar a sus hijos.

—Yo creo que es una verdadera amenaza, mamá —opinó Pete, muy serio—. La ha debido de escribir Joey Brill o el hombre para quien Joey está trabajando.

—Si corréis peligro, debéis dejar de jugar a detectives —dijo la madre—. Podríais sufrir algún perjuicio serio.

—¡Pero, mamá! ¡No podemos dejarlo ahora! —dijo Pete.

La señora Hollister quedó unos momentos pensativa. No quería que sus hijos corriesen ningún peligro y, sin embargo, sentía deseos de que saliesen airosos en la búsqueda del fuerte.

—Está bien —accedió al fin—. Pero prometedme que le contaréis al oficial Cal todo lo que ha ocurrido, para que él pueda encontrar a la persona que mandó esta carta.

—¡Qué bien! —se entusiasmó Sue—. ¿Podemos ir todos a la comisaría?

La señora Hollister sonrió, respondiendo que sí. Ricky quería ir en su bicicleta, con Sue delante, pero Pete y Pam pidieron que no lo hiciera porque era poco seguro.

—Vayamos todos andando —propuso Pam—. Hace un día tan bueno…

—Y si quieres, yo te montaré a caballo en mis hombros —ofreció Pete a la chiquitina.

Después que Pete subió a Sue sobre sus hombros, todos se pusieron en marcha para visitar a Cal.

—¡Hola, niños! —saludó afablemente el policía, al verles entrar —. ¿Tenéis alguna pista?

—Varias, muy buenas —dijo Pam.

En seguida enseñó al policía la nota de advertencia, que Cal examinó atentamente. Y acabó diciendo que aquella nota lo mismo podía haberla enviado un chiflado que una persona con malas intenciones de verdad. Cuando Pete habló del forastero y de que le habían atacado, Cal añadió:

—Por lo que decís, ése debe de ser nuestro hombre. Buscaremos a ese señor Manger. Si vosotros le vierais antes que nosotros, telefonead aquí en seguida.

De camino a casa, los niños se detuvieron en el Centro Comercial para visitar a su padre. Como de costumbre, Sue se detuvo junto a la puerta, para coger un vaso de cartulina y tomar tres veces agua fresca. Estaba apurando la última gota cuando se le ocurrió una idea.

—Podemos hacer limonada esta tarde para llevársela a Spud y a Johnny «Cuestas». Hace un día tan caluroso…

—Sí, sí —concordó Ricky—. Y así se refrescarán también Harry «Prisas» y el otro hombre. Hace mucho que no les vemos.

Cuando los cinco hermanos llegaron y Sue habló a su madre de sus planes, la señora Hollister dijo:

—Los obreros de la carretera han sido muy amables con vosotros y creo que estará muy bien que vosotros les obsequiéis con limonada hecha en casa.

Aquella tarde, a primera hora, Pam, Holly y Sue hicieron la limonada, mientras Pete y Ricky veían un partido de béisbol en la televisión.

Cuando estuvo preparada una gran jarra de la deliciosa bebida, Pam echó el contenido en un gran termo con un asa, mientras Sue iba a la despensa a buscar vasos de papel.

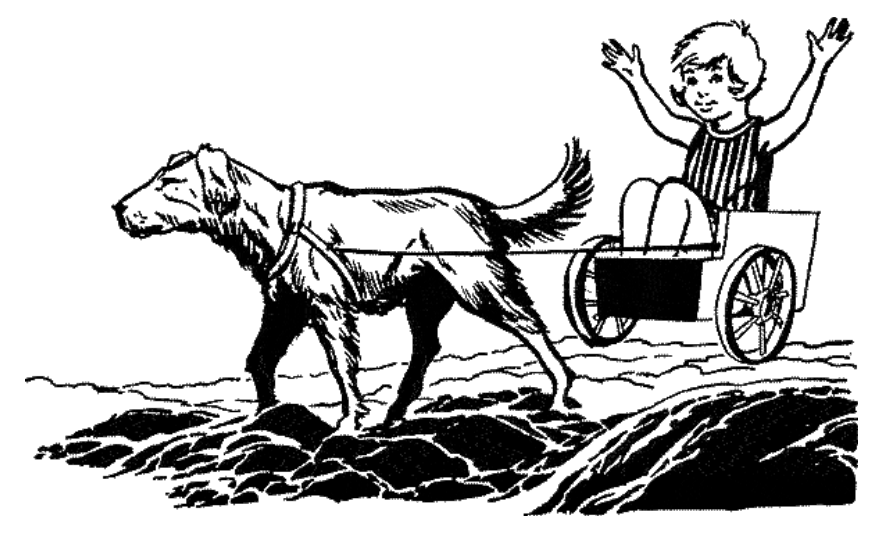
—¿Por qué no lleváis unas galletas, también? —sugirió la señora Hollister.

—Estupendo —dijo Pam que, en seguida, echó unas cuantas en una bolsa.

Cuando las niñas estuvieron preparadas para marchar, sus hermanos estaban tan interesados en el partido de béisbol, donde participaba su equipo favorito, que no tuvieron ganas de acompañarlas. Por lo tanto, las niñas se marcharon solas.

—Iré a buscar la carretilla para llevarlo todo —decidió Holly, marchando al garaje.

Salía de allí con la carretilla cuando vio a «Zip», jugando en el patio y se le ocurrió una idea.



—Ven, «Zip» —llamó. Y cuando el perro llegó a su lado, ella dijo —: Puedes ser nuestro caballo y tirar de la carretilla con la limonada.

La niña enganchó a «Zip» a la carretilla, con unos arneses que ya habían sido utilizados otras veces.

—¡Vamos, chico! —ordenó.

«Zip» se lanzó al trote hasta donde Pam y Sue esperaban, arrastrando tras sí la vacía carretilla. Sue subió a la carretilla y

colocó el termo de refresco entre sus tobillos, sujetándolo. Pam y Holly se colocaron cada una a un lado de «Zip» y el grupo se puso en marcha hacia la carretera nueva. Cuando se desviaron de la carretera principal, el camino resultó polvoriento y abrasador.

—También yo podré tomarme un limonada —dijo Holly, riendo, mientras guiaba a «Zip» hacia el gran vehículo cargado de tierra.

—Mirad. Es Harry «Prisas» el que conduce —dijo Pam, saludando con la mano al obrero.

Él se detuvo y dijo:

—¿Qué tal están estas lindas damitas?

—Tenemos una sorpresa para usted —gritó Holly.

—Y también para Spud y Johnny «Cuestas» —añadió Pam.

El conductor del camión dijo que debía llevarse aquella carga, pero que volvería en seguida.

—Hoy, Johnny «Cuestas» está conduciendo el «gato» —explicó, señalando la ruidosa excavadora que se encontraba algo más abajo —, y Spud la pala.

Dicho esto, Harry se alejó, regresando cuando las niñas se acercaban a Johnny y Spud. Los tres bajaron de sus vehículos, sonriendo.

—Me gustan las sorpresas —dijo Harry «Prisas»—. ¿Cuál es la de hoy?

—Limonada y galletas —anunció a grititos Sue.

—Nada podría gustarme más —dijo Johnny, mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo encarnado—. Hoy hace un calor propio de pleno verano.

—Traemos limonada para varias personas —explicó Pam, mientras servía tres vasos—. A lo mejor sus amigos también quieren un trago.

Johnny «Cuestas» se llevó dos dedos a los labios y lanzó un estridente silbido. El conductor de una excavadora y el de un camión bajaron a tierra y se acercaron al grupo. Las niñas sirvieron refresco a todos.

—¿Es el cumpleaños de alguien? —preguntó uno de los hombres.

Johnny «Cuestas» sonrió al responder:

—Pues… La verdad es que hoy es mi aniversario.

Al oír aquello, Sue se apresuró a dar un abrazo al hombre. Luego, mientras bebían limonada y comían galletas, todos cantaron a Johnny «Feliz Cumpleaños». Hasta «Zip» tomó parte en la diversión. Cuando Pam lo desenganchó de la carretilla y le dio una galleta, el animal ladró con entusiasmo. Después que los hombres acabaron el refresco, Pam preguntó:

—¿Todo va bien ahora en la carretera nueva, Johnny?

—No —contestó Johnny, moviendo de un lado a otro la cabeza —. No va bien. Hay algunos chicos que siguen molestándonos. Anoche rompieron los faros del tractor.

—Y algún mequetrefe echó agua en mi asiento —se quejó otro.

—Es una lástima —contestó Pam—. Nosotros también estamos pasando apuros.

Y a continuación contó cómo habían atacado a Pete.

Mientras, Pete y Ricky, que ya habían visto todo el partido de béisbol, fueron a la cocina donde la señora Hollister estaba ocupada en rellenar unos pollos para asar.

—¿No han vuelto las niñas todavía, mamá? —preguntó el pecoso.

—No —repuso la señora Hollister—. Pero llegarán de un momento a otro.

Pero, media hora más tarde, las hermanas Hollister aún no habían aparecido.

«¿Dónde pueden estar?», se preguntaba la madre, viendo aproximarse la hora de la cena.

De repente oyó al perro pastor arañar la puerta trasera. Al abrirle, preguntó:

—¿Dónde están las niñas, «Zip»?



El animal levantó la cabeza y dejó escapar unos tristes aullidos.

«¿Pasará algo malo?», se preguntó la señora Hollister.

«Zip» dio una vuelta por la cocina y volvió a la puerta, como si quisiera volver a salir. Pero cuando la señora Hollister abrió, el perro la miró y volvió a aullar.

—No sé qué quieres decirme, «Zip» —dijo su ama, acariciándole el lomo—. ¿Es algo de las niñas?

Como respuesta, el perro dio una serie de aullidos. Luego se sentó y quedó mirando a la señora Hollister con ojos suplicantes.

En ese momento llegó el señor Hollister en la furgoneta. Cuando él entraba en la casa, su mujer le dijo:

—John, las niñas aún no han vuelto de la carretera en construcción. Estoy preocupadísima. Creo que «Zip» sabe dónde están y quiere llevarnos.

—Iremos en seguida —decidió el señor Hollister.

Después de llamar a los dos chicos, el señor y la señora Hollister y los muchachos siguieron a «Zip».

—¡Busca a nuestras niñas, «Zip»! —apremió la señora Hollister.

«ZIP» ES UN HÉROE



«Zip» corría delante, mientras los cuatro Hollister lo seguían con toda la rapidez posible.

—Parece que «Zip» sabe muy bien a dónde va —observó Pete.

El fiel animal se dirigía directamente al paseo del Lago de Los Pinos. Los cuatro que le seguían pronto llegaron a un amplio trecho de la carretera nueva. No había allí persona alguna y el equipo de trabajo estaba aparcado a un lado.

—Bueno. Por lo menos sabemos que las niñas no están jugando con esta maquinaria —dijo la madre, con un suspiro.

—¿Dónde están las niñas, «Zip»? —preguntó Ricky.

El perro se volvió y ladró de manera penetrante.

—Adelante, «Zip» —dijo el señor Hollister—. Llévanos a donde están.

Los cuatro siguieron, unas veces con lentitud, otras casi corriendo, la misma senda que el fiel animal, por aquel desigual terreno. Habían recorrido un corto trecho, cuando Pete gritó:

—¡Papá, mamá, mirad! ¡Ahí está la carretilla!

Pete fue el primero en llegar. La carretilla, situada a un lado de la carretera, tenía dentro varios vasos de papel usados.

—¡Pam! ¡Holly! ¡Sue! —llamó la señora Hollister a gritos, sin obtener contestación.

El señor Hollister dio una serie dé penetrantes silbidos, pero la única respuesta que se percibió fue el eco.

De repente «Zip» dio un ladrido y se lanzó a todo correr.



—¡Zambomba! Parece que va a ese cobertizo —dijo Pete, señalando una minúscula y tosca casita donde los obreros dejaban picos y palas.

Cuando el perro llegó allí, empezó a dar zarpadas en la puerta, al tiempo que aullaba.

—¡Vamos! ¡Creo que «Zip» las ha encontrado! —gritó el señor Hollister, adelantándose con Pete y Ricky.

Cuando la madre les alcanzó, pudo oír gritos que salían de la casita. Las voces eran inconfundibles.

—¡Mis pobres hijitas! —exclamó la señora Hollister—. ¿Cómo han podido ir a parar ahí?

El padre hizo girar el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Sácanos de aquí, papá! —suplicó Pam, que había oído las voces de su familia.

—¡Apartaos de la puerta! —indicó el señor Hollister—. Voy a tener que forzarla.

Retrocedió unos cuantos pasos y luego se lanzó, corriendo, para golpear la puerta con el hombro. ¡Crash! Alrededor de la cerradura la madera se astilló y la puerta quedó abierta. Pam, Holly y Sue salieron precipitadamente y fueron recibidas por los brazos de sus padres.

—¡Qué contenta estoy de que nos hayáis encontrado! —suspiró Pam.

—¡Y yo también! —dijo Sue, riendo, aunque tenía los ojos húmedos—. No quería estar aquí toda la noche porque no tenía pijama para dormir.

—¿Cómo habéis venido a parar aquí? —preguntó la señora Hollister.

Pam explicó que, después de invitar a los obreros a limonada, se quedaron un rato a ver los trabajos. Al poco rato llegó Joey Brill.

—Nos dijo que un obrero que estaba en el cuarto de herramientas también quería beber —siguió explicando la hermana mayor—. Por eso vinimos aquí con la limonada que quedaba.

—Pero resultó que no había ningún hombre en el cuarto de herramientas —añadió Holly.

Las tres habían entrado, buscando al obrero, prosiguió Pam, y Joey se apresuró a cerrar de un portazo, para luego echar la llave.

—Los obreros ya se marchaban, por eso nadie nos oyó, aunque gritamos —siguió diciendo la hermana mayor.

—Pero ¡qué mala intención! —exclamó la señora Hollister—. De no ser porque «Zip» ha ido a casa y nos ha mostrado el camino, habríais estado encerradas aquí hasta mañana.

—Habría que hacer algo para escarmentar a ese Joey —dijo el señor Hollister, indignado.

—Sí, pero no ahora —contestó su esposa—. La cena está preparada y todos debéis sentiros hambrientos.

Sin olvidarse de recoger la carretilla, todos regresaron a casa. Pete, Ricky y «Zip», que iban delante, fueron los primeros en acercarse a la maquinaria de construcción. De repente, Pete se

detuvo en seco, cuchicheando:

—¡«Zip», vuelve aquí!

Mientras el perro regresaba, Ricky preguntó:

—¿Qué pasa, Pete?

—Alguien está hurgando en la excavadora —dijo Pete en un susurro—. ¡Vamos!

Avanzando con sigilo por detrás de la excavadora de Johnny «Cuestas», los dos hermanos pudieron ver que había alguien sentado de espaldas a ellos.

—¡Es Joey! —dijo Pete, muy nervioso—. ¡Ahora es nuestra oportunidad!

Los dos chicos salieron de su escondite y corrieron hacia Joey. Éste, al oír que alguien se acercaba, saltó de la excavadora y también emprendió una carrera. Pero Pete era demasiado rápido para él. Lanzándose contra el camorrista, le cogió por los tobillos, como un jugador de rugby. Los dos chicos rodaron una y otra vez por el polvo.

—¡Eh! ¿A qué viene esto? —masculló Joe, sin aliento—. ¡Déjame tranquilo!

—No, no. ¡No puedo permitir que me golpees y hagas una mala jugarreta a mis hermanas y te quedes tan tranquilo!

El camorrista era fuerte y algo más alto que Pete, pero el mayor de los Hollister estaba decidido a castigarle. Cuando llegaron allí los padres y las tres niñas, Pete tenía a Joey atenazado contra el suelo.

—¡Has ganado tú! —hubo de admitir el chicazo—. ¡Ahora, déjame!

—No te dejaré hasta que hayas prometido no volver a molestarnos.

—Está bien. ¡Prometido!

Pete se puso en pie de un salto, mientras Joey se levantaba lentamente. ¡Qué aspecto tan ridículo tenían los dos chicos, con la cara cubierta de tierra y Joey con la nariz sangrante! El camorrista se sacudió la ropa, hundió las manos en los bolsillos y se alejó, enfurruñado.

—¡Joey no nos molestará en una temporada! —exclamó Ricky —. ¡Te has portado bien, Pete!

La familia aceleró el paso, tomando un atajo que pasaba junto a

la casa de los Hancock. Estaba Ricky explicando a su padre qué era lo que estaban haciendo los transportistas, cuando «Zip» corrió hacia la casa, ladrando con desespero.

—¿Será que ha encontrado un conejo? —dijo Pam.

Pero Ricky exclamó:

—¡Mirad! «Zip» está persiguiendo a un hombre que está cerca del viejo pozo.

En la distancia, los Hollister pudieron distinguir, algo borrosa, la silueta de un hombre que, inesperadamente, desapareció.

—Es muy extraño. ¿Dónde ha podido ir? —comentó la señora Hollister.

—Vamos a averiguarlo —decidió el marido—. Estoy seguro de que a los Hancock no les gusta tener merodeadores en su propiedad.

Cuando se acercaron al viejo pozo no pudieron ver a nadie por los alrededores. «Zip» no cesaba de olfatear, pero, al parecer, había perdido la pista.

—Será mejor preguntar a los Hancock si han visto a ese hombre —opinó Pete, acercándose a la puerta, para llamar.

Nadie contestó.

—Puede que ese hombre se haya escondido dentro de la casa — dijo Pam, preocupada.

La familia se acercó a tocar las puertas y ventanas y cuando comprobaron que todo estaba cerrado con llave, comprendieron que el hombre no podía haber entrado.

—Quienquiera que fuese ha desaparecido en un santiamén — dijo el señor Hollister que luego se volvió a su esposa para comentar con una risilla—: Elaine, me temo que los Hollister no van a llegar a su casa antes de la hora del desayuno.

—Yo quiero tomar plátano y papilla —declaró Sue, muy seria, haciendo reír a los demás.

Caminaban todos por la carretera, ante la casa de los Hancock, cuando «Zip» se presentó ante Pam, meneando el rabo y con algo de papel en la boca.

—¿Qué llevas ahí, «Zip»? —preguntó, agachándose. Luego exclamó—: ¡Papá, mamá! ¡Mirad este sobre!

—¿Qué es? —preguntó la madre.



—¡El sobre de la carta desaparecida! Pero está vacío.

Muy nerviosos, todos fueron examinando el sobre y Pete aseguró que era el mismo que habían encontrado en las ruinas de la vieja estación.

—Puede que se le cayese al merodeador —sugirió el señor Hollister.

—Pero ¿qué estaba haciendo en la propiedad de los Hancock? —murmuró Pam.

Estaba la niña hablando cuando apareció el señor Hancock por un lateral de la casa.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿Puedo hacer algo por los Felices Hollister?

Los niños presentaron a sus padres y luego hablaron al señor Hancock del merodeador y del sobre que acababan de encontrar. El dueño de la casa contestó que en su camino montaña arriba no había visto a nadie. Luego afirmó:

—Me alegro de que estén ustedes aquí. Hay algo que quería decirles.

—¿Qué es? —preguntó Pete.

El señor Hancock tardó unos instantes en contestar. Por fin, dijo:

—Finalmente he decidido no trasladar la casa.

¡TRACTOR AL AGUA!



Los Hollister se quedaron mirando al señor Hancock con ojos redondos por el asombro.

—¿He oído bien? —preguntó el padre—. ¿De modo que, por fin, no va usted a trasladar la casa?

—Eso he dicho.

—¡Pero si los obreros ya han levantado los fundamentos! —recordó Ricky que estaba estupefacto—. ¡Tendrá que trasladarla!

Pete se apresuró a preguntar:

—¿No ha comprado usted la parcela de Indy?

—Eso puede zanjarse —repuso el señor Hancock, añadiendo que comprendía que era un momento inadecuado para cambiar de idea, pero que tenía buenas razones para hacerlo—. Un famoso abogado me ha aconsejado que actúe así. ¡El estado no me pagó el precio debido por mi terreno y esto tiene que arreglarse! Mi abogado se ocupará de todo.

—¿Cómo se llama ese abogado? —preguntó el señor Hollister.

Sin prestar atención a la pregunta, el señor Hancock continuó diciendo que todo saldría bien y que, desde luego, agradecía mucho la ayuda que le habían prestado los Hollister. Luego les dijo adiós y

los Hollister se marcharon.

Mientras se dirigían a su casa, el señor Hollister comentó que encontraba muy extraña la decisión del señor Hancock.

—El estado pagó a todo el mundo un precio justo por esos terrenos.

—Papá, ¿crees que tendrá algo que ver con esto, el hombre que hemos visto en la propiedad? ¿Ese que desapareció tan de prisa? —preguntó Pam.

El padre se encogió de hombros, replicando:

—El señor Hancock parece una persona honrada y, desde luego, tiene una encantadora familia. Por lo tanto, no hay que pensar más en este asunto.

Pero los niños no pudieron olvidarlo.

—Hemos encontrado el sobre robado precisamente en la propiedad de los Hancock —recordó Pete a los demás.

Una vez en casa y después de haber cenado, Pete telefoneó al oficial Cal para ponerle al corriente de todo lo ocurrido, referente al misterio. El policía dio las gracias a Pete y prometió redoblar sus esfuerzos en la búsqueda del señor Manger.

—Ésta ha sido una noche muy atareada para nosotros, Pete —explicó Cal—. Hemos tenido más problemas en la carretera nueva.

—¿Qué ha pasado?

—Hace una media hora, alguien puso en marcha un tractor. El vigilante vio a la persona, pero no le dio tiempo de detenerle.

—¿Y consiguieron llevarse el tractor?

—Han hecho algo peor. El entrometido no supo detenerlo y decidió saltar al suelo. El tractor descendió por un barranco y ha ido a parar al río Muskong.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Y, al final, ¿pudo el guarda detener a esa persona?

El policía contestó que no. El hombre había desaparecido. Aunque el guarda opinaba que el rufián no era más que un chiquillo.

—Nuestros hombres están buscándole y otros se ocuparán de sacar el tractor del río. Cuando tú has llamado, yo me disponía a salir con la brigada de salvamento.

Después de despedirse, Pete fue a contar lo ocurrido a su

familia. Cuando hubo acabado, Ricky prorrumpió en un sonoro silbido y dijo:

—¿No tendrá algo que ver con esto Joey Brill? Siempre anda olfateando alrededor de la maquinaria.

—Por su bien, confío en que no haya sido él —comentó la señora Hollister.

A la mañana siguiente, temprano, Pete y Ricky se encaminaron a la orilla del río, para ver de dónde había sido sacado el tractor. ¡Con sorpresa vieron que el gran artefacto aún continuaba en el agua! Los dos chicos se acercaron al grupo que estaba trabajando. Pete, reconociendo al capataz de la carretera en construcción, preguntó:

—¿Acaso la grúa no ha podido levantar el tractor?

—No. Pero se han ido a buscar dos coches de arrastre que lo solucionarán todo.

Muy pronto aparecieron los dos grandes vehículos. Uno lo conducía Johnny «Cuestas»; el otro, Spud.

Los conductores llevaron las máquinas hasta el borde del barranco. Luego bajaron a pie hasta el agua y ataron cables al tractor volcado.

Cuando estuvo bien sujeto, los dos hombres volvieron a sus vehículos y el capataz les dio la señal para que los pusieran en marcha. ¡Qué estrépito hacían!



Con grandes chirridos, fueron retrocediendo hasta que el volcado tractor quedó apoyado sobre las ruedas. Luego, mientras Spud y Johnny lo izaban lentamente para acabar llevándoselo a la carretera, los espectadores aplaudieron.

—¡Canastos! ¡Qué bien ha estado esto! —dijo Ricky con entusiasmo. Y un momento después anunciaba—: Mira, Pete. Ahí viene Pam.

Su hermana, que llegó sin aliento, dijo muy nerviosa:

—Venid en seguida a casa. Es algo sobre Joey…

Mientras los tres regresaban, corriendo, Pam explicó que Joey había llegado a casa con un mensaje urgente.

—Pero no quiere decirlo mientras vosotros, los chicos, no lleguéis.

Cuando los tres niños llegaron, Joey estaba en la salita, con el rostro muy pálido.

—Necesito que me ayudéis —dijo atropelladamente.

—¿Cómo? —preguntó Pete, con curiosidad.

—He hecho algo terrible y la policía me persigue.

Los Hollister se miraron unos a otros, muy asombrados. Pero Ricky no tardó en preguntar:

—¿Te llevaste el tractor anoche, Joey?

El camorrista inclinó la cabeza, avergonzado.

—Como vosotros sois tan amigos del oficial Cal, he pensado que podíais hablarle en favor mío. Si lo hacéis, os diré un secreto.

En ese momento entró en la habitación la señora Hollister, que dijo:

—No he podido evitar el oír lo que has dicho, Joey. Cree que haremos todo cuanto sea posible para ayudarte.

Al oír aquello, Joey se puso más encarnado que una cereza.

—Se lo diré de todos modos —murmuró arrepentido—. Es sobre la carta… Yo… Yo no la perdí. Se la vendí al señor Manger por un dólar —confesó Joey.

El chico explicó que, cuando estaban en la vieja estación, el señor Manger le había llevado aparte y le prometió que, si le proporcionaba la vieja carta, le daría a Joey la mitad del oro de Fuerte Libertad, si conseguía encontrarlo.

—¿Tú viste el mapa? —preguntó Pete.

—No. Pero el señor Manger rae indicó dónde debía cavar. Me paga cincuenta centavos al día.

Los Hollister alabaron el comportamiento de Joey al decidirse a decir la verdad sobre la carta desaparecida. Y Pete se ofreció para ponerse en contacto con el oficial Cal y explicárselo todo.

El camorrista dio las gracias, disponiéndose a marchar.

—¡Ah, Pete! —musitó antes de irse—. Hay otras dos cosas que no os he dicho. Yo puse aquellas letras y la arena del radiador en la excavadora. Y yo fui quien dijo al capataz que habíais sido vosotros. Luego te golpeé a ti con una bola de tierra seca, aunque no quise hacerte tanto daño. De verdad.

—Te creo, Joey. Fue el señor Manger quien te dijo que lo hicieras, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes dónde vive?

Joey aseguró que no lo sabía, aunque tenía la impresión de que el señor Manger no era de la ciudad.

—Yo siempre me he encontrado con él cerca de la colina donde viven los Hancock.

De repente a Pete se le ocurrió un pensamiento.

—¡Seguramente era ése el hombre que vimos desaparecer

anoche!

Después que se marchó Joey, Pete telefoneó al oficial Cal. Le explicó lo que había hecho Joey y el policía contestó que no sería muy duro con el chico, aunque el padre del muchacho tendría que pagar los gastos de reparación de la máquina.

—De todos modos, tengo entendido que los desperfectos no son muchos —añadió.

Pete siguió hablando con Cal sobre el señor Manger y la carta perdida que aquel hombre misterioso había comprado a Joey.

—Ésta es una gran noticia, Pete —afirmó el oficial, muy interesado—. Ahora no tardaremos en atraparle. ¿Dices que él y Joey se encontraban cerca de la casa de los Hancock?

—Eso es lo que ha dicho Joey —repuso Pete.

Después de colgar, Pete quedó varios minutos sumido en pensamientos. Por fin dijo a Pam:

—¿Tú crees que los Hancock conocen al señor Manger? Me gustaría preguntárselo al señor Hancock.

Pete consultó con sus padres, quienes dijeron que no veían ningún problema en que los Hancock se enterasen de los tratos que habían tenido el señor Manger y Joey. De modo que, después de cenar, los cuatro hermanos mayores salieron, acompañados de «Zip». Pete y Ricky llevaban linternas porque al regresar a casa ya sería de noche. Al acercarse a la casa de la colina, quedaron desencantados porque no encontraron a nadie.

—¿Por qué no nos quedamos un rato? —propuso Holly—. A lo mejor conseguimos ver al señor Manger.

—Nos esconderemos entre aquel grupo de árboles de la ladera —decidió el hermano mayor.

Él abrió la marcha y los demás le siguieron. Desde la arboleda podían ver la parte posterior y los laterales de la casa. Apenas habían tenido tiempo de ocultarse cuando «Zip» gruñó quedamente, al tiempo que ponía las orejas muy tiesas.

—¡Cuidado! ¡Ha visto a alguien! —cuchicheó Ricky.

El animal dio un aullido y echó a correr hacia la casa.

—¡Vuelve, «Zip»! —ordenó Pete, y el perro obedeció.

—Yo no veo a nadie —declaró Holly.

—Creo que «Zip» ha oído algún ruido en la parte delantera de la

casa —opinó Pam.



Pete sujetó a «Zip» por el collar y todos se encaminaron de puntillas a la casa de los Hancock. Ya había empezado a oscurecer y los cuatro niños quedaron asombrados a ver a un hombre que corría arrimado a una pared lateral de la casa. Se dirigía al viejo pozo.

—¡Es el señor Manger! Seguro —afirmó Pam.

Y Pete añadió:

—¡Alcánzale, «Zip»!

El animal se abalanzó hacia el hombre, seguido por los niños. El hombre, al llegar al pozo, se detuvo. Y cuando «Zip» y sus amos llegaron allí…, ¡el hombre había desaparecido!

—¿Adónde habrá ido? —murmuró Pete, desolado.

El perro olfateó alrededor del pozo, sin cesar de ladrar.

—¡Si no está ahí, tontín! —le dijo Holly.

Los niños recorrieron todo el patio, buscando huellas de pies que

se alejasen del pozo. Pero no encontraron ni una sola.

—No hay ni siquiera una trampilla para entrar a un sótano o a cualquier otro sitio donde haya podido esconderse —observó Pete.

—Entonces, ¿adónde ha ido ese hombre? —preguntó Pam—. No ha podido evaporarse. Es la segunda vez que le vemos desaparecer junto a este pozo.

—Puede que sólo sea un fantasma —suspiró Ricky.

—Estoy segura de que le he visto puesto encima de la tapa del pozo —afirmó Holly.

—¿Cómo quieres decir? ¿Así? —preguntó Ricky, mientras saltaba sobre la vieja tapa de madera.

Cuando Ricky dio el salto se oyó un extraño crujido. De repente, la podrida madera de la tapa se resquebrajó.

Y mientras sus hermanos gritaban, aterrados… ¡Ricky cayó al fondo del pozo!

EL SECRETO DEL POZO



—¡Ricky se ahogará! —lloriqueó Holly, al ver que el pecoso se precipitaba al fondo.

—Yo no he oído ningún chapoteo —repuso Pam, esperanzada—. A lo mejor es un pozo seco.

Pete sacó su linterna y la enfocó sobre el negro agujero.

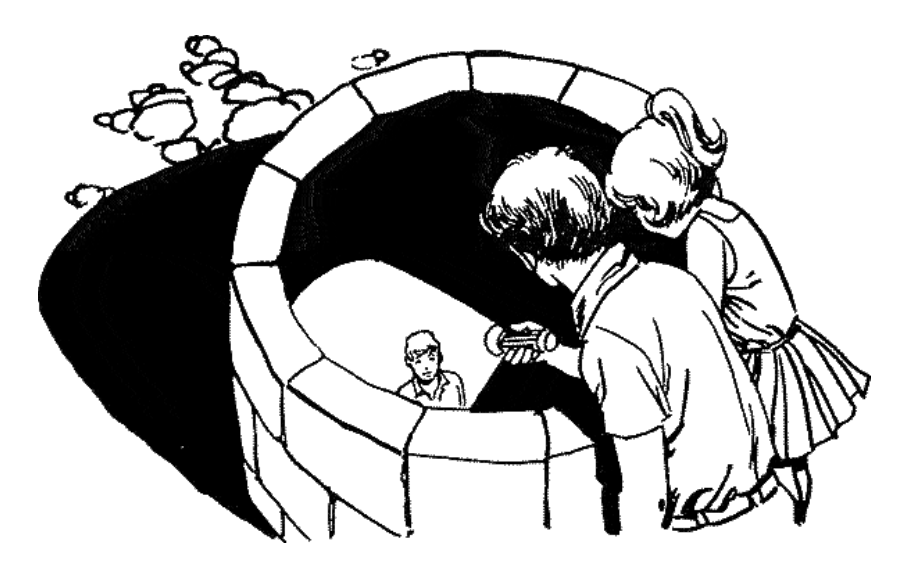
—¡Ricky! —llamó—. ¡Ricky! ¿Estás herido?

La linterna de Pete iluminó al chiquillo, que yacía tendido sobre el lecho seco del pozo. Los demás niños asomaron también, para llamar a su hermano. Al poco el pelirrojo se movió y, en seguida, se sentó.

—Es… estoy… bien —respondió—. Me había quedado sin aliento. Y me he arañado la rodilla.

El pequeño se frotó la pierna y miró a su alrededor.

—¡Huy! Esto es muy grande —exclamó, apresurándose a sacar su propia linterna para iluminar lo que le rodeaba—. ¡Canastos! ¡Si he encontrado un túnel!



En ese momento llegó Dave Meade en su bicicleta, explicando que los señores Hollister le habían dicho dónde estaban los niños. Le asombró mucho a Dave enterarse de lo que acababa de ocurrir.

Pete se inclinó hacia el interior del pozo y dijo:

—Ricky, no entres en ese túnel hasta que yo baje.

De repente acudió una idea a la mente de Pam, que cogió por el brazo a Pete para decirle:

—Pete, puede que haya sido así como ha desaparecido el señor Manger.

—Tienes razón —replicó el hermano, haciendo chasquear los dedos—. Pero ¿cómo habrá bajado ese hombre tan rápidamente? No veo ninguna cuerda y está demasiado hondo para saltar.

Fue Ricky quien dio la respuesta al misterio.

—¡Mirad! —dijo a gritos—. Veo unos peldaños de piedra en este lado del pozo.

Era verdad. Todos pudieron ver una hilera de piedras salientes que llegaban al fondo. Pero estaban tan bien incrustadas y medio cubiertas de musgo que los niños no se habían fijado en ellas. Holly palmoteo.

—Vamos todos al fondo del pozo.

Pero Pam, muy sensatamente, opinó que alguno de ellos debía ir a casa para avisar al padre.

—Si nos pasase algo estando todos dentro del pozo, nadie sabría

dónde encontrarnos —dijo.

—Está bien —contestó Holly, accediendo—. Yo iré.

Dave se ofreció a acompañarla y «Zip» fue con ellos.

Cuando ellos se fueron, Pam bajó al pozo, seguida de Pete. Al llegar al último peldaño, el chico enfocó la linterna en el túnel. Tenía unos cinco palmos de altura y todas las paredes rezumaban agua que se deslizaba en hilillos hasta el suelo, cubierto de musgo.

—¡Huy! ¡Qué oscuro y «fantasmoso» está eso! —se escalofrió Ricky.



—Esté como esté, nosotros vamos a explorar —dijo Pete, decidido—. Cuanto antes encontremos al señor Manger, mejor.

Con el camino iluminado por su linterna, Pete condujo a sus hermanos por el húmedo pasadizo. Pam se estremeció cuando le cayó una gota de agua en el cuello. Cada pocos pasos, Pete se detenía, para escuchar, por si se oía algún sonido producido por el hombre misterioso. Pero no se percibía otra cosa que el gotear del agua.

Sin embargo, al poco rato, Pete dijo:

—Enfrente hay dos túneles.

El pasadizo se dividía en dos, desviándose un camino hacia la derecha y otro hacia la izquierda.

—¿Por dónde iremos ahora? —preguntó Pam, en un siseo.

—Primero probaremos por la izquierda —decidió Pete.

No había recorrido más de quince pasos cuando el túnel empezó a resultar cada vez más bajo y estrecho, obligando a los niños a caminar muy inclinados.

—¡Ay, Dios mío! —murmuró Pam preocupada—. Puede que esto no conduzca a ninguna parte. ¿Por qué no volvemos?

—Me parece que veo algo ahí delante —dijo Ricky—. Como soy el más bajo, dejadme ir el primero.

El pequeño se echó al suelo, caminando sobre manos y rodillas. Los otros le siguieron en fila india hasta que Ricky exclamó:

—¡Si estamos en el final del túnel!

Y siguió arrastrándose, hasta salir por una pequeña abertura, a la orilla del río.

—¡Uff! —sopló Ricky, mientras se ponía de pie y estiraba los brazos.

Cuando Pete y Pam salieron del agujero, quedaron sorprendidos al ver hasta dónde les había llevado el túnel.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mientras apagaba su linterna—. Por aquí es por donde vi desaparecer al señor Manger el día que Joey me tiró la bola de tierra. Debió arrastrarse por el túnel.

—Parece que otra vez se ha escapado —dijo Ricky, mirando a su alrededor con la linterna encendida.

—Puede que no —repuso Pam—. A lo mejor tomó la otra bifurcación del túnel. Vamos a verlo.

Usando otra vez las linternas entraron en el túnel. Muy pronto llegaron a la bifurcación.

—¡Ahora, silencio! —cuchicheó Pete, mientras se arrastraba.

Todos avanzaron sin hablar y no tardaron en encontrar una curva del túnel. Pete asomó cautelosamente la cabeza por la curva y luego cuchicheó a Ricky:

—¡Apaga la linterna!

Al instante los Hollister estuvieron en la más completa oscuridad.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Pam temblorosa.

—Me ha parecido ver una luz en frente —cuchicheó Pete—. No quiero que nos descubran.

Palpando con cautela el camino por donde se movían, Pete, Pam

y Ricky avanzaron hacia la trémula luz.

—¿Ves a alguien? —cuchicheó Pam.

—No —repuso Pete.

Después de avanzar otros pocos pasos, Pete se detuvo en seco.

—¿Habéis oído ese ruido? —preguntó con voz ronca.

Todos escucharon y pudieron oír un golpeteo continuado.

—Alguien está cavando —dijo Pam.

—¡Vamos! —apremió Ricky—. ¡Hay que ver quién es!

Valerosamente, los tres hermanos avanzaron de puntillas. A medida que aumentaba la claridad, los niños pudieron distinguir una vela colocada en el suelo de una gran nave subterránea. Las sombras danzaban por las paredes. En una esquina de la cueva había un hombre colocado de espaldas a los niños. Tenía un pico en las manos y estaba haciendo un agujero en el suelo.

Los Hollister le observaron unos momentos, paralizados por la emoción. A Pete le latía furiosamente el corazón, mientras se preguntaba qué convenía hacer ahora. ¿Debían correr junto al hombre para intentar detenerle? ¿O era mejor dejarle continuar el trabajo, hasta que encontrase lo que estaba buscando? Acercándose a Pam le cuchicheó al oído:

—¿Es ése el señor Manger?

—Sí.

Acababa Pam de contestar, cuando el hombre dio un grito emocionado y empezó a cavar apresuradamente con las manos. Ante el asombro de los niños, sacó una bolsita del agujero que había en el suelo.

Pete consideró que había llegado el momento de ponerse en acción. Haciendo acopio de valor, llamó:

—¡Señor Manger!

Estas palabras produjeron una especie de sacudida eléctrica en el hombre, que volvió la cabeza asustado, dejando caer la bolsa al suelo. De la bolsa, salieron varias monedas que rodaron en distintas direcciones. Al principio el señor Manger quedó demasiado atónito para poder hablar. Tan solo miró a los niños con la boca abierta y temblorosa.



—¡Pe… pero! ¡Ah! ¡Si sois los Hollister! —logró decir al fin.

—¿Qué está haciendo usted ahí? —preguntó Pam.

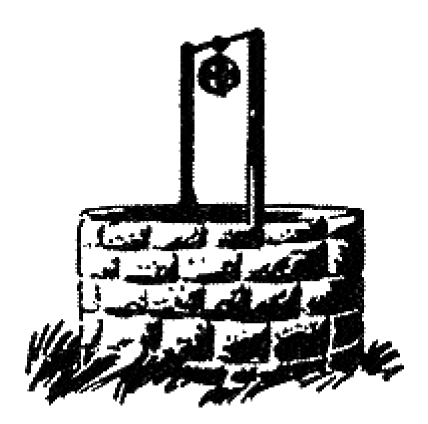
Y Ricky añadió:

—Está buscando el Fuerte Libertad, ¿verdad?

El hombre permaneció en tensión unos momentos, mirando más allá de donde estaban los niños. Al ver que no iba nadie con ellos, recobró la calma y sonrió diabólicamente.

—¡Esto es el Fuerte Libertad! —dijo, inclinándose sobre la bolsa de dinero—. ¡Y ya he encontrado el oro escondido!

¡DOBLE TESORO!



Mientras el señor Manger recogía las monedas desparramadas y las volvía a meter en la bolsa, Pete, Pam y Ricky comprendieron que los rumores que habían corrido sobre el tesoro escondido en el Fuerte Libertad eran ciertos. Aunque, de todos modos, era difícil de creer que aquella caverna oscura fuese el Fuerte perdido y que el oro escondido fuese tan poco.

—¿Cómo sabe que éste es el fuerte? —preguntó Pete al hombre.

—Porque soy chófer-mecánico y sé muchas cosas.

Esta explicación interesó a Ricky, que dijo:

—¿Conoce usted a Spud y a Johnny «Cuestas»?

—Claro. Los dos son viejos amigos míos —aseguró el señor Manger.

Pero Pete y Pam se miraron, incrédulos. Les extrañaba que aquel hombre fuese lo que decía.

—¿Dónde está su reloj de bolsillo? —preguntó, de pronto, Pam.

—¿Mi qué?

—El reloj de bolsillo. Todos los chóferes mecánicos lo llevan —dijo Pete.

—Pues… Hoy… he olvidado cogerlo.

Convencido ya de que el señor Manger estaba mintiendo, Pete buscó en su cerebro una idea para tender una trampa al hombre y poder llevarle a que la policía le interrogase. Pero no se le ocurría nada.

—Bien… Adiós, niños —dijo el señor Manger que, echándose a reír, añadió—: Puede que, si seguís excavando, encontréis más tesoros para vosotros.

Mientras el hombre se alejaba por el túnel, los tres Hollister se miraron unos a otros y Pete dijo:

—¿Creéis que puede haber más tesoros ahí?



Pam y Ricky no contestaron. A toda prisa empezaron a levantar tierra con los tacones, apartándola luego con las manos. Pete usó una pala que debió dejarse el señor Manger. Poco a poco los agujeros abiertos por cada niño fueron aproximándose entre sí y pronto hubo un solo orificio de buen tamaño.

Seguía sin verse ningún indicio del tesoro y Ricky ya estaba a punto de coger las linternas y proponer que buscasen en otro lugar, cuando la pala de Pete produjo una especie de tintineo. Un momento después el chico cogía una moneda.

—¡Canastos! —gritó el pecoso—. ¡Más oro!

Los niños trabajaron furiosamente, excavando, y a los pocos

momentos descubrían una gran saca de cuero, cerrada con una resistente tira. Sin atreverse a creer en su buena suerte, Pete abrió la saqueta.

—¡Oro! ¡Monedas de oro! —gritó—. ¡Cientos de monedas!

Los niños, acurrucados en el suelo, miraron incrédulos. ¡Habían encontrado el tesoro del fuerte, que; tanto tiempo llevaba enterrado!

—¿Todo esto nos pertenece? —preguntó Ricky, con emoción.

—No. No os pertenece —dijo una voz, a sus espaldas.

Y antes de que comprendieran exactamente lo que estaba ocurriendo, el señor Manger cogió la saca y corrió hacia el túnel. Los pocos segundos que necesitaron los niños para recobrar el aliento y coger las linternas sirvió para que el hombre les llevase una buena delantera. Los tres Hollister corrieron tras el hombre, gritando:

—¡Ese oro es nuestro!

El hombre corrió aún con más rapidez, pero los niños eran más veloces. Y un momento después se oía a un perro, ladrando apagadamente.

—¡Es «Zip»! —gritó Ricky al hombre que huía—. ¡Y viene papá! ¡Van a atraparle a usted!

Un momento después el señor Manger llegaba a la salida del túnel, en cuyo borde había un gran pedrusco. El hombre lo empujó y el pedrusco cayó al suelo, casi justamente en frente de Pete, con una gran avalancha de piedrecillas y tierra.

—¡Oh! —gritó Pam con angustia.

—Esto lo solucionará todo —oyeron decir al señor Manger, a través de la barrera que se había formado entre ellos.

—¿Qué haremos? —preguntó Pam, tosiendo y limpiándose la tierra de los ojos.

—No os preocupéis —dijo Pete—. Treparemos por encima de todo esto.

Pero cuando empezaron a intentarlo, el túnel estaba atestado de cascotes.

—¡Cuidado! —gritó Pete, retrocediendo de un salto.

¡Toda la techumbre acababa de desplomarse, dejando encerrados a los niños en aquel pasadizo subterráneo!

El hundimiento que acababa de ocurrir en el túnel no produjo más que un leve sonido en las proximidades del viejo pozo, donde se encontraba el señor Hollister con Holly, Dave y «Zip». Sin embargo, la niña comentó:

—¿Qué ha sido ese ruido tan raro?

—No lo sé —repuso el padre—. Pero lo averiguaré. Vosotros, niños, quedaos haciendo guardia.

Iluminándose el camino con su linterna de bolsillo, el señor Hollister localizó los peldaños de piedra y descendió al pozo. A los pocos momentos estuvo en el fondo y llegó al túnel. Cerca de la bifurcación oyó pasos de alguien que corría.

—¡Pete, Pam, Ricky! ¿Sois vosotros? —pregunto.

No obtuvo respuesta, pero en aquel momento un hombre pasó corriendo ante el señor Hollister y tomó la bifurcación de la izquierda.

—¡Deténgase! ¿Quién es usted? ¿Ha visto a mis hijos? —le gritó el señor Hollister.

Pero el fugitivo siguió corriendo, con la cabeza cada ver más inclinada, a medida que el túnel resultaba más pequeño.

—¡Aguarde un momento! —insistió el señor Hollister—. ¡Vuelva!

En vista de que el hombre no se detenía, el padre de los Hollister pensó que algo iba mal y corrió tras el desconocido. Muy pronto los dos hombres tuvieron que arrastrarse con manos y rodillas hacia la estrecha salida del túnel.

El señor Manger corrió entre los arbustos hasta el río. En la orilla había una barquita de remos que el hombre empujó hasta el agua para luego saltar a su interior. En seguida empezó a remar y se perdió en las sombras.

No teniendo posibilidad de seguirle, el señor Hollister volvió al túnel, dispuesto a encontrar a sus hijos. Cuando llegó a la curva del pasadizo, siguió la bifurcación de la derecha. Pero sólo consiguió llegar hasta un muro de tierra y piedras.

«Es sólo un callejón sin salida», pensó el señor Hollister. «Ése debía de ser un pobre hombre que vivía aquí dentro y yo le he asustado».

Volviendo por donde llegara, el señor Hollister alcanzó el fondo

del pozo y trepó arriba.

—¿No les has encontrado, papá? —preguntó Holly.

—No —repuso el padre—, pero deben de estar por aquí cerca.

Y explicó cómo había salido a la orilla del río. Mientras él hablaba, «Zip» empezó a aullar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el señor Hollister, acariciándole la cabeza.

«Zip» miró al interior del pozo y sacudió el rabo con nerviosismo.



—Puede que advierta que sus hijos corren algún peligro —dijo Dave—. Vamos a mirar a la orilla del río.

Mientras «Zip» seguía sacudiendo el rabo y moviéndose en círculos, el señor Hollister y los dos niños buscaron por todo el camino hacia el río, llamando a cada momento:

—¡Pam! ¡Ricky! ¡Pete!

Nadie contestaba.

Dave pensó que tal vez habían vuelto a casa, de modo que los tres echaron a andar hacia la carretera. Estaban llegando allí cuando se presentó la señora Hollister en la furgoneta. Detuvo allí el vehículo y salió, llevando a Sue de la mano.

—John, ¿no has encontrado a los niños todavía? —preguntó,

muy nerviosa.

Esta pregunta demostraba que Pete, Pam y Ricky no habían vuelto a casa. Al saber que los niños aún no habían aparecido, la señora Hollister se puso muy pálida y dijo:

—Será mejor que informemos al oficial Cal en seguida.

Viendo que había luces encendidas en casa de los Hancock, Holly opinó que sus hermanos podían estar allí. Esperanzados, todos corrieron a la puerta. A su llamada acudió el señor Hancock.

—Estamos buscando a nuestros hijos —explicó la señora Hollister—. ¿Por casualidad están aquí?

—No, no están.

El señor Hollister explicó en pocas palabras que Pete, Pam y Ricky habían entrado a explorar el túnel del fondo del pozo.

—¿Túnel? Es la primera vez que oigo hablar de eso —dijo Hancock, asombrado.

—He estado buscando allí, pero sólo he encontrado a un pobre hombre —explicó el señor Hollister—. Una de las bifurcaciones del túnel está bloqueada con tierra y piedras.

—¡Oh, Dios mío! ¡Puede que los niños estén bloqueados allí! —exclamó la señora Hollister con angustia.

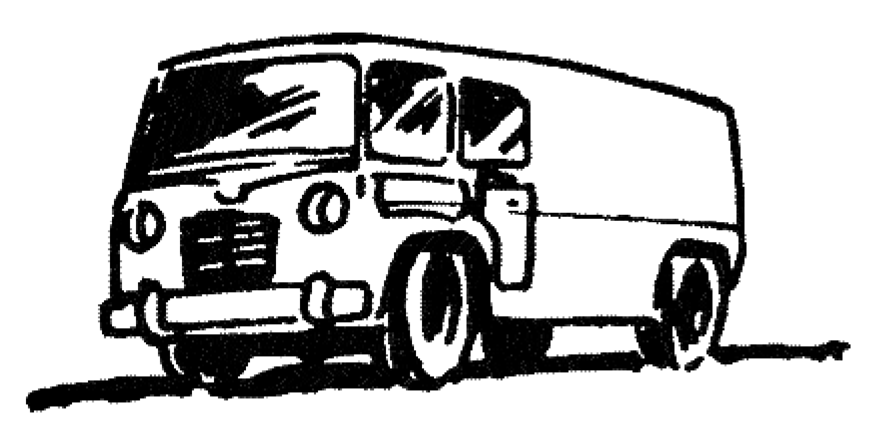
Una expresión de extrañeza se dibujó en el rostro del señor Hancock, que con gran nerviosismo, dijo:

—Ahora que me acuerdo, Ralph ha oído ruidos extraños en nuestro sótano, hace unos minutos. Parecían voces. Yo he bajado a mirar, pero no había nadie.

—Puede que el túnel bloqueado quede directamente debajo de la casa —opinó el señor Hollister—. Si nuestros hijos están ahí…

—¡De prisa! ¡Hay que encontrarles! —gritó, angustiada, la esposa, y todos salieron corriendo de la casa.

DÍA DE CELEBRACIÓN



Al llegar al sótano con los Hollister y Dave Meade, los Hancock buscaron picos y palas con que cavar en la tierra. El señor Hollister se puso de rodillas y apoyó el oído en el suelo.

—¡Desde luego, son los niños! —exclamó, levantándose—. ¡Les he oído hablar!

Cuando el señor Hancock llevó las herramientas, los hombres y los chicos empezaron a cavar frenéticamente. En pocos minutos tuvieron hecho un agujero en el suelo del sótano.

—¡Pete! ¡Pam! ¡Ricky! —llamó el señor Hollister.

—¡Papá! —exclamaron los niños, desde abajo.

—¿Estáis todos bien?

—Sí —contestó Pete—. Pero sácanos de aquí, por favor. No se puede respirar. Oye. papá, hemos encontrado el tesoro.

—¿Cómo?

—Pero el señor Manger nos lo ha robado.

El asombrado grupo de arriba volvió a cavar aún con mayor ahínco. Entretanto, Holly dijo a gritos, a sus hermanos, que los de arriba estaban en el sótano de los Hancock, lo que hizo exclamar a Ricky:

—Entonces ¡la casa de los Hancock está encima del Fuerte Libertad!

—¿Es eso cierto? —preguntó con sorpresa la señora Hancock.

—Entonces los diez mil dólares serán para ustedes —dijo Holly, cogiendo de la mano a la madre de Mary y Ralph.

—Y para nosotros también —recordó Sue.

Los otros sonrieron mientras el señor Hancock llegaba con una escalera y la bajaba por el agujero recién abierto. Pam fue la primera en subir, seguida por Ricky y Pete. Los padres abrazaron y besaron repetidamente a sus hijos, que llegaban cubiertos de polvo y suciedad. Luego Holly y Sue y después Dave, Ralph y Mary abrazaron a los tres rescatados. Pete explicó todo lo que les había sucedido, añadiendo:

—Usé un pico que se había dejado el señor Manger para hacer un orificio a través del montón de escombros.

—Buena idea —aplaudió el padre.

—Pero no pude abrir el agujero bastante de prisa para salir en seguida y correr detrás del señor Manger —dijo Pete—. Ahora ya no recuperaremos la bolsa de oro.

—Eso no importa —declaró la señora Hollister—. El que hayáis salido ilesos vale más que todo el dinero del mundo.

Todos estaban tan emocionados a consecuencia del descubrimiento del viejo fuerte que pasaron varios minutos antes de que al señor Hollister se le ocurriera pensar que aquella gran noticia debía ser comunicada a otras personas.

—¿Quién ha de ser el primero en enterarse? —preguntó.

—El oficial Cal —gritaban, a un tiempo, todos los niños.

Y Pete propuso:

—Dave y yo iremos a la comisaría para decírselo.

—Y le «dicís» también que el hombre malo se ha llevado la bolsa del dinero —indicó Sue a su hermano.

—Estate tranquila, que se lo diré.



Por fin, todas las bicicletas y «Zip» quedaron colocados en la furgoneta y los Hollister y Dave Meade fueron juntos a la comisaría. No sólo el oficial Cal, sino todos los hombres que estaban a aquella hora de servicio, quedaron atónitos al saber la novedad y alabaron la actuación de los niños.

—Daremos en seguida la alarma, con respecto al señor Manger —dijo el capitán— y también nos pondremos en contacto con «El Águila de Shoreham».

Al fin los Hollister, cansados, pero felices, llegaron a su casa. A la mañana siguiente les despertó una llamada telefónica del editor del periódico. Pete contestó y tuvo que repetir todo lo que les había sucedido la noche anterior.

—¡Maravilloso! —exclamó el editor—. ¡Los Felices Hollister son los héroes de Shoreham!

Pete, sonriendo, dijo:

—Ahora el Fuerte Libertad podrá ser restaurado.

—Sí. Los Hancock tendrán que trasladarse, pero los diez mil dólares de recompensa les serán muy útiles. Y vosotros, niños, recibiréis quinientos dólares del «Águila». ¡Enhorabuena!

—¡Gracias! —dijo Pete, casi a gritos. Y luego preguntó si la policía ya había detenido al señor Manger.

—Sí. En el río Muskong.

—¿Llevaba las monedas de oro?

—No.

—Entonces, debió de esconderlas —dijo Pete.

Un poco más tarde llegó un mensaje del oficial Cal, pidiendo a los Hollister que fuesen a identificar al detenido.

—También he pedido a los Hancock que vengan.

Media hora más tarde las dos familias se encontraban en la comisaría y el oficial Cal dijo:

—Voy a hacer venir al prisionero.

En la sala entró un hombre despeinado, que iba esposado a un policía.

—¡Es el señor Manger! —exclamó Pam.

El señor y la señora Hancock quedaron como aturdidos.

—¡No es el señor Manger! —exclamó la esposa—. Es el señor Young, nuestro abogado.

Mientras el prisionero dirigía miradas fulminantes a sus carceleros, el oficial Cal sacó una cuartilla de su mesa.

—Resulta que no es ni el señor Manger ni el señor Young —dijo —. Esos dos son nombres falsos. Hemos tomando sus huellas digitales. Este hombre es «Resbaladizo» Dick Dogan, un delincuente reclamado por la justicia.

—¡Oooh! —exclamaron todos, atónitos.

El señor Hancock explicó que «Resbaladizo» Dick le había convencido, con documentos falsos, de que era un abogado. «Resbaladizo» Dick fue quien le hizo creer que el estado no había pagado a los Hancock todo lo que habían recibido sus vecinos, y les aconsejó que no trasladasen la casa hasta recibir el pago debido.

—Ahora veo que sólo deseaba retardar las cosas hasta que él hubiera encontrado el oro —dijo el señor Hancock.

Completamente aterrado, Dogan confesó todo e incluso dijo que había sido él quien envió la nota de amenaza a los Hollister.

—¿Y por qué hizo usted que Joey cavase tan lejos del fuerte? —le preguntó Pete.

—Para que no me estorbase mientras yo buscaba el oro.

—¿Y dónde lo tiene ahora? —preguntó Ricky.

—No os lo diré —contestó el hombre, desafiante, pero tuvo que

admitir que había conseguido la saqueta más grande recurriendo a un truco—. Comprendí que, si seguía cavando, entretanto, los niños avisarían a la policía. Por eso les sugerí que lo hiciesen ellos; estuve observándoles y, por fin, me llevé la saca.

—Si no nos dice ahora dónde está el oro, tendrá más tiempo de cárcel —dijo el oficial Cal.

Después de muchas negativas, «Resbaladizo» Dick se dio por vencido y admitió que había escondido la bolsa y la vieja carta bajo una losa, en la orilla del río. «Resbaladizo» Dick fue llevado a la celda y se envió inmediatamente a un policía a que recobrase el oro.

Mientras esperaban su regreso, los Hollister se reunieron en un apretado grupo, cuchicheando no se sabía qué Lo único que se les pudo oír decir fue:

—Lo haremos, si la ley nos lo permite.

El policía volvió poco después con el oro y la carta.

—¡Hurra! —gritaron los niños.

El oficial Cal, que contó las monedas, acabó diciendo:

—Es una bonita suma.

—¿Es suficiente para restaurar el viejo fuerte y dejarlo tal como estaba antes?

—Más que suficiente.

—Entonces, a los Felices Hollister nos gustaría que el dinero se dedicase a ese propósito.

Los demás aplaudieron, diciendo que era un hermoso gesto el de los niños. Después el oficial Cal leyó la carta en voz alta. En ella el señor Winthrop decía cómo había encontrado el mapa entre unos papeles viejos.

> «Durante un largo tiempo no me di cuenta de que se trataba del Fuerte Libertad. Deseo que tú lo averigües con certeza. Yo tengo la idea de que, antes de que los antiguos colonos volvieran, alguien, entre sus enemigos, construyó una casa sobre las ruinas».

La carta concluía diciendo que el que escribía estaba demasiado viejo para ponerse a excavar para encontrar el oro que se suponía

allí enterrado.

«Encargaría de su búsqueda a la ciudad de Shoreham, pero me gustaría que el oro se utilizase para restaurar el fuerte», concluía la carta del señor Winthrop, que debajo llevaba la firma del anciano.

Pam sonrió.

—De todos modos, el dinero debía emplearse para restaurar el fuerte.

—Bien. Esto resuelve todo el misterio —declaró el oficial Cal. Y sonriendo a los niños, añadió—: Lo he dicho otras veces y vuelvo a afirmarlo: En cualquier momento que deseéis un empleo en el cuerpo policíaco de la ciudad no tenéis más que venir a buscar las insignias y los uniformes.

Toda la ciudad se mostró emocionada con el gran descubrimiento. Pronto la casa de los Hancock fue trasladada a la parcela de Indy, donde resultó muy bonita.

Mientras se hacían los planes de reconstrucción del fuerte y se alteraba el trazado de la nueva carretera, para no damnificar al fuerte, volvieron a empezar las clases en la escuela. ¡Cuántos apretones de manos y palmadas en la espalda recibieron los niños Hollister!

Los planes para hacer los trabajos en el fuerte y en un parque que iba a rodearlo, y que se llamaría Parque del Fuerte Libertad, se prepararon rápidamente. Una mañana llegó a casa de los Hollister una carta del Ayuntamiento, diciendo:

> «Los niños Pete, Pam, Ricky, Holly y Sue Hollister, ¿querrán hacer el honor a Shoreham de levantar las primeras paletadas de tierra para iniciar la construcción del nuevo parque? Vamos a utilizar la excavadora que maneja vuestro amigo Spud. Él se ha ofrecido para dejaros hacer este primer trabajo».

—¡Canastos! ¡Yo creo que no vamos a faltar! —exclamó Ricky.

Todos sus hermanos estuvieron de acuerdo con él. Hasta «Zip» ladró, emocionado.

El día de la ceremonia, centenares de personas se reunieron alrededor de lo que había sido el patio de los Hancock; Ralph y

Mary estaban junto a los Hollister y sonrieron cuando la gran excavadora penetró en aquel trecho produciendo un gran estruendo, y fue a situarse ante una tarima engalanada.

En esa tarima estaban dos oficiales, el señor y la señora Hollister, el señor y la señora Hancock y el oficial Cal. En la carretera se había interrumpido el trabajo para permitir que los conductores de las excavadoras presenciasen la ceremonia.

Mientras Johnny «Cuestas» y Harry «Prisas» aplaudían, Spud indicó por señas a los Hollister que fuesen a ocupar sus puestos. Pete se colocó ante los controles de la pala y ayudó a la pequeñita Sue a que se colocase junto a él. Holly y Ricky se colocaron, de pie, en la cabina, Pam se ocupó de colocar un letrero, en el suelo, que decía:

PARQUE FUERTE LIBERTAD

Un instante después la excavadora se ponía en acción. Pete hizo descender la gran pala. Los dientes de acero se clavaron en la, tierra. En seguida volvió a subir, cargada de tierra, y Pete la guió hasta el camión que estaba esperando.

Luego le llegó a Sue el turno de actuar. La chiquitina pulsó un botón. El fondo de la pala se abrió y… ¡plof! La tierra cayó en el camión.

La multitud aplaudió, y Pam, Ricky y Holly sacudieron las manos repetidamente con entusiasmo.

¡Ahora el Fuerte Libertad se conservaría para siempre!


FIN